

# experimentos con seres humanos



carlos schilling

# **EXPERIMENTOS CON SERES HUMANOS**

CARLOS SCHILLING



schilling, carlos.  
experimentos con seres humanos - 1a ed. - córdoba: nudista, 2014.  
e-book

isbn 978-987-1959-21-1

1. narrativa argentina. 2. relatos. I. título.  
CDD A863

**ficha técnica:**

fotografía de tapa - juan cruz y triana sánchez delgado  
logo - martina carcavallo / mambostudio  
corrección - pablo natale  
en bs. as. - guillermo salvador marinaro  
prensa - carlos díaz / bitacoradevuelo  
dirección de arte - juan cruz sánchez delgado  
diseño y dirección editorial - martín maigua

**contactos:**

contacto@editorialnudista.com.ar  
[www.editorialnudista.com.ar](http://www.editorialnudista.com.ar)

queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.



EDITORIAL  
**nudista**

carlos schilling

experimentos con seres humanos

# LA CONEXIÓN HITLER-STaub

## 1. Un arte simple

Cuando tenía 13 años me gustaba dibujar cruces esvásticas en los cuadernos borradores. Cruces esvásticas y variaciones de las máscaras de Kiss. Empezaba desde la última página y avanzaba en sentido contrario hasta que los dibujos se superponían a los deberes escolares. La coincidencia siempre era extraña. Una levísima sensación de mareo, un parpadeo desorientado, una búsqueda en el vacío. Cuando me quedaba sin espacio para las cruces, levantaba los ojos del cuaderno, miraba alrededor con desconfianza, veía mis compañeros, veía las paredes pintadas a la cal, veía los ventanales que daban a un patio interior y, como si mirara desde la Luna, recién entonces me daba cuenta de que estaba en un aula del Liceo Militar. No sé si dibujar en las horas de clase era una forma de distracción o de concentración en mi rutina de estudiante. Por lo que recuerdo de las isobaras y las isotermas tacharía la segunda opción en Geografía. Pero como puedo recitar los nombres de los reyes de Francia desde el primer Ludovico hasta el último Luis, debería elegir la respuesta contraria en Historia. La verdad es que dibujaba sin pensar en el sentido de lo que estaba dibujando. No había ninguna conexión entre mi cabeza y la mano que sostenía la birome. A los 7 años, eran cohetes espaciales; a los 10, animales fantásticos, y a los 13, cruces nazis. Me gustaba verlas multiplicarse sobre el papel, una al lado de otra, como si expresaran en términos simbólicos en vez de porcentuales el avance de una infección o una enfermedad mental. Un dato relevante es que dibujaba más en el Liceo que en mi casa de Los Juncales. Cuando volvía a mi pueblo, los fines de semana, me olvidaba de las esvásticas y me dedicaba a las máscaras de Kiss. Era un acto de exclusión voluntaria. Me encerraba en una pieza para no ser acusado de perturbar la salud auditiva de los Staub y me aislaba del mundo toda una tarde. Siempre que encendía el tocadiscos, el efecto se repetía: los papeles se llenaban de dibujos espectrales. Una vez que logré imitar los rasgos del Gato, el Hombre del Espacio, el Chico Estrella y el Diablo, empecé a introducir variaciones en los modelos originales. Al principio se reducían a mínimos detalles, tan sutiles que nadie los hubiera notado en un juego de las cinco diferencias. Pero los mínimos detalles conducen a los máximos detalles. En poco tiempo, ya estaba diseñando mi propia serie de máscaras inspiradas en bestias provenientes de la zoología, la mitología o la astrología. Una sola cosa me frustraba: no podía superar el grado de malignidad de la máscara del Diablo. Intentaba con vampiros, zombies y calaveras, pero la comparación siempre me decepcionaba.

La ventaja de las esvásticas era la simplicidad. Dos trazos que al cruzarse adquirían una

potencia negativa incomparable. Parecían perfectas desde el principio. Se completaban a sí mismas y a la vez no se terminaban nunca. Yo quería seguir dibujándolas hasta llenar mil cuadernos. Mil años de cuadernos. La eternidad del Reich se cumplía en sus formas. Generaban una inercia en mi mano, una continuidad infinita. Y aunque no tuvieran significados podían significar cualquier cosa. Por ejemplo: cruces en un cementerio. Si las proyectaba en tres dimensiones formaban largas filas que se dilataban más allá del horizonte. Hay que tener en cuenta que un espacio importante de mi vida lo ocupaban las fantasías fúnebres. Estaba pensando en las malas decisiones militares de Hitler (corregía la invasión a Rusia o alargaba los tiempos de prueba de los cohetes V2) y de pronto se moría mi madre. No es que imaginara una enfermedad fulminante, un accidente fatal o un asesinato, ni que abundara en detalles concretos sobre los huesos quebrados o los órganos lesionados, nunca veía la cara desfigurada o el cuerpo tapado con una sábana, lo único que registraba era la ausencia, el resultado final, la conclusión: no tenía madre. Ya no existía. Pero ni siquiera podía llorarla, ni siquiera podía velarla, porque junto con mi madre enseguida se moría mi padre, difuminado, borrado, chupado por el vacío, disuelto en el aire, y también era un muerto sin cadáver, una entidad imposible, un hueco mental. No quedaba nada. Ni polvo. Ni ceniza. Ni una losa con su nombre y apellido. Yo me convertía en un huérfano. Un hijo de nadie. Mis principales lazos de sangre se cortaban de un solo golpe, sin causarme dolor físico, tras una especie de amputación perfecta de la que sólo sentía la acción de la anestesia total. Si había algo saludable en las desapariciones de mis padres era que no me daban tiempo a reaccionar. Las muertes continuaban a un ritmo cada vez más urgente. Moría mi hermano, morían mis primas y mis primos, morían mis tías y mis tíos, moría mi abuela, morían mis parientes cercanos y lejanos, todos víctimas de muertes limpias, muertes no anticipadas por ninguna enfermedad. No había nada entre el momento en que aún respiraban y el momento en que dejaban de respirar. Sucedió tan rápido que ya no tenía familia. La había exterminado. Yo era el último de los Staub. Sin embargo, como la gente seguía muriendo, ser el último Staub implicaba ser la última persona del planeta. Todos estaban enterrados bajo las cruces que yo mismo había dibujado.

Muchos años después hice el ejercicio de descomponer la esvástica en sus dos trazos principales. Es una operación de exorcismo gráfico. Por un lado, en el eje vertical, se obtiene una S, inclinada y rígida, absolutamente inofensiva, una letra tan sola y aislada que parece sentirse excluida del abecedario. Por otro lado, en el eje horizontal, surge una línea quebrada que evoca el mínimo segmento reconocible de una escalera descendente. Así dividida, sin un punto de unión, sin un núcleo que la fije, la esvástica carece de poder, se desequilibra, se descompone, gira en falso, deja de presionar sobre sí misma, como si le faltara una tuerca y un tornillo, y lo que quedan son dos partes incongruentes de una pinza desarmada. Más o menos en la misma época descubrí que la inicial de mi apellido también conectaba símbolos que yo siempre había considerado distantes: la insignia de las SS con la doble S del logo de Kiss. Tengo un álbum editado en Alemania. En su cubierta salta a la vista una alteración tipográfica comparable a mi descomposición de la esvástica: las S son transformadas en Z invertidas, como si después de atravesar un espejo hubieran aparecido en un mundo al revés. A veces siento que entre el Lucas Staub que soy ahora y el Lucas Staub que era a los 13 años, se interpone el mismo espejo. Pero antes de volver a la versión adolescente de mí mismo, quisiera detenerme un instante en los sentimientos que me provoca hoy la cruz gamada. Siempre que pienso en ella no puedo separarla del círculo blanco que la rodea en la bandera del partido nacionalsocialista obrero alemán. Es una

bandera roja, obsesivamente simétrica, bellísima, con esa belleza que resulta de la combinación de colores que evocan la sangre, la muerte y la pureza. Desde un punto de vista estético, es la obra más perenne de Hitler. ¿Cuántas horas de su vida pasó diseñando esa bandera? ¿Cuántas variantes descartó hasta encontrar la definitiva? ¿Cuántas veces volvió a dibujarla sólo para confirmar que era perfecta? Ahora su silueta inclinada sobre los papeles se superpone a otra silueta que ya he presentado al comienzo de esta historia.

La diferencia es que yo no le mostraba a nadie mis dibujos en el Liceo. Me sentaba al lado del más estúpido o el más estudioso de la clase (que a veces coincidían en la misma persona) y así evitaba las miradas oblicuas y las preguntas directas. Cuando por azar un compañero descubría el contenido de los cuadernos, no le daba tiempo a reaccionar, lo agarraba de un brazo, lo atraía con fuerza hacia mi pecho y le preguntaba al oído:

—¿De qué signo sos?

A cada figura del Horóscopo le correspondía un castigo especial. Si la víctima contestaba:

—Tauro.

La sentencia era:

—Vas a chillar como un ternero.

Si contestaba:

—Escorpio.

—Vas a tragarte tu propia meada.

Esa ciencia de disuasión astrológica había sido elaborada en las horas de ocio mientras mi mano dibujaba desconectada de mi mente y todas mis ideas se volvían fúnebres. No siempre daba buenos resultados, aunque sirvió para espantar a más de un curioso. El cuerpo ya crecido, las uñas largas y el mal aliento combinados con las cruces esvásticas y las máscaras de Kiss me investían de un halo de demencia satánica. Era otra persona cuando me enojaba. Era un animal. Nada en el ecosistema masculino del Liceo podía oponerse a mi involución. No digo que mis compañeros me tuvieran miedo. Sólo me clasificaban como un espécimen desconocido. Nunca me acusaron de nazi en la cara. Sin embargo yo estaba convencido de que Alemania habría ganado la guerra si Hitler no hubiera invadido Rusia en invierno y si hubiera esperado el desarrollo de los cohetes V2.

## 2. El viaje secreto

No puedo decirle abuelo al padre de mi padre. Nunca lo conocí. Murió dos años antes de que yo naciera. Se llamaba Adolfo Rodolfo Staub. Comparto su apellido y su primer nombre, pero no nos parecemos en nada. Tengo otros ojos. Tengo otra cara. Cuando murió, a los 60 años, mi abuelo conservaba todo el pelo en su cabeza, en cambio yo empecé a raparme antes de cumplir 30. El padre de mi padre era ingeniero. Ingeniero mecánico. Además de algunas fotos en blanco y negro, donde siempre aparece peinado hacia atrás y vestido con camisas de mangas cortas abotonadas hasta el cuello, sólo queda de él un cuaderno de anotaciones. No es un diario íntimo, sino el borrador de un ingeniero, escrito con la caligrafía más perfecta que he visto en un hombre, letras simples y claras, sin adornos, tan geométricas que se adaptan a las coordenadas del papel

cuadrado como si fueran insectos modelados por una mente divina. También hay números, fórmulas, ecuaciones y diagramas que representan el funcionamiento de los motores de combustión interna. Mi abuelo era un experto en el tema, una autoridad internacional, y entre sus invenciones patentadas figura un motor que transforma el movimiento circular uniforme en movimiento rectilíneo alterno. Los planos de ese motor están enmarcados y expuestos junto a las fotos de nuestros antepasados. Lo más interesante que contiene el cuaderno es un recorte de diario, fechado en 1941 y titulado *Alemania desarrolla una peligrosa arma secreta*. El arma era el cohete A1, un prototipo de los misiles V2 que caerían sobre Londres en 1944. El jefe del proyecto era el mismo ingeniero que lanzaría el Apolo 11 a la Luna.

Nunca me importó lo que hacían los otros chicos de mi edad. Supongo que volaban con un puño alzado, reptaban por las paredes o proyectaban sombras con forma de murciélago. Mi hermano y yo, en cambio, experimentábamos una gama de mutaciones mucho más amplia. Podíamos ser cualquier cosa viva o muerta. Podíamos dividirnos y multiplicarnos. Podíamos volvernos naturales o sobrenaturales. Nos escoltaban legiones de criaturas extrañas, muchas de las cuales dibujé en mis cuadernos antes de especializarme en cruces esvásticas y máscaras de Kiss. Hubo una fase de nuestra infancia en la que Claus se creía extraterrestre y pensaba que los astronautas lo habían traído de un planeta desconocido del sistema solar. Miraba las estrellas como alguien que busca su mundo perdido. Inspirados en la moda de los cohetes, diseñamos nuestras propias naves e intentamos ponerlas en órbita. La estratosfera nos parecía tan cerca que pretendíamos alcanzarla con una tabla de planchar propulsada por aerosoles o con una palangana alimentada con alcohol etílico. Claus no era el único que tenía una relación íntima con el cielo. Mi prima Luciana Sismondi, por ejemplo, nació el mismo día en que el hombre llegó a la Luna. Pero esa es otra historia. La cito solo para exponer la clase de relaciones que nos unían con las expediciones espaciales. No importaba cuánta sangre prusiana o piamontesa corriera por nuestras venas, descendíamos de las nebulosas. Nuestra estirpe se remontaba a la vía láctea. No es raro que uno de los máximos héroes de los Staub fuera Wernher von Braun, el ingeniero de la V2 y del Saturno 5. El hombre que depositó a Armstrong, Aldrin y Collins en el Mar de la Tranquilidad.

El nombre completo de Von Braun suena como una declaración jurada de sus ambiciones: Wernher Magnus Maximilian Freiherr von Braun. Era grande mucho antes de mirar hacia arriba por primera vez. Claus y yo nos sentíamos reflejados en sus aventuras juveniles. Wernher y su hermano también habían lanzado una nave espacial doméstica cuando eran chicos. En vez de una tabla de planchar o una palangana, utilizaron un carro de madera. El material de ignición y propulsión consistió en media docena de bengalas, las más grandes que encontraron en el mercado de fuegos artificiales. Ataron la carga en la parte trasera del carro, que estaba montado en una rampa, y prendieron las seis mechas al mismo tiempo. El carro salió disparado a toda velocidad seguido por una larga cola de fuego, como si fuera un cometa (dicho con la misma imagen que emplea Von Braun en sus memorias). Una vez que los cohetes se quemaron, tras dejar una estela de chispas a su paso y emitir una especie de trueno final, la improvisada nave quedó suspendida en el aire durante un momento deliciosamente antigravitatorio, después sintió la resistencia de la atmósfera, se desvió de su trayectoria vertical y empezó a caer hacia la Tierra. Tras el impacto lo único que quedó del carro fueron las ruedas. Von Braun no las interpreta como un símbolo, y yo debería imitarlo, pero las veo rodar en mi mente y las figuras que trazan me recuerdan el principio rotatorio de las cruces esvásticas. La aventura termina con Wernher y su hermano detenidos por la policía y llevados ante su padre que era ministro de Agricultura de Alemania. ¿Los habrá retado o

felicitado? Da igual. Estoy convencido de que no había premios ni castigos para Von Braun más que llegar adonde quería llegar, a la Luna, y por eso era el mismo chico, ahora con cuerpo de hombre, el que caminaba por los pasillos subterráneos de los laboratorios de Peenemünde, con la cabeza desbordada de cálculos de balística y fórmulas de combustión controlada, porque antes de la Luna, naturalmente, estaba Londres, y había miles de personas con estrellas bordadas en los brazaletes dispuestas a trabajar día y noche para que, una vez aniquilado Londres, la Luna fuera posible.

Mi padre nos contaba que su padre había mantenido una amistad epistolar con Von Braun desde antes de la guerra. No sé por qué razón el recorte del diario doblado dentro del cuaderno de anotaciones era para mí un testimonio indudable de esa amistad. Sin embargo el relato de mi padre no se agotaba en las cartas. Incluía un episodio digno de figurar en una novela de espionaje: Von Braun, Wernher von Braun, el pionero de la astronáutica, el ingeniero más respetado del siglo XX, el científico salvado del juicio de Núremberg por los norteamericanos, había visitado de incógnito a mi abuelo a mediados de la década de 1950. En plena guerra fría, durante los años de la carrera espacial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, ese viaje era una proeza, un peligroso capricho que sólo podía permitirse un genio. Von Braun se exponía a que lo raptara una célula de espías comunistas o a que lo ajusticiara un escuadrón de judíos insensibles al progreso tecnológico. Claus y yo suponíamos que había viajado de Buenos Aires a Los Juncuales por caminos de tierra secundarios, a bordo de un auto negro y enorme parecido a un coche fúnebre, custodiado por personal de los servicios secretos de varios países occidentales. La falta de información no nos impedía retroceder hasta el principio del trayecto y postular la partida desde un aeródromo clandestino de los Estados Unidos. Era el único pasajero de un avión camuflado cuyo vuelo dibujábamos con una línea de puntos sobre un mapa del continente. No pasaba por la aduana. No mostraba su pasaporte. Y usaba anteojos oscuros para ocultar su cara. El exceso de detalles imaginarios formaba una niebla perfectamente adecuada a las nubes de polvo que levantaba la limusina de Von Braun mientras avanzaba por nuestras subrutales nacionales.

Mi padre nunca mencionaba detalles específicos de ese encuentro que en la historia de Los Juncuales equivalía a la visita de un Papa. Simplemente contaba que Von Braun había almorzado con mi abuelo en la casa familiar y que se habían entendido un poco en inglés, un poco en alemán y otro poco en español. No recordaba ni una sola palabra de la conversación, aunque todo indicaba que había estado presente y que la había escuchado con la misma devoción con que nosotros lo escuchábamos a él. Describía a Von Braun como un hombre alto y delgado, de ojos celestes y cabello canoso, que aparentaba ser más viejo de lo que era porque usaba un traje gris y una corbata oscura. La narración de la famosa visita siempre degeneraba en una intrincada reflexión sobre la convergencia de la matemática, la física de expansión de gases y la química en la tecnología astronáutica. Cuando se enteró de que Claus quería escribir un relato sobre ese episodio para que su hijo y los futuros descendientes de los Staub conocieran la historia, mi padre lo llamó por teléfono y le dijo que la persona que se había encontrado con su padre era Wernher von Braun, sí, Wernher von Braun, pero no el verdadero Wernher von Braun. Se llamaba igual, Wer-nher-von-Bra-un, era ingeniero también, sólo que no trabajaba para la N.A.S.A sino para la Otto Deutz, la fábrica de tractores y máquinas agrícolas. Mi abuelo Adolfo le mandaba cartas a Alemania para conocer detalles de los motores de combustión interna. Escribía en español y Von Braun le contestaba en alemán. Cuando el gobierno argentino decidió nacionalizar las corporaciones extranjeras, este Von Braun viajó al país y visitó a mi abuelo en Los Juncuales.

Según mi padre, era un hombre de estatura mediana, morrudo y cuadrado, como los típicos alemanes del sur que visten trajes tiroleses, usan sombreros con plumas y tienen la nariz colorada, lo que en términos anatómicos significaba que no se parecía en nada al esbelto inventor de los cohetes espaciales. Sin embargo, desde ese día, mi padre empezó a decir que Wernher von Braun había viajado de incógnito a Los Juncales para ver a su padre. Era su mitología personal, su conexión directa con las constelaciones. Tantas veces lo contó que al final terminó creyéndose él mismo.

### **3. El peluquero del comisario**

Una leyenda de los pueblos de La Pampa gringa dice que donde viven piamonteses los judíos se mueren de hambre. El argumento racial sostiene que los piamonteses son mucho más avaros que los judíos. Todo lo que puedo agregar a favor o en contra de la leyenda es que en Los Juncales sólo había dos judíos: Natalio Glasberg y Simón Radinsky. Ambos eran descendientes de familias expulsadas de Rusia durante los pogroms causados por el asesinato del zar Alejandro II. No conocí muy bien al viejo Glasberg, nunca lo vi fuera de las cuatro paredes de su cigarrería (era el único lugar del pueblo donde se conseguían cigarrillos importados). Cuando lo nombro me viene a la memoria la figura de un hombre pequeño, nervioso y malhumorado, con la cara medio oculta tras unos enormes lentes bifocales que le agrandaban los ojos y le daban el aspecto de un genio loco de historieta. En cambio, Radinsky era un amigo de la familia, y no importa qué lejos retroceda en mis recuerdos él siempre aparece en algún rincón de la escena. Simón también era pequeño, demasiado pequeño comparado con los gringos de la zona, pero sus rasgos se diferenciaban completamente del otro judío de Los Juncales, como si encarnaran ejemplos contrarios en una lección de anatomía moral. La cabeza pelada y redonda, la nariz breve, las mejillas rosadas y el labio inferior grueso, caído y levemente despellejado no intimidaban a nadie o por lo menos no me intimidaban a mí ni siquiera cuando se enojaba porque uno de mis perros le meaba la vereda o le destrozaba las plantas. Su estatura parecía destinarlo a un limbo ubicado en un punto intermedio entre los hombres y las mujeres, y la versión terrenal de ese limbo no podía ser otra más que una peluquería unisex. Si bien conservaba la navaja del barbero que había sido en su juventud en Santa Fe (donde aprendió el oficio durante el servicio militar), su negocio se sostenía gracias a las tinturas, las permanentes y los peinados de la sección femenina del local. Mi madre fue su empleada durante unos meses, y del empleo surgió una amistad que duró treinta años.

No me interesa indagar las razones de esa amistad. ¿Fueron mis padres los hijos que el peluquero no tuvo con su esposa rica y depresiva? ¿Fuimos yo y mi hermano sus nietos adoptivos? Sé que hubo altibajos en la relación con mi familia y que se mezclaron sentimientos y negocios en proporciones desiguales. Pero prefiero idealizar el pasado en este momento. Hay mil maneras de recordar a un hombre que murió. El peluquero judío de Los Juncales tenía más de un defecto. Antes de resumirlos en los dos párrafos siguientes, quiero fijar la presencia (o la ausencia) de Simón Radinsky en una espléndida tarde de domingo de mediados de los años 70. Estamos todos sentados alrededor de la mesa del comedor a la hora de la siesta. Jugamos a las cartas. Es el turno de Simón. Hace una pausa, abre en abanico los naipes y los vuelve a cerrar, mira a los otros jugadores con una mezcla de picardía impostada y falsa resignación en los ojos, comenta su

repetida mala suerte, analiza las posibles variantes de su derrota, calcula los puntos que tendrá que contar si juega de una manera o de otra, se queja del rey de trébol y de la reina de corazones que le tocaron de mano y, finalmente, apurado por mi padre, acerca despacio los dedos hacia el mazo mientras susurra al dios del azar una plegaria de una sola palabra: ¡un menelik, un menelik, un menelik! Nunca me pregunté lo que significaba esa palabra porque su significado saltaba a la vista: un menelik era un mono, un jóker, un comodín, y yo pensaba que esa era la forma en que se decía en idish. Estaba equivocado. Si no existiera Internet nunca me habría enterado de que Menelik fue el primer monarca de los judíos en Etiopía. Voy a permitirme ser directo para que no queden dudas: el peluquero identificaba al rey de los judíos negros con un mono. Me siento mejor después de aclararlo.

Tengo dos recuerdos persistentes relacionados con Simón Radinsky, dos recuerdos que me acompañan como sombras. El primer recuerdo se remonta a una Navidad que pasamos en la casona de su cuñada. Ninguna fiesta de mi vida se pareció tanto a un velorio. Cenamos en una sala enorme iluminada por las luces de una araña cuyos cristales temblaban con las corrientes de aire y proyectaban reflejos acuáticos en las paredes empapeladas. La cuñada se llamaba Vilma. Era vieja. Era vieja de la manera en que son viejas las personas que no se resignan a ser viejas. Se maquillaba y se vestía como una soprano, con collares de perlas, anillos de esmeralda y telas de color pastel. La esposa de Simón, Lidia, también se inspiraba en una torta de casamiento para vestirse, pero era menos vistosa a los ojos de un niño. El apellido de las hermanas evocaba un cementerio en ruinas: Monteferrario. Le decían las Monteferrario y poseían una fortuna incalculable, repartida en cuentas bancarias y propiedades alquiladas. Lo único que me atraía de ellas era la historia de sus antepasados. Se contaba que en la época de la fundación de Los Juncales, el padre de Vilma y Lidia, Primo Monteferrario, se divertía disparándoles con una escopeta a los linyeras que pasaban por la colonia. Los hacía bailar a los tiros. Primo era dueño de una hostería que con los años se graduó de hotel y que ahora cambió de rubro y se volvió una clínica privada. Cuando demolieron el viejo edificio y cavaron en el sótano para hacer los cimientos de la clínica, encontraron miles de huesos enterrados bajo los escombros. Algunos cráneos tenían agujeros de balas. Por más ricas que fueran, Vilma y Lidia no salían nunca de sus dormitorios, no habían tenido hijos, y esa Navidad se pusieron a llorar cuando sonaron las campanadas de medianoche. Había algo incongruente en que un peluquero judío criado en Entre Ríos, tan vital y tan sociable como Simón Radinsky, conviviera con esas mujeres embalsamadas en vida. Yo no lo entendía, ni siquiera trataba de entenderlo, y tal vez por eso aceptaba la opinión general de que estaba con ellas por interés o por algo peor que interés.

El otro recuerdo empieza con un paseo en un Mercury descapotable por las calles de Los Juncales. El Mercury es un auto que mide siete metros y ese Mercury en particular está pintado de celeste (como un cielo metalizado) y brilla desde los faros delanteros a los traseros. Lo maneja el comisario Lucas Nicola, un hombre alto, simpático y seductor, que se cubre la calvicie con un mechón de pelo rubio estirado desde la oreja izquierda hasta la oreja derecha, usa pantalones claros y camisas hawaianas. En el asiento trasero tapizado de cuero rojo voy yo, Luquitas, tengo 7 u 8 años, y es evidente que estoy viviendo un momento inolvidable. La brisa me da en la cara, quiere tocarme, y todos los niños del pueblo me miran con una envidia que les va a durar para siempre. El comisario Nicola era amigo de Radinsky (quien tenía la rara vocación de ser presidente de la cooperativa policial) y por carácter transitivo se hizo amigo de mis padres. Durante mucho tiempo le agradecí a Simón ese paseo triunfal en el Mercury. Hace unos años me

enteré de que Nicola había sido torturador cuando se desempeñaba como comisario jefe de la policía de Santa Fe. Leí la noticia en los titulares de los diarios, sin prestarle demasiada atención y sin pasar del primer párrafo. Me bastaba con saber que la misma persona que me había acariciado la cabeza tenía las manos manchadas de sangre. Les conté el episodio a mi hermano y a dos o tres amigos. Me sentía eufórico por haber paseado en el descapotable de un asesino. Hace unos días busqué Lucas Nicola en Google. No figuraba ni como policía ni como torturador en ninguna página. Lo más parecido a Nicola que encontré fue Nicolás Correa, apodado el Tío, un suboficial mayor del ejército, ya muerto, que integró las fuerzas represivas de Santa Fe y fue asesor en seguridad del gobernador Obeid entre 1996 y 1999. Se lo comenté por teléfono a mi madre y ella me dijo que de todas maneras Lucas Nicola era un canalla: se acostaba con mujeres casadas en la comisaría, grababa las conversaciones, y después las chantajeaba.

#### **4. Conversación con un viajante judío**

Salvo en la mala poesía es más raro que los padres escriban sobre los hijos que los hijos sobre los padres. La historia que sigue no se desvía de esa curva estadística dominante. Sin embargo no quisiera que se formen una opinión equivocada de mi padre sólo por la manera en que se comporta en este episodio de su vida. Voy a decirlo rápido y con pocas palabras: mi padre siempre fue más idealista, más culto y más sensible que yo. Básicamente: una buena persona traicionada por su carácter obsesivo y su desprecio por la estupidez humana. Desde un punto de vista evolutivo o involutivo, encarna una fase de transición en la biografía intelectual de los Staub. Es el preterido entre el padre realmente ingeniero y los hijos vagamente humanistas (todos bautizados con algún Rodolfo o Adolfo en el nombre como una oculta dinastía sin corona). Le sobraba talento para el cálculo y la reflexión filosófica, pero no pudo avanzar en ninguna de las dos direcciones. Por problemas familiares tuvo que abandonar la carrera de Ingeniería Mecánica y nunca publicó el Tratado de moral ortográfica que escribió a los 19 años. No creo que esas vidas paralelas inconclusas hayan influido en su temperamento. Siempre tuvo demasiada energía como para sentirse frustrado. Sería un error suponer que lo intoxicaba alguna clase de resentimiento social o racial cuando decía lo que pensaba. No tenía prejuicios. Tenía ideas. Tal vez no fueran las ideas que todo el mundo quería escuchar en una conversación de sobremesa, pero habían brotado de su mente, y eso bastaba para que las sostuviera como verdades absolutas.

La noche en que vino a cenar a casa Julio Cohen, mi padre tenía la misma edad que yo tengo ahora y que tenía Wernher von Braun en su visita fantasma a Los Juncuales, pero parecía más joven y más viejo a la vez. Había hecho de todo. El escritor que no fue se jactaría en las solapas de sus libros de una larga lista de oficios extraños: maestro rural, vendedor de motores, supervisor de instalaciones eléctricas, especialista en cámaras frigoríficas, tornero, propietario de los terrenos de un basural, fabricante de hielo, dirigente político y almacenero de ramos generales. Es en esta última encarnación que lo encontramos sentado frente al viajante judío. La mesa está en el comedor donde todavía jugamos a las cartas con Simón Radinsky, pero ahora es redonda, y el círculo se completa con mi madre, mi hermano y yo. ¿Yo? Cada vez que escribo ese pronombre veo un monigote sin cabeza con los brazos alzados y a punto de caer en un pozo. ¿Quién era yo entonces? No recuerdo si mi etapa de cruces esvásticas y máscaras de Kiss había quedado

sepultada o persistía en los márgenes de los cuadernos borradores, pero estoy seguro de que ya podía imitar a cualquier persona conocida o desconocida. Aún actuaba en mí un gen nazi recesivo: sobre un mapa del Atlas Mundial planificaba la contrarrevolución rusa que empezaría en Bakú y terminaría en Moscú (recién hoy descubro la rima irónica). No importa: soy un personaje secundario esa noche. El protagonista es mi padre. Mi padre y el viajante judío.

No pude confirmarlo, pero es probable que los antepasados de Cohen hubieran viajado desde Europa en el mismo barco que los antepasados de Radinsky. Al menos, se radicaron en las mismas tierras de la Argentina, esa especie de Nueva Sión que fue Entre Ríos a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Como el peluquero de Los Juncas, el viajante no representaba la versión más lúcida de los judíos, aunque su cara reunía todos los rasgos del identikit que hubiera dibujado un antisemita. Era una caricatura viviente: tenía la nariz aguileña, los ojos chiquitos de un color celeste aguado y la piel de las mejillas, apenas rosada bajo los pómulos, se le volvía morada en las orejas. El poco pelo que le quedaba en la cabeza no se subordinaba a ningún peine. Combinaba mal los colores de los pantalones y las camisas (recuerdo celestes y verdes, amarillos y negros), y cada vez que le contaban un chiste respondía con una mirada perpleja. Era una buena persona y mis padres siempre sintieron debilidad por las buenas personas, por más que tuvieran un coeficiente intelectual inferior a tres dígitos. Eso explica la presencia de Julio Cohen frente a un plato de lomo al champiñón y puré que era la comida oficial de las grandes ocasiones en mi casa. No hablaba mucho. Comía y escuchaba a mi padre. Uno imagina que un viajante debe ser charlatán, pero en esa época ciertas cosas se vendían solas, sin esfuerzo, impulsadas por la inercia de la oferta y la demanda, y como los vinos, las gaseosas y los jugos de frutas sintéticos que distribuía Cohen eran productos de primera necesidad podía darse el lujo de ser un vendedor silencioso.

Me gustaría recordar toda la escena o tener el oficio de un libretista de TV para inventarla desde el principio hasta el final. Sé que fue durante la primera hora un combate desigual entre un monologuista y un monosilábico. Mi padre habló de sus temas preferidos, que no excluían la historia de las religiones, la ortografía como instrumento de educación ética, la hidrografía de los Urales o la rivalidad entre Leandro Alem e Hipólito Yrigoyen. Pero hubo un momento de la noche, entre los duraznos en almíbar y el café, en que la conversación encontró un punto de equilibrio. Tal vez cansados de esa repetida exhibición enciclopédica, mi madre, mi hermano y yo empezamos a interrogar a Cohen acerca de su familia, la única materia sobre la que mi padre no podía saber más que su invitado. De todas maneras el viajante tenía la elocuencia de un acta de defunción para hablar de su esposa y sus hijas. Sólo dijo sus nombres y sus edades. Nada más. Si no llegó a quedarse callado, fue porque mi padre sintonizó la nueva frecuencia de la charla y le preguntó sobre los antepasados venidos de Rusia. Bueno, dijo el viajante, bueno, mi bisabuelo Jacobo Cohen dejó Rumania y se instaló como relojero en San Petersburgo (hoy Leningrado, aclaró mi padre) dos décadas antes de las persecuciones... Ya estaba casado y tenía tres hijos varones...

El viajante no era un buen narrador, no distinguía los personajes principales de los secundarios, a veces se ahogaba dentro de un paréntesis y otra veces se extraviaba en caminos poco transitados de su memoria, pero las peripecias de su bisabuelo, su abuelo y sus tíos abuelos a través de una Europa hostil eran verdaderamente épicas y superaban en kilómetros y aventuras a nuestros antepasados prusianos y piemonteses. Un elemento de interés adicional era el ateísmo irreductible de los Cohen. No celebraban las fiestas religiosas, no asistían a la sinagoga, no

circuncidaban a sus hijos y se negaban a abonar los diezmos ilegales que exigía la comunidad. Esa actitud intransigente duplicaba las probabilidades de ser víctimas no sólo de purgas raciales sino también de estafas y traiciones fraternas. No todos habían inmigrado a la Argentina. Algunos se habían quedado en Europa y a ellos les correspondía la parte más trágica de la historia que contaba el viajante. La familia descendiente de uno de los tíos abuelos, que había vuelto a Rumania, fue enviada a un campo de concentración en Polonia. Murieron todos menos un primo, ahora radicado en Córdoba. Mi padre volvió a participar en la conversación para decir que no sabía si Hitler era un loco o un visionario, pero nadie podía negar que había salvado a Alemania del derrumbe económico y que en menos de una década la había transformado en una potencia mundial. Había construido autopistas que todavía se usaban y había impulsado avances tecnológicos importantísimos, como los aviones a reacción y los cohetes espaciales. Tal vez por un exceso de cortesía, Cohen admitió que algunos judíos se habían enriquecido gracias al ascenso al poder de los nazis. Era una forma sutil y de bajo costo moral de evitar la discusión antes de que empezara. Pero el viajante no conocía a mi padre, no lo conocía tan bien como mi madre, mi hermano y yo, no sabía que era incapaz de abandonar una idea antes de remacharla hasta el fondo. No sé qué vio Cohen. No sé si tuvo tiempo de tragar su café. Yo vi a mi padre apoyar sus dos manos sobre la mesa, fijar los ojos en los ojos del viajante, inclinarse hacia él, torcer un poco la cabeza como si quisiera ajustar un tornillo invisible y murmurar con su voz más amable una pregunta que aún hoy recuerdo palabra por palabra: Dígame, Cohen, en el fondo, muy en el fondo, ¿los judíos no piensan que Hitler tenía razón?

## LOS OTROS STAUB

Todas las familias tienen un motivo de orgullo y el nuestro era ser los únicos Staub del pueblo. Hay apellidos comunes, como López, Rodríguez o García, hay apellidos menos comunes, como Badino, Franza o Sismondi, y hay apellidos exclusivos, como Staub. Nadie se llamaba igual que nosotros en Los Juncales. Mi padre siempre tenía a mano una guía telefónica para demostrarlo. Era su forma de eliminar las dudas de quienes no aportaban pruebas documentales a las discusiones de sobremesa. Buscaba la página que empieza con la letra S y recorría con el dedo índice la larga lista de Sánchez, Seguras, Silvas y Sosas hasta dar con el solitario Staub que figuraba entre dos Stantic y cuatro Stella. ¡Miren!, gritaba exultante. ¿Qué dice acá? Ro-dol-fo A-dol-fo Staub, deletreaba ante sus compungidos oponentes que la mayoría de las veces se reducían a mi madre, mi hermano y yo. ¿Y quién es Rodolfo Adolfo Staub? ¿Quién es? Hacía una pausa, observaba a los espectadores y, tocándose el pecho con el mismo dedo índice, respondía: Pa-pá. No conforme con la exclusividad certificada por el Ente Nacional de Telecomunicaciones, se lamentaba de que a su bisabuelo venido de Prusia le hubieran mutilado el apellido en la aduana a fines del siglo XIX. No somos Staub. Somos Von Staub. Yo, vos y tu hermano. Me miraba a los ojos y me decía: tu tatarabuelo fue condecorado con la Cruz de Hierro y nombrado Barón por su participación en la guerra franco-prusiana. Descendemos de un caballero de la orden del emperador. El único documento que le permitía reclamar ese título de nobleza es una foto enmarcada de un hombre vestido con uniforme militar y con la cara medio escondida detrás de los bigotes. Parece que la foto fue tomada antes del acto de heroísmo de mi tatarabuelo porque en su pecho no se ve ninguna medalla.

El oficial de aduana analfabeto concentraba para mi padre los problemas *endémicos* de la administración argentina. La ortografía era una cuestión moral para él. Si uno quería hacer bien las cosas, debía empezar por escribir correctamente las palabras. No menos de dos veces por semana y siempre de manera sorpresiva, lo escuchábamos gritar: ¡Lucas! ¡Claus! Vengan. Como nunca nos levantaba la voz, esos llamados altamente selectivos tenían el poder de desmaterializarnos y volver a materializarnos frente a él en un instante. El escenario ya estaba preparado: en los extremos opuestos de la mesa, ordenados con precisión geométrica, había una hoja blanca en el medio, un lápiz a la derecha, una goma de borrar a la izquierda y un vaso de agua frente a la hoja. El dictado podía tener dos modalidades: una lista de palabras difíciles o la página de un libro elegida al azar. Mi padre no subrayaba las sílabas acentuadas ni se esforzaba por distinguir las zetas de las eses o las ces. A diferencia de las profesoras de Castellano tampoco se sumaba a la cruzada en defensa de la elle. La llamaba doble ele y despreciaba los diccionarios que le concedían la independencia de una o dos páginas adicionales. Pero eran comentarios que

pertenecían a su personalidad de sobremesa y raramente alteraban la voz monótona con que nos dictaba esas largas listas de palabras que nunca volveríamos a usar en nuestras vidas. Sepulcro. Ludópata. Estenógrafa. Como debíamos entregarle las hojas para que las corrigiera, había que firmarlas al principio y al final. Staub, no. Von Staub.

La propiedad de tan valioso apellido generó en Claus y en mí un sentimiento de superioridad que no se justificaba ni por la sangre ni por la fortuna de la familia. Éramos rubios de ojos claros en un pueblo donde el cincuenta por ciento de los habitantes eran rubios de ojos claros y donde se consideraba oscura a cualquier persona que permaneciera demasiado tiempo a la sombra. Nos atribuíamos el invento del epigrama racista más despectivo de la humanidad: negro y basta. A ninguno de los publicistas de Hitler se le hubiera ocurrido algo mejor. No nos importaba el color de la piel de nuestros amigos o enemigos, todos parecían negros en comparación con nosotros. Sin embargo el desprecio era un elemento secundario en la composición química de nuestra personalidad. Nos sentíamos incandescentes. Brillábamos como supernovas. Quiero decir que nuestra luz surgía de una combustión interna permanente. Iluminábamos todo lo que nos rodeaba. Tanto que a veces provocábamos incendios, como cuando fabricamos un plato volador con una palangana propulsada con alcohol y, tras un vuelo estrictamente horizontal, nuestro prototipo terminó su primera misión exploratoria enredado en la ropa colgada en el patio de una vecina. El resultado: una enagua desgarrada y una bombacha quemada. Los experimentos aeroespaciales no nos daban tanta satisfacción como las mutaciones. Teníamos dos cuerpos pero podíamos ser muchas personas a la vez. La más notable de las transformaciones de Claus era volverse un detective que superaba a todos en capacidad deductiva. La mía: asimilarme al espacio circundante. Estaba y ya no estaba. Me petrificaba en una pared, me esfumaba en el humo, me ramificaba en un árbol o me desvanecía en el aire. Sólo había un inconveniente: su Sherlock Holmes y mi Doctor Mimético no eran compatibles. Él necesitaba un Watson; yo, un ayudante de laboratorio.

De modo que por mucho tiempo la actividad más interesante que compartimos fue comunicarnos con los muertos. Desarrollamos un lenguaje para hablar con el mundo de ultratumba. Los métodos espiritistas tradicionales nos resultaban anticuados y poco eficaces para llegar a nuestros cadáveres favoritos. Sería tedioso exponer las técnicas que aplicábamos para que Napoleón o Hitler, por ejemplo, nos respondieran una pregunta específica sobre la decisión de invadir Rusia en invierno. Basta con saber que las comunicaciones nunca eran directas. Exigían intermediarios y esos intermediarios estaban enterrados en el cementerio local. Leíamos las lápidas, analizábamos las fotos ovaladas, descifrábamos los números romanos de las fechas de nacimiento y defunción, y calculábamos qué clase de personas habían sido por el tipo de flores que recibían o por el grado de limpieza de las cruces de bronce y los bloques de mármol que cubrían sus huesos. Una de las primeras conclusiones que sacamos fue que los apellidos de los muertos mantienen las proporciones de los vivos (muchos López, Rodríguez o García, menos Badino, Franza o Sismondi). En cambio los nombres varían de manera drástica (muchos Rodolfos, pocos Lucas, ningún Claus). Con ese dato singularísimo que venía a sumarse a la exclusividad de ser un Staub, la mente de Sherlock Holmes de mi hermano se puso a trabajar en serio y, en vez de deducir lo que cualquiera hubiese deducido —que era inmortal—, dedujo algo mucho más lógico, que era inhumano. Durante una semana me recitó el silogismo: todos los hombres son mortales, ningún Claus es mortal, ergo, ningún Claus es humano. La cosa no terminó ahí. En un momento de intimidad confesional me dijo: No me hacen falta más pruebas: soy un extraterrestre. La palangana

voladora fue una consecuencia directa de esa deducción de cementerio.

Sin embargo iban a pasar muchos años antes de que encontráramos la tumba de los otros Staub. Uso la primera persona del plural por inercia. En realidad la encontró Claus, un día en que fue a llevarles flores a los abuelos. Todo empezó con una desorientación: dobló a la derecha en vez de doblar a la izquierda. Lo típico de Claus es haber seguido caminando aunque ya se hubiera dado cuenta de que estaba perdido en el lugar que mejor conocía del pueblo. Cuando se detuvo para volver sobre sus pasos, vio la lápida, es decir, vio lo que estaba escrito sobre la lápida: su apellido. El apellido Staub repetido tres veces. No les contó nada a nuestros padres. Todavía hoy no lo saben. Guardó el secreto hasta que se presentó la ocasión de revelármelo personalmente. Vení, te voy a mostrar algo, dijo, y me indicó que lo siguiera hasta el auto. Claus nunca abusó de la condición de hermano menor. Era imposible que me tomara de rehén para enseñarme cosas de su vida no aptas para todo público. No había nada que temer en ese sentido. Pero cuando paró el auto frente al cementerio, dudé por un instante de su estado de salud mental. Había una posibilidad de que quisiera mostrarme cómo había mejorado el método para comunicarse con Hitler o Napoleón. Algo en los músculos del cuello, algo que yo no dominaba, se puso tenso como un nudo y me hizo tragar saliva. Sin decir una palabra, Claus me guió por un largo pasillo que avanzaba entre las tumbas más antiguas del pueblo. Las primeras eran tan grandes que tenían puertas de hierro y vidrio a través de las cuales se veían los ataúdes depositados sobre estantes de mármol. No había flores sino cirios apagados. La palabra sepulcro me vino a la mente desde la página de un libro escrito en una época en que todos esos muertos aún no habían nacido. La lápida que Claus quería mostrarme era la más simple: una piedra con una placa de bronce sucia de tierra y manchada de moho. Sin embargo las inscripciones podían leerse sin esfuerzo. No tuve que inclinarme para descifrar los tres nombres: Adelina Staub, Alfredo Staub, Adalio Staub.

¿Sabés quiénes son?, me preguntó Claus después del paréntesis de silencio que considero necesario para que yo asimilara el impacto. No, ni idea, le contesté. Había mil reacciones posibles. La mía fue tocar las letras del apellido Staub con la punta de los dedos. Si bien no había fotos de los muertos, descubrí algo más interesante que sus caras, y se lo comenté a Claus. ¿Te diste cuenta? Mirá las fechas. Mi hermano recorrió con la mirada los números correspondientes al día, mes y año del nacimiento y la muerte de cada uno de los desconocidos. Adelina Staub (2/1/1907-5/5/1959). Adalio Staub (5/3/1902-5/5/1959). Alfredo Staub (6/5/1899-5/5/1959). Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y siguió mirando fijo las lápidas mientras decía: Sí, tenés razón, todas las fechas suman lo mismo. Y también si sumás separadas las fechas de nacimiento y las fechas de defunción, te dan resultados iguales en los tres casos. Parecía poseído por el espíritu de una calculadora: las cifras brotaban de su boca en una cinta interminable. Sumaba, restaba, multiplicaba, elevaba a la potencia y extraía la raíz cuadrada. Insistía: ¿Rarísimo, no? ¿Cuántas probabilidades hay de que se produzca una triple coincidencia de esta clase en una sola familia? Te aseguro que el promedio no supera al uno en mil millones. Habría que tener en cuenta varios factores, como por ejemplo la demografía... Tuve que agarrarlo de los hombros para que se callara. ¿No pensás que la coincidencia más importante es que todos murieron el mismo día? Mirá... Volví a rozar con los dedos los caracteres de bronce, ahora subrayando las fechas de defunción. ¿Ves? Cinco de mayo de mil novecientos cincuenta y nueve.

Discutió en el auto durante todo el camino de vuelta a casa. Decía que si yo supiera el uno por ciento de lo que él sabía de las leyes de los grandes números entendería que estábamos ante un milagro matemático que merecía figurar en la historia del cálculo de probabilidades y de las

teorías del azar. Me llevó varias horas convencerlo de que debíamos investigar por qué los tres hermanos habían muerto el mismo día. Acordamos no decirles nada a nuestros padres. Había que concentrarse en Adelina, Adalio y Alfredo. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Qué habían hecho en Los Juncales antes de que nosotros nacióramos? La necesidad de averiguarlo parecía tener la fuerza de un imperativo. Un fragmento de materia extraña había caído a nuestros pies como un aerolito y lo menos que podíamos hacer era identificar el planeta de donde se había desprendido. No estaba en el cielo, estaba en una dimensión paralela, en un tiempo ajeno al de las personas con las que hablábamos todos los días. Nos dividimos el trabajo: Claus indagaría en los archivos municipales; yo trataría de encontrar a alguien que recordara esos nombres y apellidos. Era una tarea difícil. Los pueblos no conservan la memoria de la misma forma que las ciudades. Tal vez hay más testigos, pero hay menos documentos. Si una familia desaparece, no queda nada que pruebe su paso por el mundo. Es como si nunca hubiera existido. En Los Juncales ni siquiera había un periódico donde buscar la crónica de esas muertes. Los otros Staub eran muertos sin necrológicas. Y lo más grave: la mayoría de sus conocidos estaban tan enterrados como ellos.

Mi primer impulso fue consultar a Simón Radinsky, un viejo peluquero amigo de la familia, pieza clave en el sistema de circulación de chismes de Los Juncales. Fui a la peluquería a una hora en que nunca había clientes. La puerta estaba cerrada con llave, pero el cartel decía abierto, y a través del reflejo del sol contra la vidriera vi a Radinsky sentado en el sillón rotatorio frente a los espejos. Giraba lentamente y sus pies no rozaban el piso. Golpeé la puerta en vez de tocar el timbre. Soy yo, le dije cuando se acercaba, para que me reconociera por la voz antes de que sus ojos se adaptaran a la luz frontal.

—¿Claus?

Siempre nos confundía.

—No, Lucas.

Estaba tan contento de verme que se olvidó de quejarse de que no lo visitaba nunca. Yo igual me despegué rápido de su abrazo de bienvenida y, sin darle tiempo a que volviera a sentarse, le pregunté si había conocido a Alfredo Staub. Radinsky tenía la estatura de un chico de escuela primaria y el guardapolvo acentuaba su imagen de peluquero en miniatura. Sin embargo, cuando dije ese nombre algo se estiró en él y duplicó el tamaño de su cuerpo.

—¿Alfredo? Tu abuelo se llamaba Adolfo.

Le expliqué que le estaba hablando de otro Staub y que quería saber si lo había conocido o si alguna vez había escuchado hablar de él. Incómodo en su nuevo cuerpo de gigante, Radinsky movió la cabeza con un gesto que no era ni afirmativo ni negativo, frunció la nariz para rechazar una veta de aire que sólo él percibía, y se llevó la mano a la frente con el doble propósito de extraer una idea y de tapar el hueco que dejaría su extracción. No encontró nada. Se miró las uñas y, sin levantar los ojos, me preguntó por qué yo estaba tan interesado en esa familia.

Empezaba a contarle la historia del cementerio, cuando una mujer entró a la peluquería, saludó a Radinsky y me miró decepcionada.

—¿Está ocupado, Simón?

—No, no, querida. Claus ya se iba.

Mi hermano no le dio ninguna importancia a mi encuentro con Radinsky. Cambió varias veces de posición mientras me escuchaba, se paraba y se sentaba, cruzaba y descruzaba las piernas. Estaba pensando en cualquier cosa menos en lo que yo le decía. Era obvio que no podía contener las ganas de contarme su propia teoría sobre la muerte de los tres hermanos. Había llegado a una

conclusión irrefutable. No, no se basaba en ninguna prueba obtenida en los archivos municipales. Por supuesto que había buscado en los anaqueles correspondientes a los años 50, con una secretaria medio ciega sosteniéndole la escalera, horas y horas sumergido en carpetas polvorientas, papeles carbónicos y sellos oficiales, y lo único que había encontrado eran decretos sobre calles que merecían el nombre de un prócer local, planos de excavación de cunetas, advertencias sobre la instalación de postes de electricidad y ordenanzas de desmalezamiento de baldíos. Todo ese tiempo de exposición a agentes alergénicos había sido compensado por una iluminación repentina. Una idea. Más que una idea. Una visión. Sus conclusiones no eran producto de un trabajo documental sino de un proceso mental. Se tocó la sien con el dedo índice: el mundo está acá. Acá. Todo acá, repitió golpeándose dos veces en el mismo punto. El típico gesto de orgullo de los Staub se había elevado en una sola generación desde el pecho de mi padre a la cabeza de mi hermano. Si tuviéramos un escudo familiar nuestro emblema sería un dilema: ¿corazón o cerebro? Claus continuaba alabando las propiedades de la máquina deductiva de la que estaba provisto. Hablaba de engranajes que producen luz y describía la delicada nervadura fosforescente de cada razonamiento. En alguna frase de ese florido elogio dedicado a su coeficiente intelectual, hubo una leve turbulencia, una necesidad de respirar o de suspirar, y sus ojos desorbitados bajaron de la estratosfera donde se habían perdido, trataron de adaptarse a la gravedad terrestre de la sala, hasta que por fin se estabilizaron en una cara que reconocieron como mi cara.

—¿Querés que te lo diga en tres palabras?

—Sí, quiero, por favor, sí quiero —debí contestarle.

Y Claus me lo dijo con la exacta cantidad de palabras que había prometido:

—¡Fue un accidente!

Mi hermano pensaba que la causa más probable de las muertes simultáneas era asfixia. Hay que tener en cuenta que Alfredo, Adelina y Adalio murieron a principios de mayo. No existían motivos racionales para desconfiar de las lápidas. Mayo es el último mes del otoño en el almanaque y el de las primeras heladas en Los Juncales. Una casa construida de acuerdo con los patrones arquitectónicos de la época, con paredes gruesas y techos altos, donde seguramente vivían los otros Staub, sería una especie de frigorífico, plagado de corrientes de aire, escarcha en el fondo de los baldes y vidrios empañados. La garrafa responsable se encontraría en algún rincón de la cocina, agazapada, a la espera del instante fatídico en que un golpe de viento apagara la hornalla y liberara su sustancia letal: gas butano. Según lo que Claus había leído en los manuales de toxicología, le decían la muerte dulce, porque paralizaba a las víctimas que a veces ni se daban cuenta de que se estaban muriendo. Yo no lo sabía en ese momento, pero Claus estaba cometiendo una equivocación histórica. En la década del 50, nadie en Los Juncales se defendía del frío con garrafas de gas butano, lo normal eran las estufas de querosén o los braseros. De todos modos, en caso de conocer ese detalle, no lo habría utilizado para refutar a mi hermano, no tenía sentido ni entonces, ni después, ni ahora, porque tras admitir el error con la dignidad de un caballero descendiente de un Barón prusiano, él hubiera insistido en que su argumento seguía siendo válido. Sólo había que reemplazar el gas butano por el monóxido de carbono para que los nuevos datos se asimilaran a su lógica implacable.

Una de las personas a las que visité después de Simón Radinsky fue mi abuela materna: Lucía Sismondi. Su casa parecía un asilo de animales más o menos domésticos. Cada uno compartía con ella alguna de sus enfermedades: el perro tenía cataratas en un ojo, el gato era sordo, el conejo

arrastraba una pata, la tortuga no digería ciertos vegetales, las catitas perdían plumas, el canario se desmayaba en la jaula y el loro insultaba todo el tiempo. Como esos raros personajes de historieta capaces de estar en muchos lugares a la vez, mi abuela se había dividido y multiplicado a sí misma en su legión de mascotas, y todas juntas formaban una exótica fatalidad que graznaba, se quejaba, suspiraba y hablaba por varias bocas, gesticulaba con varios brazos y se movía sobre varios pies. Todo lo hacía de manera simultánea aunque no sincronizada, por eso en vez de un abrazo de bienvenida recibí un chorro de agua caliente supuestamente dirigido al mate que se asfixiaba en una de sus manos, acogotado entre un repasador desteñido, un cuchillo pegoteado con una sustancia viva y un pedazo de pan de valor arqueológico. Debí de hacer un movimiento brusco, porque algo me mordió un tobillo, y mientras intentaba desprenderlo pateando el aire (dos lágrimas gemelas resbalaban por los lados opuestos de mi nariz), ella, la madre de mi madre, me enfocó con su ojo despejado, y empezó a contarme que tenía las várices hinchadas y que ni siquiera podía soportar las pantuflas. No me atreví a mirarle los pies. En el segundo intento, acertó el chorro en el agujero del mate y me lo convidó, no sin antes descargarle el apelmazado contenido de la azucarera, con la excusa de que yo los tomaba dulces. Puse la mente en blanco para no distinguir ningún sabor, pero el único sabor que no distinguí fue el de la yerba. La poción tuvo el efecto de alterar mis prioridades. ¿Cómo iba a hablarle de los otros Staub si yo mismo corría el riesgo de dejar de ser un Staub?

La segunda vez que la visité estaba con una amiga aún más vieja, más corta de vista y más sorda que ella. Me la presentó: doña Evelina Franza de Rodríguez. Aunque una vez me confundió con mi hermano, dos veces con mi padre y tres veces con el hermano de mi madre, me pareció una mujer lúcida y con mejores modales que el loro que caminaba a saltitos en un rincón de la sala. Menos por error de cálculo que por inercia, en medio de la charla, nombré a Alfredo Staub, sin darme cuenta de que el nombre de Adelina hubiera sido más apto para provocar el reflejo condicionado de la indiscreción femenina. Mi abuela volcó un cuarto de la yerba del mate en una bolsita de nylon, volvió a ponerle tres cucharadas, vertió el agua caliente con infinita paciencia y preguntó de quién era el turno. Doña Evelina se apuró a contestar que le tocaba a ella y con los ojos fijos en la bombilla empezó a sorber tan lenta y tan concentrada que parecía estar recibiendo una transfusión vía oral. El perro, el gato o el conejo hicieron un ruido imperceptible en alguna de las habitaciones más lejanas. Mi abuela se levantó de la silla activada por un resorte, tragó saliva, algo más duro que la saliva, van a ver, van a ver, bufó enojada, y desapareció arrastrando las pantuflas, seguida por el loro, que repetía y ampliaba: van a ver, van a ver, hijos de re mil puta. Cuando volvió a la sala, tras dirigirle un discurso a cada una de sus mascotas, no esperaba que su amiga siguiera con los labios adheridos a la bombilla del mate más largo de la historia. La obligación de actuar le hizo mover la cabeza, primero hacia la izquierda, indignada, y después hacia la derecha, resignada. Desde ese momento, lo máximo que pude obtener de ellas se resume en la siguiente conversación en la que no importa qué dijo una y qué dijo otra:

- ¿Te acordás vos del Alfredo Staub?
- El Alfredo... El Alfredo... ¿El loco?
- El hermano de la Adelina, te digo.
- Sí, el loco, el loco.
- El hermano de... ¿cómo se llamaba el pobrecito?
- ¿Adalio?
- Era un loco, un loco.

—Un desgraciado.

Evelina le devolvió el mate a mi abuela. Mi abuela volvió a llenarlo de agua caliente y me lo alcanzó a través de la mesa. El último y me voy, le dije. Cuando abrí la puerta, después de saludar a las dos mujeres, ya casi con un pie en el pasillo que conducía a la calle, alcancé escuchar un grito tartamudo que venía desde un rincón de la sala: un loco, un loco, un loco hijo de re mil puta...

Claus no había averiguado nada en los archivos municipales, pero tenía una nueva teoría sobre las muertes simultáneas. Evidentemente, dijo, fue un asesinato. Un triple asesinato. Con un gesto de desprecio que parecía un saludo, moviendo apenas los dedos de la mano, se despidió de su tesis anterior. Era imposible que tres personas se asfixiaran en habitaciones de techos tan altos, dictaminó como si hubiera recorrido la casa donde vivían los Staub. Aunque no contaba con los elementos suficientes para conjeturar si se trataba de una venganza o de un ajuste de cuentas, prefería inclinarse por esta segunda posibilidad y la relacionaba con una conspiración. En ese sentido el silencio de Simón Radinsky revelaba más que sus palabras. Los dos sabíamos que el peluquero era el presidente de la cooperadora policial de Los Juncales y estaba conectado con agentes que completaban sus salarios con comisiones provenientes del juego clandestino. Si alguien conocía qué había pasado con los otros Staub tenía que ser él. ¿Por qué lo ocultaba? ¿Por qué seguía ocultándolo después de tanto tiempo? Sólo podía haber una respuesta: un pacto de sangre. La mafia actúa igual en todas partes, dijo Claus. Cuando terminó de recitar su enciclopedia personal sobre organizaciones criminales en los cinco continentes, decidió que era su obligación explicarme por qué le atraía tanto el caso de las muertes simultáneas, como lo había bautizado en honor de Sherlock Holmes. Todo se reducía a una cuestión de números. El triple asesinato combinaba los temas preferidos de mi hermano: las leyes estadísticas y los juegos de azar. La pregunta que no estaba en condiciones de responderse era quién de los tres hermanos había sido el ludópata. Si descartábamos a Adelina, ya que en esa época las mujeres debían conformarse con la quiniela, quedaban Adalio y Alfredo. Uno de ellos había apostado más de lo que podía pagar. Claus me invitaba a imaginar la escalada desde las primeras monedas hasta la escritura de la casa. ¿Y después qué? La mente de un jugador compulsivo es práctica (gano la próxima, pago todo, y no juego nunca más), pero parte de una premisa equivocada, una concepción errónea del infinito, porque si conociera cómo se comportan los grandes números comprendería que cada apuesta no implica una desviación sino una acentuación del equilibrio. Mientras Claus hablaba sentí en la mano derecha el impulso de escribir la palabra ludópata sobre un papel invisible.

Unos meses después de esta conversación, cuando las idas y vueltas a Córdoba y las ocupaciones de cada uno ya habían atenuado nuestro interés por los otros Staub, llamé a Simón Radinsky para felicitarlo por sus 90 años. Antes de cortar, me preguntó: ¿Seguís buscando datos sobre esa familia? No tuve tiempo de responderle nada. Interrumpió mi silencio con una sugerencia: Andá a ver al Negro López, decile que vas de mi parte. Me dictó la dirección y mandó saludos para todos. El Negro López se llamaba Ignacio López. No era negro. Lo que podía tener de negro había que atribuírselo a los años de trabajo en la construcción que se habían pegado como una sombra a su piel. Era negro por ese motivo, sin dudas, y por las gallinas que lo rodeaban, por la casa de ladrillos que se le caía a pedazos, y porque ni siquiera la vejez lo redimía de toda una vida dedicada a ser un negro obsecuente y agradecido que trataba de señor al perro de cualquiera que fuese o pudiera ser su patrón. Me atendió en el patio de tierra de su casa,

puso dos sillas bajo un paraíso y me ofreció un mate que rechacé con la mejor cara posible. Al principio López no sabía qué decir y qué callar sobre los tres hermanos, suponía que eran mis parientes y que debía tratarlos con un respeto reverencial para no ofender a nadie de la dinastía Staub. Los llamaba Don Alfredo y Doña Adelina y sólo mencionaba a Adalio con fórmulas evasivas. No es que su nivel de confianza aumentara cuando supo que ningún lazo de sangre me unía a ellos, pero se permitió elevarse a un grado de discreción más ladino, como si la sirvienta que había en él de pronto se hubiese puesto un vestido floreado. Se animó, por ejemplo, a insinuar que Don Alfredo era un hombre de carácter difícil, nervioso, amarrete y que para colmo siempre andaba con una escopeta bajo el brazo. La gente no quería trabajar para él, lo esquivaban, lo saludaban mirando para otro lado, se cruzaban de vereda cuando lo veían venir, y se persignaban cuando ya había pasado. Sólo conseguía peones para el campo o albañiles para la casa porque tarde o temprano alguien se apiadaba de la santa de doña Adelina y aceptaba tenderle un alambrado, cavarle una zanja o taparle una filtración. Y había que aguantarse los gritos de Don Alfredo que nunca se quedaba conforme con ningún trabajo, y que a la hora de pagar descontaba hasta los jarros de agua servidos de la bomba. ¿Y Adalio?, le pregunté en una pausa de su relato. López me respondió con la misma palabra que les había escuchado a mi abuela y a su amiga. Un pobrecito. Un pobrecito de Dios.

Claus había continuado su investigación de manera intermitente en los archivos municipales, más por inercia que por verdadera curiosidad. Pero en su última visita había ocurrido algo inesperado. La secretaria medio ciega no se limitó a sostenerle la escalera, se presentó (soy Amalia Badino de García, mecanógrafa y estenógrafa diplomada) y quiso saber qué estaba buscando mi hermano tan cerca del techo. Era una mujer flaca y huesuda, completamente simbiotizada con la atmósfera de la sala, salvo por los lentes de aumento que le agrandaban los ojos y los sacaban de sus órbitas. Fue una conversación interesante, me dijo Claus, más que interesante. ¿Sabés por qué? Me enteré de muchas cosas que no sabíamos, cosas increíbles, increíbles, y así pude elaborar una nueva tesis sobre el caso de las muertes simultáneas... Vi en las pupilas de mi hermano esa luz conocida, ese reflejo de su mente ávida, y le pedí por favor que primero me contara las cosas increíbles que le había dicho la secretaria, que yo también tenía información importante, que era el momento de cotejar los datos y formar nuestra propia versión de la vida y la muerte de los otros Staub, y mientras se lo pedía cruzaba los dedos detrás de la espalda rogando que nuestros padres volvieran a casa antes de que Claus me sometiera a otra sesión de su lógica infalible. Mis plegarias no fueron atendidas pero al menos logré que mi hermano presentara los hechos antes que la teoría. Y la verdad es que sólo su entusiasmo intelectual podía incluir esos hechos en la categoría de cosas increíbles. La vieja secretaria recordaba especialmente a Alfredo Staub. Sin que Claus se lo pidiera lo retrató de pies a cabeza. Era un hombre alto, más alto que cualquier hombre del pueblo, con una presencia que imponía respeto y hacía suspirar a las mujeres. No diferenciaba los días laborales de los días feriados, por eso vestía siempre igual: una camisa arremangada, pantalones de grana y alpargatas azules. Tenía los ojos claros, profundos y penetrantes, tanto que si te miraba de frente te hacía desviar la mirada, y como trabajaba al sol se cubría con una boina ladeada. Nunca había maleza en sus campos y sus alambrados eran tirantes como las cuerdas de una guitarra. Sabía hacerse obedecer por la peonada, a costa de estar siempre cerca, a la distancia de una patada en el culo. Si un negro llegaba borracho o enfermo, lo echaba y no volvía a contratarlo nunca más. Diez hombres más como él, y este pueblo, qué digo este pueblo, este país, serían otra cosa, reflexionaba cada tanto la

mujer con cara soñadora. Al final de unos de esos raptos, anunció que iba a revelar algo que muy poca gente recordaba en Los Juncuales. ¿Sabe quién inventó la expresión negro y basta? Mi hermano debió de sentirse aplastado bajo el peso de nuestra propia mitología. Pero la mujer estaba demasiado exaltada como para registrar ese sismo. Si no lo sabe, se lo digo: fue el mismo Alfredo... Había contratado a un albañil para que le arreglara el techo. El tipo se gastó una bolsa de portland y a la lluvia siguiente el agua seguía filtrándose por las paredes. Alfredo fue a buscarlo a la villa miseria, lo agarró de las clinas y lo arrastró por el pueblo gritándole negro y basta, negro y basta... La vieja secretaria se lamentaba de que un hombre con ese carácter no hubiera sido candidato a intendente por culpa de una hermana inútil y de un hermano mogólico, a quien en vez de encerrar en un convento habían cuidado y alimentado en el sótano de la casa. Adelina era una mosquita muerta, no se casó, no tuvo hijos, no hacía nada. Y Adalio era una bestia deficiente, un perro bobo, menos que un perro, porque no servía ni para ladrar...

Todos esos elementos le habían dado a mi hermano la clave para resolver el misterio de las tres muertes simultáneas. Estaba conmovido por la condición mental de Adalio. Hablaba de él como si fuera un reflejo invertido de sí mismo. Se lo imaginaba gordo y fofo, con la piel blanca de tanto vivir en una pieza subterránea, incapaz de hablar y de alimentarse solo, unido a su hermana por instinto de supervivencia, sonriéndole cuando la veía y llorando cuando dejaba de verla. Claus había ido al cementerio una vez más después de la conversación con la secretaria, y en la tumba de los otros Staub había descubierto un detalle que no habíamos advertido en nuestra visita anterior. La fecha de defunción de Alfredo Staub, el cinco de mayo de mil novecientos cincuenta y nueve, era importantísima. Si teníamos en cuenta que había nacido el seis de mayo de mil ochocientos noventa y nueve, significaba que había muerto justo un día antes de cumplir 60 años. ¿Te dice algo? No, no me decía nada. Claus volvió a apelar a sus conocimientos estadísticos para explicarme esta fase de su argumento. El promedio de vida de una persona de sexo masculino no superaba los 62 años en esa época, de modo que le parecía lógico suponer que Alfredo se sintiera viejo y cansado y con ganas de jubilarse del campo y de los negros que lo volvían loco. Pero qué difícil sería sentirse viejo para alguien que tenía a su cargo a una hermana solterona y a un hermano deficiente. No podía permitirselo. Era inconcebible para un hombre como él. Y en ese punto, Claus recurrió a otra serie de datos estadísticos relevantes, pero esta vez no recitó una lista de números, índices y porcentajes sino que optó por una reflexión sobre la navidad y los cumpleaños. Creemos que son días felices, los días más felices del año, la gente nos saluda, nos regala cosas, se acuerdan de nosotros, y por eso mismo, porque son tan felices y tan especiales, a algunas personas esos días les resultan espantosos. No tengo dudas: Alfredo mató a su hermana, mató su hermano, y se mató al final. Si califico de suicidio a ese acto es porque ni Adelina ni Adalio eran seres con vida propia, una no se permitía pensar y el otro no pensaba, le habían cedido toda la voluntad a Alfredo, y Alfredo hizo su voluntad. Claus movió la mano hacia su cara, como si fuera a persignarse, pero sólo se rascó la nariz, me miró a los ojos, y dijo algo que yo nunca diría: caso resuelto.

El episodio de las filtraciones en el techo se completa con una anécdota que me contó Ignacio López y que me parece la más adecuada para terminar esta historia. Después de humillar al primer albañil, Alfredo contrató a un segundo albañil, que le recomendó que cambiara la losa y pusiera chapas de zinc para protegerla del sol y las heladas. Le pasó un presupuesto detallado en una hoja plegada dentro de un sobre. Cuando Alfredo abrió el sobre, desplegó la hoja y vio la cifra total, en vez de alegrarse de que un negro supiera sumar números de cuatro dígitos, le rompió el papel

en la cara y le recordó que tenía sangre de macaco. El tercer albañil tampoco tuvo suerte. Cansado de poner palanganas en las habitaciones cada vez que llovía, Alfredo decidió hacer lo que había hecho toda la vida: solucionarlo él mismo. Apoyó una escalera de dos cuerpos en una pared lateral de la casa y subió y bajó varias veces cargando los baldes de materiales y las herramientas necesarias. Silbaba y puteaba para darse ánimos. Se puso a trabajar bajo el sol y se olvidó del mundo. Lo entusiasmaba resolver esos dilemas que plantea cualquier tarea manual: las proporciones exactas de portland, arena y agua que se requieren para hacer una buena mezcla o el ángulo que se debe golpear con el fratacho para picar los ladrillos húmedos sin abrir un agujero en el techo. Abajo, Adelina aprovechó la ausencia de su hermano mayor para sacar a Adalio del sótano y dejarlo que se moviera libre por donde quisiera. El idiota se frotó los ojos para acostumbrarse a la luz, tropezó dos o tres veces con sus propios pies, se cayó y volvió a levantarse hasta que recuperó el sentido del equilibrio, y empezó a correr por todas partes. Parecía creerse un pájaro gigante o un avión, porque estiraba los brazos y planeaba desde una punta a la otra del patio. Estaba tan contento que le chorreaba saliva de la boca y emitía sonidos extraños, como un motor que pierde combustible. Por momentos cerraba los ojos y se impulsaba a toda velocidad en cualquier dirección. En una de esas embestidas ciegas chocó contra la escalera y la escalera se resbaló por la pared, golpeó contra una pila de ladrillos, y se partió al medio con un crujido seco. El bobo ni se dio cuenta. Siguió volando en su cielo personal, con la boca llena de baba y de ruidos vibrantes. Alfredo, en cambio, fue arrancado de su sueño omnipotente, se levantó de un salto, y salió disparado hasta el borde del techo. Vio la escalera destrozada, vio a su hermano correr por el patio y empezó a llamar a su hermana a los gritos. Asustada, incapaz de moverse, Adelina no respondía, se tapaba las orejas y cerraba los ojos, como si ella misma fuera la retrasada mental. Alfredo no paraba de gritar, pero ningún vecino salía a ayudarlo, y el sol le ardía en la cabeza por más que la cubriera con una boina. Agarró el fratacho y le apuntó al hermano. No le acertó o no quiso acertarle. Gritó más fuerte, cada vez más fuerte, parado sobre la mezcla endurecida y los escombros amontonados, gritó con la garganta y con los pulmones y con todo el aire que tenía hasta quedarse afónico. Yo escucho esos gritos a través de los años y pienso algo que nunca le dije a Claus, ni a mi padre, ni a nadie de mi familia: no importa si fue por asfixia, asesinato o suicido, Alfredo, Adelina y Adalio murieron para que nosotros fuéramos los únicos Staub del pueblo.

## VÍAS PARALELAS

La vida de Rudolf Staub se bifurca el 30 de junio de 1890[1]. Está en Londres. Camina por una calle que no tiene nombre para él. Hay miles de personas que van y vienen en distintas direcciones, todas ocupadas, todas aisladas en sus propios mundos urgentes. Y junto con las personas, hay miles de otras formas que no son personas pero que se mueven a la velocidad de las personas, o más rápido aún: carros, carruajes, caballos, perros, elefantes, tal vez un elefante, o algo parecido a un elefante. Rudolf no ve a nadie, no ve nada. Las caras que pasan a su lado son traslúcidas, carecen de rasgos humanos o inhumanos, se reducen a huecos en el aire, menos que huecos, aire en el aire. Tampoco se da cuenta de que es una espléndida mañana de verano. Ni uno de sus órganos capta el sol que vibra sobre su cabeza. El cielo podría volverse rojo e igual él no lo notaría. Ni ése ni ningún otro signo del Apocalipsis. No siente frío ni calor. Es como si le hubieran arrancado los ojos, la piel, la médula y la corteza cerebral. Acaba de salir de las oficinas de la Morris & Morris Railways Company y debe tomar una decisión. La decisión más importante desde que abandonó el Ejército Prusiano para ponerse al servicio de una compañía ferroviaria del Imperio Británico. Mientras camina por esa calle anónima, la decisión tiene dos caras. Son las dos caras de los administrativos de Morris & Morris que se presentaron con sus respectivas manos y sus respectivos nombres, pero que Rudolf olvidó en el mismo instante en que los saludaba. Si es por no recordar, tampoco recuerda cuál de las caras estaba a la derecha y cuál a la izquierda, cuál lucía una corbata debajo del mentón y cuál un moño de doble lazo. De modo que ahora, para distinguirlas, llama a la primera cara Morris I y a la segunda cara Morris II. Morris I tiene la siguiente propuesta: un cargo de ingeniero general en los talleres de Scranton, en el estado de Pennsylvania, en los Estados Unidos de Norteamérica. Morris II: un puesto de jefe en las obras de desmonte y tendido de trocha angosta entre Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, y Tafi Viejo, en la provincia de Tucumán, Argentina. Morris I le muestra un mapa donde las vías de ferrocarril, representadas por líneas rojas, en una escala de 1-10000, suman más de 200 mil kilómetros. Morris II le muestra un mapa, de la misma escala, donde sólo se ve una mancha oscura que se extiende a los lados de las fronteras de ambos países. Son destinos tan diferentes que hay mil razones para optar por uno o por otro. El problema es que ninguna de esas razones tiene el peso suficiente como para inclinar la balanza. Rudolf vuelve a las oficinas de la Morris & Morris, se cruza con la misma cantidad de elefantes, perros, caballos, carruajes, carros y personas, saluda a Morris II y a Morris I, comprueba que los mentones permanecen arriba del moño de doble lazo y de la corbata y que la izquierda y la derecha no han cambiado de posiciones, y toma una decisión. La decisión ideal: acepta los dos trabajos.

## **Norteamérica: generación 1**

El ingeniero general Rudolf Staub se casa con la primera mujer que le dirige la palabra en Scranton. Ni siquiera se ponen de novios: él le ofrece matrimonio antes de preguntarle el nombre. El apellido no importa: será una Staub. Gertrud Staub. Las locomotoras le han enseñado a Rudolf a moverse a máxima velocidad y de manera sincronizada, siempre en línea recta, en la dirección del tiempo, en el horario del progreso. Su esposa se parece a la hermana gorda de la estatua de la libertad. Pero es alemana. Eso no significa que se entiendan. Lo único que tienen en común es el idioma, y no les sirve de nada, porque Rudolf se obliga y la obliga a hablar en inglés incluso en la intimidad (en esa intimidad intimidante de enaguas crujientes y calzoncillos urticantes que uno asocia al siglo XIX). Cada vez que ella quiere contarle algo, debe consultar un diccionario. Lo bueno de la prohibición es que evita las discusiones. Lo malo es que también evita la comunicación. No obstante consiguen vencer las oposiciones de la ropa interior y las imposiciones del idioma exterior, y tienen tres hijos: Rodolph, Adolph y Argentine. Los tres rubios, los tres de ojos claros, los tres perfectamente aptos para las primeras décadas de la última centuria del segundo milenio. Rodolph es ingeniero. Adolph es ingeniero. Y Argentine se casa con un ingeniero. Antes de grabar su nombre en una lápida, hay que decir que a Gertrud no le gusta llamarse Gertrud. Su marido, sus hijos y sus nietos nunca le dirán Tru, Trud o Trudy. A lo sumo Gert. Como un eructo. Ella se hubiera conformado con ser Astrid, Beatrix o Strudel y, tal vez por ese motivo, cuando mira las estrellas, se considera una artista, una mujer relacionada con las constelaciones y sensible a los signos del zodiaco. Esa es su herencia: todo lo que hay entre la Luna y Alfa de Centauro. Rudolf permanece fiel a Morris & Morris aun cuando la compañía se convierte en Norris & Norris, y posteriormente en Nothing & Nothing. Mientras inaugura y clausura la cantidad de ramales suficientes para convertirse en el ingeniero ferroviario más respetado de Scranton, todos sus ingenieros subalternos, todos sus técnicos y todos sus mecánicos se vuelven millonarios. No importa. Él tiene lo que necesita: una casa de dos pisos, un auto (en realidad: un vehículo levemente parecido a un auto, un prototipo no desarrollado por la industria, un engendro de carreta y locomotora del tamaño de un elefante) y un plato de comida en la mesa a la mañana y a la noche. Frente a ese plato nocturno, su hijo Adolph le cuenta que acaba de alistarse en el ejército de los Estados Unidos.

## **Sudamérica: generación 1**

El ingeniero jefe Rudolf Staub se casa con su primera novia prusiana, que permanece en Wittenberg mientras él organiza el trabajo en Santa Cruz de la Sierra. Hay un breve intercambio epistolar que a ella le sirve para descubrir que existen palabras como válvulas, engranajes, palancas y poleas, en alemán y en español. Recién cuando llega a Bolivia, se entera de que debe vivir en un campamento, en medio de la selva, rodeada de cientos de hombres que no se distinguen de las bestias ni por el color ni por el olor de la piel. En vez de un anillo de bodas, su condición para aceptar la propuesta de matrimonio es un rifle: un Winchester automático. Considera que su marido es la máxima autoridad de esa sociedad nómada y por lo tanto ella es la justicia. Ella: Luciemarie Englund de Staub. No puede proclamarse reina, porque el Imperio Británico ya cuenta

con una reina, pero permítanle tratar a los negros y a los indios como esclavos, permítanle dispararles con sal si las balas son para los pumas. Rudolf se inspira en su esposa y avanza cada día el doble de los kilómetros pautados en el contrato con la Morris & Morris. Nunca se cruza de brazos. Nunca se detiene a mirar el horizonte. El horizonte queda atrás, él va más rápido que el horizonte. Tanto Rudolf como Luciemarie aprenden enseguida el español. Es un idioma tan bueno como el alemán para dar órdenes y tiene la ventaja de que los peones lo entienden con la misma claridad con que entenderían un latigazo. También aprenden a hacer hijos, y les salen perfectos, rubios como soles, con ojos adecuados para mirar el cielo, el mar y los elefantes, todas las cosas grandes de este mundo. Los bautizan Rodolfo, Adolfo y Silvana. Sólo Adolfo obtiene el título de ingeniero. Rodolfo y Silvana se van a vivir a Buenos Aires y nada más se sabrá de ellos en esta historia. Los Staub no siguen unidos mucho tiempo a la Morris & Morris, son demasiado libres, demasiado ambiciosos, demasiado independientes para compartir su destino con una compañía ferroviaria. Una vez terminado el trabajo en el ramal de Santa Cruz y Tafi Viejo se mudan a Bahía Blanca, donde Rudolf instruye a los técnicos locales en los secretos de las nuevas locomotoras a vapor importadas de Inglaterra y Alemania. Nunca dejan de ser nómades. Más que el espíritu de pioneros, los empuja la impaciencia, la incapacidad para entenderse con los colonos italianos y los terratenientes de doble apellido. Recorren el país de norte a sur y de este a oeste. En unos terrenos concedidos por el gobierno nacional en la isla de Choele Choel, el Winchester es usado por primera vez contra una persona (contra un mapuche, corregiría Luciemarie). El relato familiar de ese disparo sobrevivirá tres generaciones y será contado con el mismo orgullo con el que se exhibirá la patente del motor de combustión interna inventado por Adolfo, el más inteligente de los tres primeros Staub argentinos.

## **Norteamérica: generación 2**

La vida militar de Adolph Staub no se parece a la de ningún soldado estadounidense de su generación. Es un nexo entre dos mundos absolutamente distintos. El contacto entre quienes desarrollan las armas en los laboratorios de investigación y quienes las utilizan en el frente de combate. Debe ponerse de acuerdo con generales condecorados por empatar batallas en parques de diversiones, técnicos obsesionados con experimentos ya descartados por los alquimistas y empresarios persuadidos de que lo más conveniente para el ejército es seguir comprando los arcos y flechas que ellos fabrican. Tiene órdenes de usar uniforme sólo cuando es necesario, algo que considera una injusticia del destino, porque con las botas en los pies, la gorra en la cabeza, las estrellas en el hombro y el águila en el pecho se siente un poco más lejos del piso de lo que sus genes le han permitido elevarse. La estatura, que no fue un problema para Napoleón, es un problema para Adolph Staub. Más que un problema, un dilema conyugal. Si se casa con una mujer alta siempre se verá petiso al lado de ella, pero si no se casa con una mujer alta, condena a sus hijos a reprobado todos los exámenes físicos desde la escuela primaria hasta la universidad. Resuelve el dilema como un verdadero estratega: se casa con una mujer que podría ser campeona de básquet pero cuya única habilidad deportiva es cambiar los focos sin subirse a una silla. De todas maneras Adolph hace lo imposible para evitar que los vean en posiciones sociales comprometedoras, lo que implica no estar nunca juntos fuera del dormitorio. La gigante tiene un

nombre diminuto: Liz. Tal vez por eso comete más de un desliz en su vida de casada infeliz. Su cuerpo es un curso de anatomía al que todo hombre en edad escolar puede asistir en horarios diurnos. Adolph no se da cuenta de nada. Está ocupado en convencer a quien quiera escucharlo de que los alemanes son los mejores aliados posibles en Europa. No es un político, es un ingeniero. Habla de cosas concretas: motores, tanques de guerra, autopistas, aviones. Alemania es una maqueta del futuro del mundo. La evidencia tiene el tamaño de un elefante o por lo menos el tamaño de su esposa. Mientras lo escucha, Liz deshoja su flor de lis: lo engaño, no lo engaño, lo engaño... Los hijos, no obstante, se parecen a Adolph, con los centímetros adicionales previstos en la experimentación genética. Son dos varones. La moda a fines de los años 30 y principios de los 40 es una especie de cruzada contra el anonimato, un afectado gesto de horror hacia los voluntariosos Williams, los confiables Franks y los patrióticos Georges. Todas las criaturas recién nacidas deben sobrevivir a un bombardeo de por lo menos tres nombres antes de llegar al apellido, al que se le suele agregar un número ordinal. Adolph permite que la madre afrancesa al primero (Lucien Claude Silvain), pero él se encarga de germanizar al segundo. Lo llama Magnus Rudolph Adolph Staub. El Magnus es un tributo al ingeniero aeroespacial Wernher von Braun[2], su amigo entre los enemigos.

## **Sudamérica: generación 2**

La vida de Adolfo Staub es una larga simbiosis con cosechadoras desarmadas y bocetos de motores de combustión interna. Su cabeza siempre está emergiendo de un cuerpo formado por pistones, válvulas, manómetros, correas de transmisión y cilindros. Es una especie de manosanta de las máquinas. Un resucitador. Todos los vehículos declarados muertos que son tocados por sus pinzas obtienen una segunda oportunidad sobre la Tierra. Le gusta revivir artefactos inertes, pero más le gustaría darles vida. No es ambicioso. No puede serlo en un pueblo como Los Juncas y en una época en que ya todo fue inventado, las locomotoras, los autos y los aviones. Sólo sueña con crear un órgano eficiente para transferir la fuerza de un movimiento circular uniforme a un movimiento rectilíneo alterno (o viceversa). Ese ideal mecánico mantiene sus uñas limpias. Pese a que manipula aceite, grasa y toda clase de sustancias corrosivas, nunca se mancha las manos. Su sentido de la pulcritud se extiende a su caligrafía geométrica, a sus camisas blancas abotonadas hasta el cuello y a su pelo engominado y peinado hacia atrás. El trabajo lo obliga a viajar cientos de kilómetros campo adentro, donde a veces sólo lo espera una trilladora averiada que de lejos parece la silueta de un elefante dormido. En uno de esos viajes conoce a Isolina Brussola. Si suma las segundas sílabas del nombre y el apellido de ella obtiene la potencia de dos soles. Esa luz lo encandila. No es un problema que Isolina todavía juegue a ser cantante lírica en un teatro de muñecas. No es un problema para los padres de Isolina. Pero sí es un problema para Isolina. Un problema que Isolina eleva a la categoría de maldición familiar. Si ella no puede cumplir sus deseos de soprano, ni su marido ni sus hijos ni sus nietos tienen derecho a desear nada. Se hace enfermera sólo para maltratar a personas que agonizan. Yo estoy peor, les dice, yo estoy muerta en vida. Cuando se queda sola en el hospital, canta fragmentos de ópera frente a los pacientes sedados. Adolfo nunca habla con Isolina de los bocetos que se acumulan en los cajones del taller, sería como hablarle de cohetes autopropulsados o de viajes a la Luna. Tampoco se entienden en

materia de política internacional o nacional. Ella admira a Mussolini (Hitler le parece un enano gritón); él respeta a Hitler (Mussolini le parece un payaso panzón). Si bien los dos odian al presidente Juan Domingo Perón, lo odian por distintas razones. Adolfo no tolera que subsidie a los negros; Isolina no tolera que viva con una puta. Ni siquiera los hijos logran sintonizarlos en una misma frecuencia conyugal. El mayor, Alberto Roberto, se convierte en la última luz de la madre. El menor, Rodolfo Adolfo, se convierte en la primera sombra del padre. Roberto se mata en un accidente en la ruta. La maldición, la maldición, murmura Isolina. Nadie la ve llorar ni rezar en el velorio. Rodolfo abandona la carrera de Ingeniería tras la muerte del hermano y se dedica a vender motores que no son precisamente los inventados por su padre.

### **Norteamérica: generación 3**

Hay una foto famosa en la que Wernher von Braun aparece rodeado de niños. Uno de los niños sostiene la miniatura de un cohete espacial en una mano. El que está al lado de ese niño es Magnus Staub. El más rubio de todos y el menos entusiasmado con la idea de mandar un astronauta, un mono o un elefante a la Luna. Magnus es la primera gran decepción de la dinastía norteamericana de los Staub. No hace nada. Se pasa la mitad de su vida tratando de que una compañía discográfica difunda la única canción que logró sacar de su guitarra: una balada a Scranton, la ciudad inundada, la ciudad que se hundía mientras el resto de los Estados Unidos se elevaba hacia las estrellas. La otra mitad de su vida se fracciona en miles de oficios inestables. La esperanza nunca lo abandona. Invierte todos sus salarios en los casinos de la costa atlántica. Hay en su cerebro una tendencia a trabajar con números (lo maravillan los trucos del sistema decimal:  $1 + 9 = 10$ ;  $2 + 8 = 10$ ;  $3 + 7 = 10$ ...), pero no sabe qué hacer con esa tendencia y la aplica a la invención de fórmulas para ganar en la ruleta, a veces basadas en complicadísimos cálculos de probabilidades y otras veces en interpretaciones aritméticas de los sueños. En ambos casos, lo máximo que gana son 10 mil dólares. Los gana la misma noche en que conoce a Divine, una mujer que se parece a un travesti, que tiene nombre de travesti, pero que es una mujer en el sentido anatómico que aún conserva la palabra en esa época. Divine ha vivido esperando al Mesías en bares de billar y en escuelas para adultos. No a cualquier Mesías sino a un Mesías con ciertas condiciones: blanco, rubio, alto y de ojos celestes. Condiciones que Magnus cumple perfectamente desde los dedos de los pies hasta el cuero cabelludo. Ella está convencida de que los 10 mil dólares son una señal. La cara de Washington, la cara de Franklin, la cara de Lincoln tienen que significar algo superior al simple dinero con el que se compran latas de sopa o cajas de cereales. ¿No, querido? ¿No? Desde ese momento, todo se transforma en una señal. Alentado por Divine, Magnus intenta cambiar la letra de la balada depresiva a Scranton y transformarla en una oda a sí mismo. El inconveniente son las rimas, no las encuentra, y las que encuentra, después de quemarse los ojos descifrando la letra minúscula de los diccionarios, pertenecen a palabras técnicas que sólo entienden los verdaderos Staub de este planeta. Divine ve otra señal en ese fracaso. Olvidemos Scranton, vivamos en Staubtown. Ella es su profeta. Un día le anuncia: voy a tener un hijo de Dios. Se llamará Lucas. Otro día le anuncia: voy a tener una hija de Dios. Se llamará Claudia. Lucas supera a su padre en el negocio de la música. Forma una banda tributo a Kiss bautizada Fuzz y se gana la vida actuando en festivales evangélicos. Claudia es una niña

bellísima, introvertida, estudiosa, la digna descendiente de un Mesías, pero sólo quiere una cosa en el mundo: huir de su familia.

## **Sudamérica: generación 3**

No hay no hubo ni habrá en la Tierra un Staub con un coeficiente intelectual tan alto como el de Rodolfo Staub. Es un genio. Una mente proyectada al cielo. Ningún tema repugna a su voracidad mental. No importa si son conocimientos útiles o inútiles, los asimila y los retiene en el organismo como si fueran sustancias vitales. Cuando abandona la carrera de Ingeniería en la Universidad de Córdoba para dedicarse a vender motores, ya es un experto en materias tan disímiles como la hidrografía de Asia, la historia del radicalismo, la suma y resta de monomios y las reglas ortográficas. No dura en ningún empleo. Siempre termina discutiendo con sus jefes. La única persona a la que respeta es a su padre y su padre ya está muerto. Intenta mantener a flote el taller familiar con trabajos cada vez menos lucrativos. A la vez busca inversionistas para que los abstractos diseños paternos se transformen en concretos motores industriales. No logra ninguno de los dos objetivos. Intenta mil más. Y cuando los mil fracasan sigue intentando siempre con nuevos proyectos. Cambia de rubro. Se pasa de la mecánica al comercio. Si existiera la importación de elefantes, también probaría suerte en ese negocio. El problema de Rodolfo es que conoce el mundo pero no lo entiende, no entiende por qué el mundo no se adapta a sus ideas pese a que son las mejores ideas del mundo. Se siente por encima de todas las cosas que lo rodean en Los Juncales (y en la categoría de cosas incluye a las personas), es un príncipe exiliado en un país de infradotados, y no importa si sus manos manipulan motores, mercaderías o basura, nada puede dañar la gruesa capa aisladora de su superioridad mental y moral. Primer principio de la filosofía staubiana: lo pienso yo, por lo tanto, es digno. Ese sentido de la dignidad acompaña cada acto de Rodolfo. El último homenaje que le rinde a su padre es casarse con una menor de edad: Diana Sismondi. Por suerte el destino de los Staub no se repite de una generación a otra, y Diana resulta ser la refutación viva de la madre de Rodolfo. La bendición que equilibra la maldición. Antes de que ella cumpla 20 años, tienen dos hijos: Lucas Adolfo y Claus Rodolfo. Son hermosos, demasiado hermosos para ser reales o para ponerlos en contacto con la realidad. Por eso los protegen con una variante aún más resistente de la capa aisladora que envuelve al padre. No los consienten, los veneran. La filosofía staubiana se transforma en una religión de dos dioses. Lucas es el dios terrible; Claus, el dios sensible. Sin embargo, hay tanto de uno en otro que la división de poderes nunca es definida. Más que una división es una multiplicación. Son hermanos íntimos. Gemelos de distinta edad. A veces se transforman en una sola persona visible, a veces en una multitud invisible. Las operaciones matemáticas que sus antepasados realizaban con la mente, ellos las realizan con el cuerpo. Ni siquiera cuando están separados dejan de estar juntos. De modo que es difícil saber cuánto de Lucas se queda en la Argentina el día en que Claus decide viajar a Europa.

## **Norteamérica: última generación**

Como todas las mujeres que quieren escapar de sus casas, Claudia Staub se resiste a ser una niña. No puede perder el tiempo con muñecas ni con amigas imaginarias. Si bien practica recorridos de larga distancia leyendo cualquier clase de libro que cae en sus manos, prefiere las geografías reales a las fantásticas. Sus padres son las únicas personas felices en esa capital nacional de la depresión que es Scranton, también son las más pobres en un área donde los índices de pobreza duplican a los del resto de los Estados Unidos, y por eso, por ser tan felices y tan pobres, resultan intolerablemente ridículos. Viven en la casa de dos pisos heredada del bisabuelo, una casa que deberían haber vendido hace 20 años, y que parece a punto de tomar la decisión de demolerse sola. Claudia no ha contado las manchas en las paredes de su dormitorio, porque no obtendría ningún rédito de cuantificar la humedad, pero una chica más sensible podría ver nebulosas en esos espirales de moho y hacerse la idea de que su cama es una nave espacial. Tampoco se asoma a la ventana por la que su bisabuela Gertrud contemplaba las estrellas. Nada hay en el cielo que colabore con sus planes. Una noche, sin embargo, no puede evitarlo, algo en su cuerpo, un gen recesivo, un programa latente que se ha activado en sus órganos, la obliga a levantar la mirada y descubrir que varios niveles por encima de su cabeza la Luna brilla como si fuera a explotar. Es urgente: tiene que dibujarla. Busca un papel y un lápiz, y la dibuja exactamente igual. La Luna del papel brilla tanto como la Luna de la noche. En vez de conformarse con la Luna, también dibuja la ciudad que la Luna ilumina. Scranton va emergiendo de la punta del lápiz de Claudia como si la estuviera creando de nuevo en todos sus detalles: las sombras vacilantes, los edificios en ruinas, los galpones abandonados y las calles vacías. Guarda ese dibujo y los 99 dibujos siguientes. El dibujo número 101 (una locomotora chocada), el 107 (una trilladora invadida por la maleza), el 110 (un esqueleto de elefante), el 111 (un rifle con el caño doblado) y el 119 (un cohete medio hundido en la Tierra) viajan en un sobre cerrado a la dirección postal de una revista de Filadelfia. En un sobre de vuelta, viajan el dibujo 101, el 107, el 111, el 119, y un cheque de 55 dólares. En menos de cinco años obtiene más dinero del que su padre ha perdido en los casinos a lo largo de toda su vida. Los dibujos son publicados en revistas de tirada nacional. Los cheques llegan desde direcciones tan diferentes como San Francisco, Seattle, Boston, Los Ángeles o Washington. No gasta lo que gana, lo reserva, lo esconde, lo ahorra para alquilar un departamento en Nueva York. No le dice nada a nadie y nadie le pregunta nada. Un día su hermano le pide que dibuje las máscaras de Kiss. Otro día su madre le pide que dibuje a Dios. ¿A quién?, pregunta Claudia. A tu padre, Magnus Rudolph Adolph Staub, dice la madre. Cuando escucha esa respuesta, Claudia decide que Nueva York no está lo suficientemente lejos de Scranton para sentirse libre de su familia. ¿Qué hay más allá del Atlántico? Su destino: Londres.

## **Sudamérica: última generación**

Como todos los niños que son malcriados en sus casas, Claus Staub se resiste a ser un hombre. Vive fuera del mundo y fuera del tiempo, en la geografía y en la historia del planeta Staub. No le basta con ser reverenciado, cada mañana cuando se despierta, por su madre, su abuela o la sirvienta, necesita generarse su propia atención, rodearse de una multitud a la que no sería justo

calificar de imaginaria. Forma un ejército personal. Una legión de ángeles y demonios. Incitado por su padre, se considera un caballero del desaparecido reino de Prusia: Claus von Staub. Así va por Los Juncales como si lo hubieran condecorado con la Cruz de Hierro. Incluso sus caídas de la bicicleta son aristocráticas, especialmente cuando no hay testigos. Al título de Barón le suma habilidades sobrenaturales. Desarrolla la facultad de comunicarse con seres que no pertenecen al reino animal, ni al vegetal, ni al mineral, seres que tienen la edad de la luz, anteriores al sistema solar, y vinculados a Claus por lazos más sólidos que las venas. Es su etapa de extraterrestre. También hay una etapa en que habla con los muertos. Lo atraen los cementerios como a otros chicos los atraen los circos con elefantes. Mantiene conversaciones de ultratumba con Alejandro Magno, Napoleón Bonaparte o Adolf Hitler, su modesta selección de personajes históricos. Como Claus aún no sabe nada de griego, francés o alemán se entiende en un español prebabélico, despojado de conjugaciones, preposiciones y artículos. Lo curioso es que las etapas de Claus no son etapas de la infancia, no las supera, nos las deja atrás, permanecen en él como personalidades optativas, a las que puede recurrir cada vez que lo desea. Sin embargo hay una que predomina: su etapa Sherlock Holmes. Desde que lee la primera novela sobre el detective inglés, nunca renuncia al sueño de ser un investigador privado. Se convierte en un experto en el arte de la deducción. Resuelve casos criminales sin moverse de su casa. Por supuesto, combina sus deducciones con procedimientos no aceptados por los manuales de lógica, como la permutación alfabética de los nombres de los sospechosos o la adivinación controlada conocida como tatetí. Ese entrenamiento constante de los músculos del cerebro y su natural inclinación por las ideas ultralunares, hacen que se inscriba en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba. En medio de los lisiados, anteojudos, hidrocéfalos y obesos irreversibles que componen el sector no andrógino de sus compañeros, Claus es divino (un efebo, para los platónicos; un ángel, para los tomistas), lástima que todas las chicas humanas estudien Psicología, y él deba compartir las aulas con el elenco femenino de una película de zombies. No es tan buen alumno como podría ser si estudiara la cantidad de horas que estudian las personas becadas por el Estado para escribir monografías sobre la destrucción del Estado. Sin embargo, mucho antes de terminar la carrera, exige un último esfuerzo de los Staub. En un concilio familiar celebrado en Los Juncales, les explica a su padre, a su madre y a su hermano un descubrimiento que podría cambiar la historia de la filosofía universal. Hay un nexo, dice, entre Thomas Hobbes y Sherlock Holmes. ¿Qué necesita de ellos? Una sola cosa: que subsidien su viaje a Londres.

## **El encuentro**

Sería maravilloso que fuera el 30 de junio de 1990, pero es el 19 de setiembre de 1991 el día en que Claudia Staub y Claus Staub coinciden en una calle de Londres. También sería maravilloso que la coincidencia fuese en la misma calle por la que caminó el bisabuelo Rudolf antes de bifurcarse en el hemisferio norte y el hemisferio sur de su vida. Lamentablemente el círculo no se cierra en un nudo perfecto. Claudia acaba de salir de la oficina de Recursos Humanos de la revista World Design y camina tan entusiasmada por los resultados de la reunión que su cuerpo irradia una temperatura propia, ajena al clima poco efusivo de la ciudad. No tiene a nadie a quién contarle sus buenas noticias, y esa felicidad obligada a mantenerse en silencio la empuja hacia

donde hay más gente y más autos y más carteles publicitarios. Claus viene de superar su récord de bostezos sobre un libro abierto en la biblioteca de la universidad y no está del todo seguro de si el último párrafo que recuerda fue escrito por Thomas Hobbes o por su asistente Onírico. Como siempre que termina el horario de lectura, va a la casa de su novia. Pero esta vez, para combatir el aburrimiento, adopta una medida drástica contra la rutina: se cruza a la vereda del frente. Eso significa que Claudia y Claus están avanzando desde direcciones opuestas al mismo punto de Londres: Kensington High Street. Claudia baja desde el norte y Claus sube desde el sur. Ella está vestida de manera informal, como se supone que se visten los artistas, aunque ahora que se ha alejado de las oficinas de World Design siente que sus pantalones ajustados y su remera holgada son extensiones materiales de su piel. Él está vestido como nadie se viste en la capital de Inglaterra, como una persona de bajos recursos: unos vaqueros y una camisa marca Superoferta. Todavía no se acostumbra a pasar inadvertido, siempre espera que las mujeres o los hombres se inclinen en una reverencia ante su figura de ojos claros y cabellos rubios. Kensington está más animada que nunca. La policía ha desviado el tránsito por otras arterias y una multitud se ha reunido a cada lado de la avenida. Es imposible cruzarla en ese momento. Lo primero que ven cuando giran sus cabezas (Claudia, hacia su hombro derecho; Claus, hacia su hombro izquierdo) es una especie de banda militar con trombones, trompetas y tambores, pero que no debe de ser tan militar como suponen, porque entre los músicos uniformados con chaquetas rojas y charreteras doradas se mueven media docena de bailarinas que parecen salidas de una edición para adultos de Las mil y una noches. Detrás de la banda, vienen cinco filas de malabaristas que avanzan manteniendo en el aire un arco iris de anillas, palos y pelotas. Un mimo montado en un unicycle zigzaguea entre ellos con toda la intención de provocar el caos, sin lograr que la perfecta formación se altere ni por un instante. Acto seguido llegan los acróbatas, que caminan con las manos, saltan unos por encima de otros, y de repente se catapultan hacia el cielo, dan una vuelta completa sobre sí mismos y vuelven a caer parados, como si las leyes de gravedad no se aplicaran a sus huesos. Unos pasos más atrás, un grupo de payasos trata de hacer lo mismo que los acróbatas con resultados calamitosos: chocan entre ellos, ruedan por el piso, se levantan activados por una furia vengativa y corren en busca del culpable, aunque siempre es el más inocente el que recibe el sonoro cachetazo de castigo. Tras el último payaso se hace una pausa, una especie de punto y aparte visual, y tanto Claudia como Claus deben esperar unos segundos y torcer sus cuellos para descubrir que detrás de una bastonera vestida con la misma chaqueta que los músicos de la banda, cierra el desfile un enorme elefante de la India, coronado con guirnaldas de flores y ataviado con telas rojas estampadas con el monograma del circo de los hermanos Zargari. El elefante avanza imitando el paso redoblado de la bastonera de piernas largas, y el pavimento vibra con rápidos temblores regulares que se transmiten a los cuerpos de la multitud. Esa parece ser la única conexión del animal con el universo que lo rodea, todo lo demás le es ajeno, indefinido, extraño y, por eso mismo, por esa falta de compromiso con el espectáculo, hay algo autista en su trompa levantada, sus orejas caídas y sus colmillos enfundados. Su dignidad se reduce a ser el último elefante que desfilará por las calles de Londres durante el siglo XX. Nada más. Nada menos. Un vez que la estela del circo desaparece en una curva de Kensington, no bien la policía les indica despejar el área, Claudia y Claus cruzan la avenida en direcciones opuestas y pasan uno al lado del otro sin verse las caras.

# ONCE TESIS SOBRE LA LUNA

*Cuando el Apolo 11 dejó su huella en el suelo lunar,  
la dejó también en todas nuestras vidas.*

(Ray Bradbury)

Mi prima Luciana Sismondi tenía la misma edad que la primera huella del hombre en la Luna. Era normal que en sus fiestas de cumpleaños un invitado recordara la expedición del Apolo 11 y mencionara los nombres de Neil Armstrong, Edwin Aldrin y Michael Collins como si fueran viejos conocidos de la familia. Siempre hay un fanático de los viajes espaciales en las reuniones de personas nacidas en la década de 1960, alguien que no puede olvidar que de chico quiso ser astronauta. Luciana era una criatura especial por la simple razón de que no había nada especial en ella. No se distinguía por su belleza ni por su velocidad mental. Entendía los chistes y no entendía las ecuaciones, igual que el 99 por ciento de los seres humanos. En su época adolescente, se volvió más delgada y más alta que el resto de las chicas de su edad. Una consecuencia de esas mutaciones fue que empezó a encerrarse en su pieza y a cantar cuando creía que nadie la escuchaba. También llevaba un diario íntimo que escondía en lugares donde cualquiera podía encontrarlo. Yo le decía Lu porque ella misma se decía Lu y porque Lu es la primera sílaba de la palabra Luna. Había otras derivaciones de su nombre, Luci, Luli, Lucita, Lulita, pero de todo ese espectro luminoso yo me quedaba con Lu. El más simple y el más directo. Un punto a favor de mi prima era que no se sentía desplazada del centro de atención cuando surgía el tema del Apolo 11. No le importaba que el ambiente se alterara y los invitados se dividieran en dos bandos opuestos. Los prolonares, que creían en la proeza de la nave norteamericana, y los antilunares, que denunciaban que era una obvia propaganda imperialista. Permanecía serena, siempre fiel a sí misma, no indiferente sino diferente a todos, ajena al mundo que la rodeaba y a la vez tan metida en él que nada le resultaba extraño. No sabía decir si ya estaba acostumbrada o resignada a esas discusiones interminables. Las escuchaba desde el día de su nacimiento, desde mucho antes de saber que la Luna era el único satélite de la Tierra.

*La primera tesis dice que la Luna no tiene nada que ver con la Tierra. No las une ningún vínculo. Está en el cielo de noche y a veces de día. Cambia de forma. Aparece. Desaparece. Influye en las mareas y en los ciclos menstruales. Al mismo tiempo no deja de ser una ilusión. Magia blanca mezclada con magia negra.* Cuando cumplió 20 años Lu estaba estudiando en Córdoba y nadie de la familia pudo ir a la fiesta. Era la primera vez que faltábamos a su cumpleaños. En el almanaque de los Sismondi y los Staub la fecha del 21 de julio de 1989 está

señalada con un círculo rojo. Mi madre aún guarda el regalo que pensaba darle a Lu en un rincón del ropero. Una caja envuelta en papel satinado. Cuando le pregunté qué había adentro, me dijo que prefería olvidarlo y no hablar más del tema. En cambio yo no recuerdo nada de ese día de invierno. Está borrado de mi memoria, como si hubiera tenido la cabeza metida en un pozo. No sirvo de testigo en este caso. Sólo menciono la fiesta porque un amigo del bando de los antilunares me contó que Lu bailó con todos los invitados esa noche. Fue él quien me paró en una galería comercial de Córdoba para hablar sobre mi prima. Era tartamudo y estaba nervioso. No supo si darme la mano o abrazarme, avanzó y retrocedió al mismo tiempo y tuvo que empezar la conversación varias veces porque se le trababa la lengua. Me dijo que Lu estaba maravillosa y que la ausencia de su familia no parecía haberla afectado. También me contó que cuando bajaron la música por las protestas de los vecinos algunos invitados empezaron a irse del departamento. Las partidas alteraron el equilibrio entre prolunares y antilunares. El amigo de Lu se quedó solo contra cuatro fanáticos. ¿Cómo podía defenderse de tipos que parecían adoctrinados por la N.A.S.A? La indignación que sentía cuando me contaba esas discusiones era un peso adicional en su lengua demasiado sensible. Antes de despedirse me dijo que estaba dispuesto a ayudarme en todo lo que necesitara y me dio un papel donde había escrito su teléfono y su dirección. Esta vez no dudó en abrazarme: se metió entre mis brazos, me tomó de los hombros y por un instante sentí un temblor que pasaba de su cuerpo a mi cuerpo. La convulsión de alguien que contiene el llanto. No quise mirarlo a la cara cuando nos separamos. Dejé que se fuera por la galería, hice un bollo con el papel y lo tiré en un tacho de basura.

*La segunda tesis dice que la Luna es un instrumento de visión. No hay pruebas de que incida en la formación de los sueños. Pero, ¿por qué la vemos con los ojos cerrados? ¿Por qué sabemos que está en el cielo sin mirarla? Tal vez los sueños se elaboran con residuos de materia lunar degradada.*

Hubo una época en que Luciana pasaba todas las noches en casa. Sus padres atendían un bar que cerraba al amanecer y no querían que su hija viviera en horarios de adultos. Tenían miedo de que se convirtiera en una sonámbula, una niña biológicamente nocturna. Mi prima durmió tantas veces en mi pieza que puedo describir la evolución de su cuerpo desde los 7 a los 11 años. Su pelo rubio se volvió castaño en el proceso. Una vacuna le dejó una marca en el hombro izquierdo y le apareció un lunar en la clavícula. También conozco las distintas gradaciones de su respiración durante el sueño. Un detalle curioso es que una mano se le cerraba y la otra permanecía abierta sobre la almohada. Yo esperaba que Lu se durmiera para hacer mi trabajo. Me sentaba en la cama con los brazos cruzados y la observaba durante horas. Aprendía sus movimientos para imitarlos a la mañana siguiente. Practicaba. Ensayaba. Cuando conseguía la imitación más perfecta posible, la invitaba a un espectáculo exclusivo. Me tiraba en el piso y le mostraba algo que ella no conocía: su forma de dormir, su forma de soñar. Un día Lu se acostó a mi lado y me contó al oído su último sueño. No recuerdo nada. Ni una imagen. El sueño fue mutando en mi memoria hasta desaparecer en una mancha incolora. Lo que sí recuerdo son las cosquillas de su voz en mi oreja y el juego que jugamos después. Teníamos que unir los episodios del sueño con las posiciones que su cuerpo había adoptado durante la noche. Era muy parecido a esos ejercicios escolares en los que hay que conectar una lista de palabras con una lista de objetos. No sé si fue ese mismo día o unos días después cuando Lu me pidió que no le contara a nadie lo que estábamos haciendo.

—Jurámelo.

—¿Por qué?

—Porque te lo pido yo.

Crucé los dedos sobre los labios y ahora que ya había jurado volví a preguntarle:

—¿Por qué?

—Somos seres humanos, ¿no?

—Sí. Primo y prima.

—Entonces lo que estamos haciendo son experimentos con seres humanos.

**La tercera tesis dice que la Luna está fuera del tiempo. No pasan los días para ella, ni los días, ni los meses, ni los años. Permanece igual en todos sus cambios. Es la eternidad petrificada. Sus mares están secos. Su atmósfera no tiene aire. Y una de sus caras nunca ve el sol.** Durante la época en que Luciana durmió en casa, la persona que pasaba más horas con ella (al menos cuando estaba despierta) no era yo sino mi madre. Se levantaban temprano y empezaban a llamarse antes de vestirse. ¡Lu! ¿Lu? ¿Tía? ¡Tía!... Era como si una parte invisible de sus cuerpos se separara de ellas y fuera a abrazar a la otra en un punto equidistante de los dos dormitorios. Buenos días, buenos días, se saludaban sus proyecciones solares. Después del desayuno, compartido con el sector masculino de la casa, tenían tiempo hasta el mediodía para estar juntas, pero ese tiempo se anticipaba en la mesa de la cocina, frente a las tazas de café con leche. Mi padre, Claus y yo las veíamos intercambiar gestos fugaces, medias sonrisas, medias caricias, una forma de mirarse y de tocarse que ya era un lenguaje y que nosotros no podíamos entender. A veces sólo por diversión (o por envidia, pienso ahora) interrumpíamos esos trances comunicativos con una broma de mal gusto. ¡¡Hay una mosca!! ¿Dónde? En tu leche. No la veo. Qué asco: te la tragaste. Las bromas no tenían demasiado efecto. Las dos nos miraban con cara de estar evaluando nuestros coeficientes intelectuales y volvían a enfocarse en sus tazas sin dirigirnos siquiera una sonrisa despectiva. Los padres de Lu recién pasaban a buscarla a la hora del almuerzo, tras reponerse del trabajo nocturno, de modo que nada impedía que mi madre y mi prima se entregaran al pleno ejercicio de su sociedad ideal durante varias horas. No sólo ocupaban la casa con sus vibraciones femeninas (esas longitudes de onda que van desde lo floral a lo filial) sino que fundaban un Estado, una república fluida, habitada y gobernada sólo por dos personas, una mujer y una niña. La actividad exclusiva de ese país era la producción de palabras. Toda su economía se basaba en la conversación. Hablaban. No hacían otra cosa excepto hablar. Y cuando hacían otras cosas, como tender las camas, barrer los pisos o lavar la ropa, esas actividades secundarias sólo eran apéndices de sus conversaciones: brazos y piernas artificiales aplicados a la industria verbal, a la corporación Palabras & Palabras. Si clasificara sus temas por orden alfabético podría completar una enciclopedia Sismondi, desde la A de astronauta hasta la Z de zoológico. Pero sólo voy a reproducir el segmento de un diálogo que me parece significativo. Las abreviaturas son obvias: L de Lu; M de Madre:

L: El otro día la maestra me dijo que vivo en la Luna. Yo quería contestarle que estoy practicando para ser astronauta, pero no me animé a decirle nada.

M: ¿De verdad querés ser astronauta?

L: Ni loca me subo a un cohete.

M: ¿No te encantaría ser la primera mujer astronauta? La primera mujer que pise la Luna. Comandante Luciana Sismondi.

L: Los cohetes explotan en el aire.

M: ¿No te parece fantástica la Luna? ¿La miraste bien? Una noche está redonda, otra noche está menguante....,

L: Y los trajes de astronautas son horribles.

M: ...otra noche está escondida.

L: Me da idea el casco, es como tener la cabeza metida en una bola de cristal.

**La cuarta tesis** dice que la Luna hace las cosas a su manera. Nos manipula. Nos influye íntimamente. Y como el mayor porcentaje de su actividad se concentra en el horario nocturno trabaja especialmente en las cosas que hacemos cuando estamos dormidos. Sigo pensando que puedo comunicarme con Lu a través de los sueños. Me acuesto en la posición en que ella se acostaba y me enfoco en algún punto de mi cuerpo que se parezca a su cuerpo. El lunar de mi cuello se vuelve el lunar de su clavícula o la cicatriz de mi brazo la marca de su vacuna. Lo que mejor funciona es cerrar una mano y mantener la otra abierta. Soñé muchos sueños en esa posición extraña, pero hay un sueño que se repite una y otra vez. ¿Qué veo en ese sueño? La noche. Al principio nada más que la noche. Una oscuridad que me rodea y me envuelve y a la vez se expande en todas las direcciones posibles. Yo floto en esa oscuridad. No veo nada por un rato hasta que aparece un punto blanco a lo lejos, casi fosforescente en contraste con la noche total. Mis ojos se enfocan en esa luz lejana, la ven acercarse y no pueden desviarse de ella. Están encandilados. Están hipnotizados. Por eso no percibo el instante en que el punto blanco se separa del fondo y adquiere una forma definida. La forma de un astronauta. Un astronauta que sigue avanzando hacia mí, cada vez más despacio, hasta que se detiene a una distancia difícil de calcular, ni muy cerca, ni muy lejos, y allí permanece girando sobre sí mismo, tan ingrátido como yo, solo y en silencio. Su traje blanco brilla contra la oscuridad del cielo. Da vueltas y brilla. El lentísimo movimiento de rotación me permite observar todos los detalles de su equipo. Pero yo necesito ver otra cosa, necesito ver la cara del astronauta. ¿Será Armstrong? ¿Será Aldrin? ¿O será Collins? Nada impide que sea alguien ajeno a la tripulación del Apolo 11. Un desconocido. La esfera del visor del casco, que tiene la forma de una gran bola de cristal opaco, está hecha de una materia reflectante, y por más que yo fuerce los ojos no puedo traspasarla. Solo veo el reflejo de mi cara deformada por la superficie convexa, mi cara inflada como un globo, con la nariz hinchada, las mejillas anchas, y la frente y el mentón aplastados, no una cara, una mancha, y detrás de esa mancha inestable, la oscuridad sin estrellas del espacio exterior.

**La quinta tesis** dice que la Luna nos sigue los pasos: está siempre en el ángulo del cielo hacia donde miramos. Nos vigila. Nos observa como un único ojo blanco, ciego tal vez, pero no por eso incapaz de fijarnos en su memoria satelital. ¿Qué ve? ¿Qué mira? ¿Y qué retiene de nosotros cuando nos mira? Mi hermano es prolunar y antilunar al mismo tiempo. Cada vez que habla sobre el tema sus opiniones parecen tironeadas desde dos lados opuestos. Puede empezar una conversación sosteniendo que la caminata de Armstrong y Aldrin se grabó en un estudio de cine y terminarla diciendo que sólo fue el primer paso en la historia de la exploración espacial. Es prolunar en un estrato profundo de su personalidad: el cielo fue su infancia. Miraba las estrellas todas las noches y a veces señalaba un punto lejano desde donde supuestamente había venido la nave que lo dejó en la Tierra. Ese chico que quiere volver a su planeta natal es el que sigue opinando a favor del Apolo 11. En cambio, sus ideas antilunares pertenecen a la edad adulta. No

son aptas para todo público. Tienen algo intelectualmente exhibicionista. Por ejemplo, nunca entendí lo que él considera su mejor argumento en contra de la epopeya de Armstrong, Aldrin y Collins. Voy a tratar de reproducirlo de la manera más exacta posible. Dice Claus: ¿No te parece una rara coincidencia que Samuel Beckett ganara el premio Nobel de literatura el mismo año en que el hombre llegó a la Luna? Le pregunto quién es Samuel Beckett, pero mi hermano no me contesta, sigue con su argumento: ¿No es como un guiño? Fijate lo que hacen los astronautas: plantan una bandera, saltan, juntan piedras. Aburridísimo. Si el libreto del viaje a la Luna lo hubiera escrito un guionista de Hollywood le habría metido suspenso, monstruos, marcianos, y todo el mundo se hubiera dado cuenta de que era una farsa. Pero los capos de la N.A.S.A son vivos, contrataron a Beckett o a un imitador de Beckett, y ahí tenés lo que consiguieron: una obra maestra de la televisión del absurdo. ¿Qué pensaría Lu si lo escuchara? ¿Qué hubiera anotado en su diario íntimo?

**La sexta tesis dice que la Luna tiene voz propia, aunque sólo habla dentro de las cabezas de algunas personas y esas personas no son los lunáticos. ¿Qué dice la Luna? Mejor dicho: qué canta. El idioma no se entiende. Pero seguro que es una canción bellísima. Una canción nocturna.** Me olvidé de preguntarle al amigo tartamudo de Lu si ella cantó en la fiesta de sus 20 años. Claus insiste en que Lu a veces cantaba en público. No sé. No le gustaba exponerse. Prefería cantar sola. Yo soy la persona que más veces la escuchó en su vida, incluso durante los años en que el Liceo Militar me obligaba a permanecer de lunes a viernes fuera de Los Juncales. Me escondía detrás de una puerta o dentro de un armario y me quedaba en silencio mientras ella repetía diez veces el estribillo de una canción de moda. ¿Lu notaba mi presencia? Yo se la hice notar varias veces. Aparecía de pronto en la sala y le juraba que iba a acogerla si seguía cantando esas canciones subnormales. Ella me miraba, primero con cara de espanto y después con cara de odio. No me decía nada. Se daba vuelta y se iba a su pieza. Ahora me gustaría volver a escucharla con un oído no influenciado por los grupos satánicos que componían mi dieta musical en esa época. Puedo imitar la voz de Lu. Es una de mis imitaciones más perfectas. Un día me encerré en el baño y me puse a susurrar: vení, vení, Claus, no quiero tocarme sola. Se abrió la puerta y entró mi madre. No me gritó aunque sus palabras sonaron como un trueno: ¿para eso te mandamos al Liceo?, ¿para que te portés como un pavo? Andá, andá, pedile perdón a tu prima y no quiero que la imites nunca más, ¿entendiste? Entendí, claro que entendí. Pero no encontré a Luciana en ningún lado. Tampoco tenía sentido pedirle perdón: nunca dejé de imitarla desde entonces. Sigo cantando con su voz cuando nadie me escucha.

**La séptima tesis dice que la Luna se parece a una sala donde alguien estuvo pensando. Aún se siente esa presencia. Las vibraciones de las ideas que quedaron flotando en el aire. Por eso mirar la Luna y pensar son una misma cosa, porque la Luna nos transmite los pensamientos de quienes la abandonaron hace un instante.** Me inventé una excusa para entrar al departamento de Luciana en Córdoba antes de que sus padres vendieran los muebles y regalaran la ropa. Quería ver sus cosas, una vez más, y quería verlas solo. Las habitaciones eran tan pequeñas que no parecían vacías aun cuando no hubiera nadie en ellas. Todo estaba más o menos como yo recordaba, aunque mejor ordenado, con las puertas del ropero cerradas, la cama tendida y ninguna zapatilla extraviada en un rincón neutral. No se veían repasadores, ni esponjas, ni una botella de detergente. El único indicio de que alguien había usado la cocina era una pava con la parte inferior

carbonizada. Mis tíos se habían encargado de que el departamento de su hija volviera a un grado de intimidad aceptable. Las paredes del dormitorio sólo exhibían un póster del Saturno 5 en plena combustión, aunque después descubrí dos clavos que no sostenían nada, como si Lu hubiera abortado un proyecto de decoración más ambicioso. No me quedé quieto ni un instante: abrí los cajones, miré adentro, y volví a cerrarlos hasta que encontré el cajón de ropa interior, de donde saqué una bombacha amarilla, la estiré entre mis dedos para comprobar su elasticidad, y me la guardé en un bolsillo. Siempre que vuelvo a Los Juncales, desde la época en que estudiaba en el Liceo, hay un momento del día en que empiezo a revisar los armarios. No busco nada en particular. Casi no me doy cuenta de lo que estoy haciendo hasta que un objeto cualquiera, siempre inesperado (una libreta, un álbum de fotos, un estuche de cosméticos), de pronto parece adquirir vida entre mis manos. Lo observo y mientras más lo observo más nítida es la sensación de que el objeto piensa a través de mí como si yo fuera su conciencia. Hace unos años, en uno de esos rituales de búsqueda ciega, encontré el regalo que mi madre nunca le entregó a Luciana: una caja envuelta en papel satinado. Era tan liviana que podía sostenerla sobre la palma de la mano. No hacía ruido si la agitaba. El papel brillante me devolvía un reflejo distorsionado de mi cara, una mancha borrosa y fluctuante. ¿Sería un pañuelo? ¿Una bikini? ¿Una remera? Como mi madre no quiso decirme qué había adentro, me sentí con todo el derecho del mundo de averiguarlo yo mismo. No fue una operación simple. Tardé media hora en deshacer el paquete. Tuve muchísimo cuidado en no desgarrar el papel que envolvía la caja. Al final levanté la tapa y con la punta de los dedos extraje del interior una materia fluida que se desplegó en la forma de un vestido de seda. Ni siquiera pensé en lo que estaba haciendo, me desnudé en menos de un segundo y traté de ponerme el vestido a la fuerza, pero yo pesaba 30 kilos más que ahora, y el vestido se quedaba trabado en mis hombros si intentaba pasarlo por arriba, y en mis caderas si intentaba por abajo. Volví a vestirme tan rápido como me había desvestido, alisé el papel satinado, plegué el vestido sobre sí mismo y, pese a que tenía la mente en blanco, me permití un detalle adicional: lo guardé en la caja junto a la bombacha amarilla.

*La octava tesis dice que la Luna emite una clase de luz que es lo contrario de la luz. Su negativo. Lo que en óptica se llama refracción debe ser definido como una pura negatividad. La luz de los fantasmas. La luz de los aparecidos.* Después de cumplir 11 años, Luciana dejó de pasar las noches con nosotros y se fue a dormir a la casa de la abuela Lucía. Sus padres no querían que conviviera con dos adolescentes y le lavaron el cerebro diciéndole que ahora tendría una habitación exclusiva para ella. Yo ya estaba en el Liceo Militar, pero Claus iba al colegio con Lu y me mantenía informado de sus actividades diarias. Mi abuela hubiera querido que su nieta también se llamara Lucía. La  $n$  excedente en el nombre de mi prima mide la distancia que siempre hubo entre ellas: mínima e irreductible a la vez. Claro que esa letra de más no es cualquier letra, tiene sentido que sea la  $n$ , justo la  $n$ , porque esa  $n$  convierte a Luciana en una especie de Lucía elevada a la  $n$ ésima potencia. No sé lo que significa una potenciación en el mundo real. Tal vez indica el modo en que una persona pasa a otra dimensión. Mi abuela decía que Luciana se le apareció dos o tres veces en la forma de un cuerpo transparente y luminoso. No le hablaba. No la miraba. Sólo flotaba en su propia luz un instante y desaparecía en la oscuridad

—Los animales se dan cuentan.

—¿Cómo sabés?

—Todos los pájaros se ponen a gritar al mismo tiempo.

—¿Y el perro? ¿Y el gato?

Mi abuela no aceptaba un interrogatorio que cuestionara la sensibilidad de sus mascotas. No le importaba si yo le creía o no le creía. Ella dictaba las reglas. Por ejemplo: no me dejaba entrar en la pieza donde había dormido Luciana, pero me dio su diario íntimo sin que yo se lo pidiera. Es un cuaderno de tapas duras anilladas. No todas sus hojas están escritas, faltan indicaciones de días, meses y años, y entre una anotación y otra hay varias páginas en blanco. Mi abuela decía que Lu anotaba sus sueños. Yo leí varias veces el diario y lo más parecido a un sueño que encontré son las once tesis sobre la Luna.

*La novena tesis dice que la Luna ejerce su poder sobre las ideas inestables. Sobre las ideas y sobre los actos. Genera la ilusión de que existen mundos paralelos donde las cosas ocurren de un modo diferente. Una noche de Luna siempre es un comentario en contra del destino.* Varias veces volví a pensar en el amigo tartamudo de Luciana. Hice algo más que pensar en él, lo busqué por toda la ciudad. Primero tuve que recordar su nombre y apellido. Lo había olvidado desde el instante en que tiré a la basura el papel con su dirección y su teléfono. Como pasa siempre en estos casos, el nombre y el apellido me vinieron a la memoria cuando estaba pensando en otra cosa. No es fácil encontrar a alguien después de tantos años. El número que figuraba en la guía telefónica no contestaba nunca. Llamé a distintas horas del día e incluso a la medianoche y a la madrugada, pero no hubo caso, nadie atendía, ni siquiera un contestador automático. Fui a la dirección indicada junto al número. Era un edificio ocupado por estudiantes. Ninguno de los chicos que consulté había visto a una persona como la que yo describía. Tampoco los comerciantes del barrio recordaban a un individuo de esas características. El siguiente paso fue consultar en la inmobiliaria que alquilaba los departamentos. Me presenté como el secretario de un juez para que accedieran a entregarme una información que en el negocio de los alquileres se considera confidencial. No había datos relevantes del amigo de Lu. Me conformé con anotar el nombre y la dirección de la persona que había firmado la garantía del contrato: una mujer cuyo DNI me hacía suponer que tenía el doble de mi edad. La casa quedaba en una zona residencial que yo no conocía. Tuve que estudiar el nomenclador cartográfico para llegar en colectivo. Me bajé en una calle arbolada y no me crucé con nadie en las tres cuadras que recorrí a pie. Los autos estacionados sobre la vereda frente a los garajes acentuaban esa sensación de un mundo repentinamente despoblado. Toqué timbre una sola vez. Abrió la puerta una mujer que me dijo que no quería comprar nada. Movía la cabeza como si fuera su obligación sentirse indignada. Era gorda, vestía un buzo de gimnasia que nunca había estado de moda, pero no parecía posible que tuviera el doble de mi edad. Antes de que cerrara la puerta alcancé a preguntarle por la otra mujer. Hubo un vértigo en su cara, tomó aire, desvió los ojos, y me dijo:

—Mi mamá.

Me quedé mirándola en silencio.

—Era mi mamá.

Cuando vi que estaba tan dispuesta a contar la historia de su madre, me presenté y le hablé del amigo de mi prima. La gorda me abrazó como si me hubiera esperado durante años y me explicó que el tartamudo era su medio hermano y que también había desaparecido. La última vez que lo vieron fue el 21 de julio 1999, el día en que Lu hubiera cumplido 30 años. La madre no pudo superar el dolor y se dejó morir unos meses después.

**La décima tesis dice que la Luna vuelve siempre a su forma inicial. No importa que la haya pisado una bota de astronauta ni que le hayan plantado una bandera. No la afectan esos cambios así como no la afecta la sombra de la Tierra proyectada en su cara más lúcida.** Recuerdo haber visto la transmisión en vivo del alunizaje en un televisor blanco y negro. Las imágenes de los dos astronautas que caminaban a los saltos en el Mar de la Tranquilidad son tan nítidas en mi mente que sólo pueden venir de la infancia. Lo que no concuerda con ese recuerdo es que mis padres recién compraron un televisor en el año 1975, cuando yo ya había cumplido 10 años. Tal vez lo que vi de chico fue una secuencia fotográfica en una revista o en una enciclopedia, una serie de tomas que mostraban las escenas más destacadas de la expedición del Apolo 11. Supongo que con el tiempo esas imágenes quietas se fueron animando hasta componer una danza lunar en mi memoria. Otro dato que no encaja con ese recuerdo es que Lu estaba a punto de nacer y mi familia debía de encontrarse en un estado de movilización permanente en la clínica o en la casa de mis tíos. No creo que me dejaran solo frente a un televisor encendido. Sin embargo, no hace falta que los recuerdos aprueben un test de realidad para considerarlos verdaderos. Muchos años después volví a ver el alunizaje en distintos documentales y ahora que el video está disponible en Youtube me he convertido en un experto en el tema. No soy prolunar ni antilunar. Pienso que todo el mundo quería que el hombre llegara a la Luna, y ahí está: el hombre en la Luna. El gran salto de la humanidad en la huella de Armstrong. Lo curioso es que no importa cuántas veces mire ese material de archivo, sigo viendo lo mismo que veía en mis falsos recuerdos. Lo único que ha variado es mi escena preferida. Ya no elijo la secuencia en que los dos astronautas caminan por el Mar de la Tranquilidad, sino el momento en que el Saturno 5 despega de la Tierra y la plataforma de lanzamiento cae destruida en medio de una explosión de humo y fuego. Todavía me emociona la cuenta regresiva en la voz del locutor norteamericano: seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero...

**La undécima tesis dice que la Luna es el principio de todas las mutaciones. No hace falta invocarla, está presente cada vez que nos volvemos distintos. Pero los cambios son cíclicos. Si no nos damos cuenta de que cambiamos es precisamente porque no somos los mismos al final del ciclo.** Cuando uno está a punto de cumplir 50 años son pocas las oportunidades que tiene de quedarse solo en la casa de sus padres. Se supone que ya ha formado una familia y apenas ve a sus parientes en las navidades o en los velorios. No es mi caso: no tengo mujer ni hijos. Sigo visitando a mis padres todos los meses. No me molesta venir a Los Juncuales si ellos se van en una excursión de jubilados y me piden que les cuide la casa durante una semana. Ya lo hice otras veces. La gran diferencia es que ahora estoy en el mejor momento de mi vida. Me siento en perfectas condiciones físicas y mentales. Entreno en un gimnasio y corro largas distancias a la velocidad de un maratonista. Parezco más joven que cuando era realmente joven. Bajé 30 kilos. Peso lo mismo que pesaba Lu cuando tenía 20 años y sus tetas ya se habían desarrollado y su culo llenaba la parte trasera de todos sus pantalones. Estoy tan delgado que me entra el vestido de seda. Acabo de ponérmelo y me queda mejor de lo que esperaba. También me puse la bombacha amarilla. Si tuviera una peluca y me pintara los labios podría transformarme en una versión andrógina de Luciana. Siempre me he rapado la cabeza. Hoy también me afeité los brazos, las piernas, el pecho y el pubis. Por más que buscaran con una lupa, no encontrarían ni un solo pelo en mi cuerpo. La ventaja es doble: no se me ven las canas y mi piel está suave como la de una adolescente. Por supuesto, es de noche. Una noche estrellada, sin nubes, y con la Luna en un

ángulo bien visible del cielo. Apago las luces de la casa para que todo sea parte de la misma oscuridad. Salgo al patio y empiezo a cantar con la voz de mi prima una canción sin palabras. Es un murmullo que surge de mi boca y se mezcla con el aire, menos que un murmullo, la melodía de la respiración. Toco el vestido de seda para comprobar que no se ha desvanecido. Es intangible: todo se ha vuelto intangible desde que empecé a cantar. No hace frío ni calor. La atmósfera no pesa nada sobre mi cuerpo. Me muevo en una zona de gravedad cero. Ya no veo la Luna porque estoy en la Luna. Camino por el Mar de la Tranquilidad. Es una superficie resplandeciente, sin huellas, sin banderas, sin naves espaciales. Canto. Sigo cantando en la Luna. Soy Luciana Sismondi. También me dicen Luci, Luli, Lucita, Lulita, pero prefiero que me digan simplemente Lu.

## INTERMEDIO SZONDI

Los Staub no son la única familia del mundo con una historia que merece ser contada. Podemos descansar de Claus y Lucas por unas páginas y divertirnos con las peripecias de los Szondi. Pero antes quizá no sea inútil enterarse de que David, el más simpático ejemplar de los Szondi en la provincia de Córdoba, es amigo de Claus, ese amigo judío que todo descendiente de alemán necesita exhibir en público para no ser acusado de colaboracionista en los tribunales de su conciencia. Szondi, por supuesto, no es un apellido judío, sino húngaro, lo que ya constituye el inicio de una típica aventura de identidades cambiadas y documentos falsos. El padre de David se llamaba Elías Cohen. Había nacido y crecido en una ciudad del interior de Rumania. Su destino, si destino es una palabra que puede aplicarse a toda criatura sublunar, era convertirse en un próspero exportador e importador de productos alimenticios. Sólo que los límites de su pequeño país balcánico estaban dibujados justo en ese vértice del mapa donde el ex Imperio Otomano coincidía con los sueños expansionistas de Hitler. Su patria era un embudo donde se vertían las aguas servidas de Europa y de Asia. Elías tuvo que abandonar a sus padres y a sus hermanos antes de cumplir 18 años, cruzó varias fronteras hasta llegar a Italia, y en el puerto de Génova compró un pasaporte a nombre de Sebastian Szondi y un pasaje de tercera clase rumbo a la Argentina. De algún modo ese destino comercial amputado siguió desarrollándose en un mundo paralelo que emergía en el mundo real cada vez que David empezaba una nueva carrera universitaria poco lucrativa y su padre trataba de incentivarlo diciéndole: bueno, querido, está bien, estudiá filosofía, pero acordate de que la gente nunca deja de comer, si ponés un almacén siempre vas a poder pagarte los libros de Spinoza. David era el hijo que Sebastian Szondi había tenido con su segunda esposa, Margarita Posse. Era un niño inteligente y gracioso que no terminaba de convertirse en un hombre inteligente y gracioso. Combinaba en un cuerpo de estatura nada intimidante lo mejor del padre, un ingenio de bufón, ágil, sociable, confianzudo, y lo mejor de la madre, una sensibilidad tan amplia que abarcaba desde la actividad digestiva de leer una novela suiza de mil páginas hasta la actividad intelectual de hablarles a las hojas de una plantita infeliz. En cambio, el primer hijo de Sebastian Szondi, José, fruto del matrimonio con una militante comunista, no padecía esa enfermedad de los malcriados llamada dudas vocacionales; era un hombre de convicciones, un abogado, un conocido defensor de los derechos humanos y de todas las causas que estuvieran a la izquierda de Dios, el Ejército y la Familia. Pese a la diferencia de edad, a la eterna adolescencia de uno y a la eterna madurez del otro, David y José se querían como verdaderos hermanos, cada uno era hijo único a su modo y no competían entre sí para ocupar el espacio que les correspondía en el mundo. Sebastian Szondi estaba orgulloso de los dos. No se cansaba de hablar de ellos a quien quisiera escucharlo, lo que provocaba el efecto contrario de agotar a sus oyentes variables y

de abrumar a sus herederos estables. David ilustraba el exagerado orgullo paterno con la anécdota de que en el último año del colegio le habían pedido que adaptara una obra de Shakespeare y, como lo habían calificado con un 10, su padre exigía que montaran la versión en el teatro San Martín y que anunciaran en el cartel en letras bien legibles: Macbeth, tragedia en cinco actos, mejorada por David Szondi. De alguna manera Sebastian vivía a través de sus hijos las vidas que había soñado para sí mismo sin animarse a dar un paso en ninguno de los sentidos. Como todo padre, no obstante, también necesitaba superar a sus hijos en por lo menos uno de los infinitos rubros en los que se dividen las habilidades humanas. Y de hecho los superaba en la habilidad de ganar dinero o de aparentar que ganaba dinero.

Cuando llegó a la Argentina no sabía castellano, pero estaba tan seguro de hablarlo fluidamente que se hacía entender por más que no pronunciara ni una palabra de la manera correcta. Muchos años después, en sus viajes por el mundo, no se sintió extraño en ningún idioma occidental u oriental. David lo definía como el único beneficiado por la caída de la torre de Babel. El opuesto de Nemrod. Esa capacidad para que los sonidos que salían de su boca se volvieran un lenguaje universal era como el poder de convertir el barro en oro. Un don. Una propiedad alquímica. Y no hace falta decir que le sacaba el máximo provecho. Hablaba, sí, hablaba todo el tiempo, pero también se acompañaba de sus manos y de sus orejas y de sus pestañas y de cada instrumento sensible de su anatomía para comprar por poco lo que después vendía por mucho. No era un especulador, ni siquiera un calculador, aunque la especulación y el cálculo fueran tan naturales en su organismo como la sangre o la saliva. Lo mejor sería calificarlo como un artista de variedades en el espectáculo de los negocios. Mantenía en el aire los anillos, las bolas y los palos, suspendidos sobre su cabeza, contra el fondo fulgurante de la noche colmada de estrellas. Era un malabarista de la abundancia. Si nadie lo aplaudía siempre quedaba la opción de aplaudirse a sí mismo. Las fluctuaciones en sus cuentas bancarias no se reducían a cifras más o menos positivas que podían asentarse en los libros de contabilidad, eran manifestaciones numéricas (¿materiales o inmateriales?) de una especie de gracia, no el dedo, la mano de Dios en el hombro. Su instinto comercial estaba tan desarrollado que hubiera sobrevivido en cualquier país de la Tierra. Ninguna condición podía ser peor que la de huir de los nazis. Sin embargo él había empezado a ganar dinero durante la huida. Pequeños intercambios favorables: tabaco, galletas, vino, traducciones simultáneas. La Argentina resultaba simplísima para una mente formada en el caos y la histeria colectiva. Prosperó con todos los gobiernos, los que le robaban y los que se dejaban robar, los que lo trataban de judío de mierda y los que estaban dispuestos a comerse la mierda de un judío. Tal vez se habría convertido realmente en millonario si no hubiera necesitado que todo el mundo creyese que era millonario. El peor defecto de Sebastian Szondi como comerciante tenía nombre y apellido en una sola palabra: ostentación. El hueso de la tentación. No piensen en limusinas, mayordomos, ni mansiones con columnas y palmeras. Piensen en una clase de ostentación más sutil, más sugestiva, la ostentación de un hombre que pretendía esconder su ostentación. Ejemplos: pagaba el café con un billete con el que podía comprar la mesa y la silla donde estaba sentado y dejaba de propina el equivalente a un sueldo del mozo; pensaba que pasar las vacaciones en el mismo país donde vivía era como una declaración pública de indigencia. Pero donde mejor se manifestaba esa ostentación era en los regalos: si David le pedía la Estética de Hegel, le regalaba las obras completas del idealismo alemán. Por momentos tenía delirios de mecenas y se rodeaba de artistas e intelectuales que le festejaban los chistes y le exigían una desinteresada colaboración para montar una muestra colectiva de arte de vanguardia o

para financiar una revista dedicada al pensamiento revolucionario. Le gustaba ofrecer banquetes a sus amigos sólo para sentarse a la punta de la mesa y en medio de la velada levantar una copa del mejor vino disponible en la bodega, brindar por cualquier motivo que pasara por su cabeza a la que nunca le faltaban motivos, e improvisar un discurso de encomio a alguno de sus hijos que a esa altura de la noche ya habían abandonado la fiesta, José porque debía levantarse temprano para ir a tribunales y David porque había pasado de la fase alcohólica a la alucinógena de su diversión personal.

Sería maravilloso seguir describiendo a Sebastian Szondi varias páginas más, pero esta historia no se reduce sólo a él, involucra a otra familia judía: los Fidjman. Dejemos que se presenten a sí mismos por orden de llegada para que el relato no resulte demasiado parcial. La cámara y el micrófono ya están encendidos. Hola, soy Lolo Fidjman, me gusta el arte, vendo cuadros, tengo acá un catálogo, si les interesa... Ya está, correte viejo, que los dos no entramos en foco... Hola, hola, me llamo Alicia Garbon, me conocen, ¿no?, soy la segunda mujer de este fósil, tengo dos hijos de una pesadilla anterior: Horacio que es psicoanalista y Daniela que me culpa a mí de sus doscientos kilos de más. ¿Quieren decir algo ustedes? ¿No...? Bueno, vení Omarcito..., vení. (Murmillos: ruidos y roces) Ehhh... Ho... la. Hola. Estaba ensayando. ¿Funciona este micrófono? En New York los micrófonos siempre funcionan. Bueno... Soy Omar Fidjman, músico de jazz, nací en Córdoba, pero vivo en New York. Soy multiinstrumentista. Toco el saxo, la trompeta y el clarinete. Tengo una banda en New York, la Latin Jazz Fusion New York... Ah... no quiero olvidarme: mi esposa se llama Cindy, es judía de New York, y tuvimos una hijita, Candy, que nació en New York... Todo esto que acaban de leer es una transcripción fiel de las declaraciones de los Fidjman. Está filmado y grabado. Los interesados pueden ver sus caras y escuchar sus voces no mediadas por ninguna prosa ni bien ni mal intencionada. Sin embargo, para quienes se abstengan de exigir precisión documental o realismo fotográfico, aquí van unos retratos a mano alzada. Lolo Fidjman se amolda perfectamente al prototipo humano conocido por las siglas PPP (petiso, pelado y panzón), tiene la cara de un personaje bueno de Dickens que se hubiera malogrado por haber nacido en el hemisferio incorrecto del mundo, viste sacos azules y pantalones grises, aunque siempre se ve desprolijo, como si acabara de lloverle encima. Alicia Garbon se tiñe el pelo de tonos que nunca combinan con sus vestidos, parece que una parte de ella viviera en una historieta impresa en color y la otra en una historieta impresa en blanco y negro, habla tan rápido que suena como dos personas al mismo tiempo y la mayoría de las veces esa persona adicional es su hija Daniela. No nos salteemos a Horacio. ¿El más cuerdo o el más loco de la familia? Tiene una anatomía variable: la conducta errática del pelo de su madre él la padece en todo el cuerpo. Un día es flaco y el otro día es gordo. Un día es barbudo y el otro día lampiño. Antes de ser psicoanalista se recibió de médico y eso le permite recetarse pastillas psicotrópicas. Daniela, en cambio, sólo es gorda, ha intentado ser mil cosas en la vida, empezó a estudiar (por orden alfabético) arquitectura, biología, comunicación, danzas folklóricas, enfermería, fisioterapia, gastronomía, locución, manicura, ornitología, peluquería, radiología, sociología, teosofía, veterinaria y zoología, pero sólo consiguió diez kilos más por cada carrera iniciada y abandonada. Omar es el músico de la familia, un artista no del todo exitoso y no del todo incomprendido. Su forma de vestirse parece ilustrar el tipo de jazz que compone en caso de que el público no entendiera que se trata de una fusión de las tradiciones negra americana, judía y latinoamericana. Así va por la calle con un atuendo que combina el estilo moishé, el estilo incaico y el estilo hip hop. Eso significa una kipá en la cabeza, un poncho en los hombros, una camisa

grande como una túnica, un jogging Adidas y borceguíes desatados.

La amistad de los Szondi y de los Fidjman sólo se explica por el bajísimo porcentaje de judíos en la demografía de Córdoba. Si la distribución racial pudiera compararse con un juego de naipes, ellos estarían en el mazo más fino de todos, más fino aún que el formado por los judíos que asisten a la sinagoga o al Macabi. Es que los Szondi y los Fidjman siempre renegaron de su pueblo elegido y de sus leyes milenarias, de modo que los únicos dos lugares donde podían encontrarse eran la galería de arte de Lolo Fidjman o los banquetes de Sebastian Szondi. Como los patriarcas nunca se pusieron de acuerdo en sus recuerdos originales, es imposible establecer cuál fue el primer escenario de esa larga relación familiar. Ambos sostenían a veces una cosa y a veces otra. Sus cambios posicionales eran estratégicos, correspondían a una especie de partida de ajedrez que seguían jugando mentalmente aun cuando se hubieran quedado sin piezas. Por lo general, Sebastian decía que había sido en su casa y que Lolo le había vaciado una colección de vinos importados de Francia. Y Lolo decía que había sido en su galería y que Sebastian le había comprado un cuadro del que aún le debía tres cuotas. Si calculaba los intereses, y no quería calcularlos, el saldo ascendía más o menos a medio millón de la moneda corriente. Tal vez impulsados por ese relato paterno de valor extrañamente bíblico, los Fidjman se comportaban como si los Szondi tuvieran una eterna deuda pendiente con ellos, una deuda que mutaba como un animal emblemático, y un día era económica; otro día, moral; y otro día, existencial... Ese sentido de la culpabilidad ajena que inspiraba a los Fidjman en todos sus actos cotidianos se acentuaba en su incapacidad para equilibrar el nivel de ingresos con el nivel de egresos. En la historia de las familias avaras no hay una sola que haya despilfarrado tanto dinero como los Fidjman. Se podría objetar que ese dinero no era propio, pero enseguida veremos que la noción de propiedad no estaba del todo desarrollada en sus integrantes. En síntesis: los Fidjman eran avaros que gastaban más de lo que podían gastar y lo gastaban de la manera en que gastan los avaros, con dolor y por dolor, sin disfrutar de ninguna de las monedas que salía de sus bolsillos. Y es que el único, exclusivo y absoluto motivo de sus gastos era uno solo, tan universal y cósmico que resulta difícil darle un nombre. La mala suerte, decían ellos, la mala fortuna, diría el Mercader de Venecia. Nosotros la llamaremos: enfermedades (nunca un plural estuvo tan justificado). Y dentro de esas enfermedades, incluimos: todo tipo de accidentes (domésticos, urbanos, interurbanos), catástrofes nacionales e internacionales, infecciones, amnesias, intoxicaciones, cáncer, paros cardíacos, anorexia, bulimia, trastornos de personalidad, parálisis parciales y completas, insomnio, sonambulismo, cirugías estéticas, alergias, seborrea, verrugas y mucho más, pero esta lista que parece el formulario de una mutual de medicina prepaga ya se ha extendido demasiado para seguir siendo graciosa. David decía que los Fidjman no padecían enfermedades sino que las enfermedades padecían a los Fidjman. Nunca se morían porque la muerte no los quería con ella. Los quería con los Szondi.

No pasaba un día sin que Sebastian, Margarita, José o David escucharan del otro lado del teléfono una voz de indudable acento fidjmaniano que entonaba su elegía a una contractura en la espalda, a una muela mal extraída o a las complicaciones de una urticaria. Como siempre estaban pagando las cuotas de internaciones anteriores, los Fidjman consideraban que los Szondi eran una especie de banco privado, exclusivo para ellos, al que podían recurrir cuando necesitaban efectivo urgente. Nunca pedían dinero de forma directa, sólo enumeraban sus calamidades, una por una o incluso en números fraccionarios, diseccionándolas con ese detallismo que tanto se alaba en la pornografía pero que resulta difícil de aceptar cuando se trata de primeros planos de

inflamaciones, huesos quebrados o sarpullido. A veces una lágrima oportuna brillaba en los ojos de Lolo o Alicia y esa solución salina era lo más parecido a una imploración que salía de ellos. Antes, mucho antes de humillarse, ya habían recibido un sobre con varios billetes palpitantes adentro. En las transacciones con los Fidjman era el único momento en que el lenguaje traicionaba a Sebastian Szondi. Le fallaban los verbos. En vez de te presto decía te doy. No es que se equivocara, no es que no distinguiera entre una acción y la otra. Su problema era ponerse por encima del significado de las palabras y suponer que el verbo dar era una versión amable del verbo prestar. No se le prestaba a un amigo. Se le daba. Lo que no eximía al amigo de la obligación de devolverlo. Por supuesto, las palabras se vengaban. Todos los malentendidos financieros entre los Szondi y los Fidjman se originaban en Sebastian, que se había expresado mal o había escuchado mal o había actuado mal, y como Sebastian asumía su culpa para abreviar los trámites, los deudores se beneficiaban con un descuento que nunca les parecía suficientemente justo. Los Fidjman devolvían, sí, hay que reconocerlo, pero devolvían a la manera de los Fidjman, en plazos que tendían a dilatarse por generaciones y no siempre en moneda de curso legal. Mediante una tabla de conversión que sólo ellos entendían, transformaban los pesos en valores que se materializaban en obras de artistas de dudoso prestigio y más dudoso talento o se espiritualizaban en actos de difícil cotización, como presentarles nuevos socios, clientes, proveedores o amigos a cada uno de los Szondi.

El pretérito imperfecto de esta historia es una de las formas más simples de envasar el tiempo y venderlo como leyenda. Las cosas pasan, porque siempre pasan las cosas, pero así conjugadas parecen pasar fuera de los minutos, las horas, los días y los años, en una dimensión sideral, en un mundo que sigue brillando aun extinguido. ¿Quién sabe? Tal vez la relación entre los Szondi y los Fidjman dependa de las constelaciones. Un grupo de astros contra otro grupo de astros durante media eternidad. Lo que no significa que una serie de episodios concretos no puedan ser tachados con cruces en el almanaque. Hay un 17 de marzo en que Sebastian tiene que devolver un cuadro que le vendió Lolo por la demanda de un artista estafado. Hay un 6 de abril en que Margarita debe meter dos dedos en la boca de Daniela para ayudarla a evacuar la tonelada de materia no del todo comestible que la chica ingirió tras una discusión con su madre. Hay un 25 de mayo en que David introduce una empanada en el saxo de Omar y Omar se encierra en su pieza porque nadie en el mundo lo acepta como músico. Hay un 12 de junio en que Horacio le muestra un puñado de jabón en polvo a José diciéndole que es nieve. Hay un 29 de julio en que Lolo desinfla una rueda del nuevo auto de los Szondi. Hay un 13 de agosto en que Daniela trata de besar a José... Todo un año lectivo podría completarse con esta clase de momentos. El problema es que la cronología también funcionaba de manera diferente en una y otra familia. El período de máxima aceleración de los Fidjman se adelantó en una década al de los Szondi. Cuando David todavía estaba en el colegio primario, Alicia Garbon ya conducía un programa de TV en un canal de cable de Córdoba, mientras que Omar ofreció su primer concierto a la edad en que empezaban a brotarle forúnculos en la cara y en la contracara. Aparecían en los diarios. Los saludaban en la calle. Incluso los Fidjman menos funcionales avanzaban rápido: Lolo se convirtió en un pionero en afecciones seniles entre sus compañeros de generación, fue el primero en ser operado de la próstata, el primero en necesitar un marcapasos y el primero en ponerse una dentadura postiza; Daniela pasó de gorda a obesa en tiempo récord, y Horacio sólo requería una combinación apropiada de sustancias naturales y artificiales en su organismo para recitar los seminarios de Lacan en ediciones oficiales y extraoficiales. Una parte del contingente (Lolo, Alicia, Omar, y algunos kilos

de Daniela) se mudó a Buenos Aires antes de que la rueda de la fortuna se detuviese en la puerta de los Szondi. La distancia no mejoró las relaciones, porque las relaciones entre ellos no estaban hechas para mejorarse sino para desvanecerse o exagerarse. Lo que justifica esta historia es que se hayan exagerado.

No sería correcto decir que hubo una época de apogeo de los Fidjman. Es verdad que Alicia Garbon publicó un libro que llegó al tercer lugar del *ranking* de los más vendidos en las vacaciones de invierno, mientras que Omar obtuvo una beca en Nueva York (con una secreta colaboración adicional de la nunca fundada fundación Szondi) para completar sus estudios de música, pero ninguno de los dos ocupó la primera plana de una publicación nacional. En cambio, José Szondi empezó a aparecer en las tapas de los diarios con una frecuencia digna de un gobernador o un ministro. Se convirtió en uno de los principales abogados en los juicios contra los dictadores. Hacía un trabajo obsesivo, minucioso, esencial para la vida pública del país (culpen de todos los adjetivos de la primera mitad de esta frase a los artículos periodísticos citados) y probablemente su nombre estaba destinado a figurar en los manuales de historia con los que estudiarían los improbables nietos argentinos de los Fidjman. Lo único que podía equilibrar la balanza entre ambas familias era que Alicia recibiera el premio Nobel de literatura o que Omar formara la primera orquesta de jazz interplanetaria del sistema solar y New York. Mientras esperaban ése y otros milagros (te estamos dando una oportunidad, Dios, hacé algo), los Fidjman se las arreglaban para mantenerse en contacto con los Szondi. En la categoría preadultos, Horacio se transformó en una especie de fantasma de David, un doble de mente, siempre provisto de las últimas novedades farmacológicas. Su cuerpo mutante (tal vez tenía varios, por eso nunca se veía igual) aparecía a cualquier hora y, aunque fuera el mediodía, con él llegaba la noche, (no era una persona, era una experiencia nocturna). Golpeaba las manos o saludaba a los gritos y, sin esperar respuesta, se instalaba en una reposería, con los brazos cruzados y las piernas estiradas. Desde ese instante hasta un punto indefinido de la madrugada siguiente nada se movía en él salvo la lengua, ocupadísima en una extraordinaria variedad de actividades sublinguales y lingüísticas. En la categoría posveteranos, cada vez que venían a Córdoba, Lolo y Alicia se invitaban a cenar a casa de Sebastian y Margarita y cada vez que estos viajaban a Buenos Aires debían retribuirlos invitándolos a un restaurante. Hubo algunas negociaciones para que José presentara un libro de Alicia (incluyó la expresión “derechos humanos” en un párrafo sobre el tamaño de las bombachas de las mujeres maduras), pero las partes interesadas y las desinteresadas no se pusieron de acuerdo. En estos últimos intercambios, tan recientes que parece de mala educación contarlos en pasado, los Fidjman fueron testigos de la conducta errática de Sebastian. A veces hablaba solo en rumano, a veces silbaba con la boca llena, a veces injertaba nombres en apellidos equivocados. Si ni Lolo ni Alicia notaron nada es porque no querían o no les convenía notar nada. Sebastian no dejó de ser un hombre divertido y carismático, y a esa clase de personas uno tiende a tolerarlas un poco más de lo normal cuando se ponen pesadas. Sin embargo, hay que tener averiado el sistema perceptivo para no captar que algo falla en un cerebro que obliga a su portador a repetir diez veces la misma historia en una misma sobremesa.

Si bien Sebastian fue jubilado por sus propios hijos de la conducción de los negocios familiares, no pudieron ni quisieron evitarle que siguiera asistiendo a inauguraciones, conciertos y conferencias, la materia prima de la actividad social de los Szondi. Margarita, que también publicó un libro cuya única coincidencia con el de Alicia fue que en el mismo invierno no vendió ni un ejemplar, se mantenía siempre al lado de su marido y trataba de controlarlo ejerciendo con

los dedos distintos grados de presión en el brazo de Sebastian. Pero Sebastian estaba más allá del control, había pasado todos los controles y ahora avanzaba por una ruta que no iba ni venía de ninguna parte. ¿Qué dice el cartel, qué dice querida? Pese a la herrumbre en la cadena de transmisión de sus pensamientos, seguía siendo un hombre encantador. Saludaba varias veces a cada uno de los presentes y conversaba con ellos aunque las caras no tuvieran rasgos o los rasgos no tuvieran cara. Se sentía tan bien en medio de la multitud que ni siquiera bajaba la voz para preguntarle a su esposa con quién estaba hablando. Abrazaba cuerpos y besaba mejillas de cualquier sexo y de cualquier edad, y podía charlar al mismo tiempo con una niña, con su madre y con su abuela. Lo curioso es que en los conocidos y desconocidos que lo escuchaban parecía encontrar lo que no encontraba en su cabeza. Se volvió adicto a la gente. Nunca se quedaba solo por más que después de un rato el círculo que se formaba alrededor de él fuera degenerando en figuras geométricas más parecidas a hexágonos, rectángulos o triángulos. David creía que el peor defecto de su padre era justamente lo que lo mantenía conectado al mundo. Sin mapas, sin coordenadas íntimas, se orientaba por el sentido de la ostentación, ahora sublimado en una generosidad desmedida, milagrosa, torrencial. Sebastian ofrecía incluso lo que no podía ofrecer, lo que no le pertenecía, lo que nunca había sido suyo. Su carácter se volvió tan expansivo y contagioso que tenía el potencial suficiente como para borrar de la piel de su raza el estigma más perdurable. No se preocupaba si no había un peso en su billetera, ni una moneda en el fondo de sus bolsillos, porque su lengua seguía moviéndose en su boca y, mientras no se la cortaran, podía hacer que las palabras se volvieran cosas y que las cosas se volvieran palabras. Era un Dios y un profeta al mismo tiempo. Todo lo que decía se transformaba en Tierra Prometida. Difícil saber si ya no le importaba que lo consideraran un millonario y se conformaba con ser generoso, o si su ambición había escalado hacia la leyenda y pretendía que lo consideraran un millonario generoso capaz de bajar el cielo a los pies de cualquiera.

Lo más cercano a un premio Nobel y a una orquesta interplanetaria que consiguieron los Fidjman fue una invitación del Gobierno de la Provincia de Córdoba para que Omar y su Latin Jazz Fusion New York actuaran en el Teatro San Martín. El pasaje y los viáticos no incluían familiares, así que la mujer y la hija del músico se quedaron en Buenos Aires, junto con los abuelos, ya incapaces de moverse si no eran trasladados en un avión hospital del ejército. El público más íntimo de Omar, entonces, fueron sus dos medio hermanos (hubo que reservar tres butacas sólo para Daniela) y los Szondi. El único crítico respetable de la ciudad les comentó a unos pocos amigos (entre ellos a Claus) que la banda de Omar Fidjman atrasaba una década y media. Igual hubiera podido decir que adelantaba la misma cantidad de años, era como si midiese la temperatura en grados Réaumur: ninguno de sus interlocutores sabía cuál era el pasado, el presente y el futuro del jazz. Pero no hacía falta un crítico especializado para decir que lo más interesante del concierto ocurrió en el hall del teatro, cuando ya los músicos se habían bajado del escenario y el personal de la sala empezaba a cubrir las luces con fundas negras. Vestido con el equivalente de un smoking de la cultura multiétnica, un fez rojo en la cabeza, una camisola bordada con motivos aztecas, bombachas de gaucho y sandalias de cuero, Omar Fidjman parecía la síntesis de los tres reyes magos en una sola persona, y aunque faltara mucho para Navidad, se comportaba como un verdadero rey, con gestos magnánimos y exigentes a la vez (sin zapatos, no hay regalos). De todas maneras, no pudo dejarse elogiar por las cien personas que hubiera deseado. Mucho antes de llegar a esa cifra, Sebastian Szondi interrumpió el circuito de amigos, enemigos y neutrales, lo abrazó, lo besó en las mejillas, le levantó el fez que no había soportado

el sismo de afecto, y lo raptó por más de una hora del resto de la humanidad. Sebastian hablaba, gesticulaba, bailaba, y Omar escuchaba, sonreía, agradecía y desviaba los ojos en busca de auxilio. Como estaban entre conocidos, Margarita soltó el brazo de Sebastian y se dedicó a hacer algo que cada vez hacía menos: conversar con las personas que le interesaban sin oficiar de correctora mental simultánea de su marido. José se fue enseguida porque estaba preparando los alegatos de los juicios contra los ex represores que iban a empezar la semana siguiente. David no se fue hasta el final, pero ya estaba ido, en la misma dirección de Horacio, quien durante el concierto había aplaudido dos o tres veces en los momentos equivocados y ahora seguía fuera de ritmo, desfasado, incapaz de reconocer a los compañeros de escuela primaria de su casi hermano casi famoso. Daniela, bueno, nadie vio irse ni quedarse a Daniela. El crítico también desapareció antes de que cerraran las puertas del teatro, con una hoja arrancada del almanaque del jazz en un bolsillo.

Una semana después sonó el teléfono en la casa de los Szondi. Atendió Sebastian. No distinguió la voz que le hablaba del otro lado. Preguntó ¿qué? tres veces. Así: ¿qué?, ¿qué?, ¿qué? Hasta que se dio cuenta de que no era la pregunta correcta y volvió a repetir tres veces: ¿quién?, ¿quién?, ¿quién? La voz tuvo que decir su nombre. Pero como parecía no bastar con decirlo tres veces, y otras tres veces, y deletrearlo tres veces más, la voz tuvo que explicar su nombre, tuvo que contar la historia de su nombre. La reacción más sensata de Sebastian fue tapar el teléfono con la mano y llamar a los gritos a su esposa: ¡Margarita!, ¡Margarita! ¡Vení! Está Omar, dice que viaja a Córdoba con la esposa y la hija, en avión, vení, vení... Margarita agarró el teléfono como si fuera una víbora y se lo llevó al oído.

—Hola... ¿Omar?

—Sí, qué tal, soy yo, Omar, sí, Omar, no sé si sabías que vine con mi esposa y mi hijita de New York... Sebastian quería conocerlos.

—Claro, nos encantaría que nos visitaran en casa.

—Sí, me dijo, me dijo, por eso hablaba. Cindy y Candy están locas por conocer Córdoba. Les conté de las sierras. Nunca salen de New York.

—¿Van a venir, entonces? Decime qué día...

—Eso quería arreglar con ustedes.

—Nosotros siempre estamos disponibles.

—Lo que quería preguntarle a Sebastian es el tema de los códigos de los vuelos...

—Eso podés averiguarlo en el aeropuerto.

—Sí, sí, ya llamé, pero no había ningún pasaje a mi nombre...

Margarita hizo un ruido con la garganta, como si se hubiera tragado el veneno de la víbora, y mientras tragaba empezó a entender de nuevo toda la conversación. Entendió también el significado de cada gesto que había visto y de cada palabra que no había escuchado en el teatro la semana anterior. Entendía perfectamente el malentendido. Lo que no podía entender era cómo resolverlo. Omar seguía esperando en el teléfono, y ella lo sentía como una presión en el oído, una presión compuesta por la presencia real del músico y por el costo conjetural de una llamada de larga distancia. A su lado, agarrándola del brazo y suplicándole con los ojos, Sebastian ahora le hablaba de José. Era su hijo, sí, y estaba en la televisión, sí, y... No tenía sentido pedirle a su marido que se callara, ni decirle que era imposible hablar con dos personas al mismo tiempo. Por eso Margarita optó por la vía rápida: le dijo a Omar que lo llamaría después.

—Bueno, gracias, gracias, no hay problema, espero, espero, pero te pediría que no te demores, tengo que visitar a un montón de gente que quiere conocer a mi familia de New York.

Una vez que colgó el teléfono, la presión real y conjetural se volvió mental. Una piedra dentro de la cabeza. Margarita se llevó una mano a la frente y probó con los dedos: su cerebro se había endurecido. Le dolía. No había forma de extraer una idea de esa masa petrificada. Aún prendido de su brazo, Sebastian insistía: llamó a José, llamó a José, sabe hablar en televisión, él puede explicar todo, tiene la facilidad de palabra... Sin dudas José sabía hablar en televisión, precisamente en ese momento estaba hablando por televisión, y si tenían en cuenta que la circunstancia en la que hablaba por televisión era el juicio a los ex represores, la probabilidad de que atendiera un llamado paterno se reducía a un número negativo, a menos que cero, a menos que sub cero. No, no. Tenía que haber otra alternativa.

David estaba llegando a la página 999 de una nueva novela suiza, cuando vio en la pantalla del celular el nombre titilante de su madre. La conversación duró una hora, pero la conclusión fue instantánea. Iba a hablar con Omar Fidjman. Iba a decirle todo lo que los Szondi se habían callado durante décadas de amistad desproporcionada. Tomó con tanta energía la decisión que se paró de un salto. El libro cayó de sus rodillas y casi aplasta al gato dormido bajo la mesa. Mientras acumulaba rencor con una parte de su memoria, con la otra redactaba una larga lista de abusos. Se dividía a sí mismo en un David principal y en varios David secundarios, que oficiaban de consejeros, le hablaban al oído, discutían entre ellos, y le recordaban episodios del pasado que ya hubieran merecido una declaración de guerra. Sí, eso era. ¡Eso! Una declaración de guerra. Se ascendió a sí mismo al grado de general Szondi al frente de un ejército de Szondis compuesto por un solo Szondi. La verdad es que hubiera tenido que aprovechar el primer impulso de indignación para atacar, pero supuso que necesitaba una estrategia más elaborada, un plan que le permitiera ganar la guerra en una sola batalla. Además empezó a pensar en algo que los generales no suelen pensar: los daños colaterales. Horacio. ¿Qué pasaría con Horacio? ¿Sería su aliado? ¿Sería su enemigo? ¿Permanecería neutral? Si se regía por la conducta histórica del país de origen de los psicofármacos, lo más lógico era que se mantuviese al margen del conflicto. Pero David acababa de comprobar que un producto suizo también podía ser agresivo. Decidió que lo mejor era consultar a Claus, y como recién vio a Claus varias horas después, el procedimiento se demoró tanto que el factor sorpresa debía ser descartado de sus recursos militares. Para ganar tiempo, llamó a su madre, y le dijo que acababa de hablar con Omar y que estaba todo aclarado. En el curso del día, se degradó de general Szondi a sargento Szondi. No dejaba de ser una ironía del destino que en ese mismo momento su hermano televisivo estuviese mandando a la cárcel a unos ancianos que no se veían mejor que su padre o que Lolo Fidjman. Ciertamente, los Fidjman. Había que hacer algo con los Fidjman. El consejo de Claus se parecía demasiado a la solución final como para que David lo aplicara sin cargo de conciencia.

Más o menos en el tiempo calculado por el crítico de jazz, pero en sentido inverso, una década y media después, David está mirando por la ventana de su casa de campo. El sol tiembla entre los árboles. Sabe el nombre de cada una de las plantas y sabe que su padre ve a través de sus ojos la misma escena. El hijo de David es el nieto que Sebastian nunca conoció. Tiene 7 años. Corre ahora por el parque con un puño alzado. La trama de luces y sombras se pega y se despega de su cuerpo veloz. Sus movimientos son fluidos y bruscos a la vez y tienen un sentido que no termina de fijarse en ninguna palabra. Ninguna palabra, salvo, tal vez, el nombre del chico: Elías. Pero David no lo llama, sigue mirando sin ser visto, oculto por el reflejo incandescente de la ventana. Su hijo

se detiene de pronto en medio de la carrera, se mira el puño, y le habla, no como si fuera un micrófono, sino como si fuera una persona, una persona reducida a un puño, y todo indica que el puño le responde. Es una conversación larga, tan larga que ya no pertenece al mismo juego que las corridas y los golpes en el aire. David sale de la casa y camina por el parque en dirección a su hijo. Elías no lo ve o finge que no le ve. Nunca deja de hablar con el puño. David le pregunta: ¿cómo se llama tu amigo? Sin cambiar el tono de voz, Elías le dice el nombre. Esa misma noche, en la cama matrimonial, David toca el hombro de su esposa que está leyendo una revista y, antes de que ella reaccione, le comenta: ¿podés creer que el amigo invisible de Elías se llama Fidjman? ¡Fidjman! ¿Por qué Fidjman? Su esposa deja la revista sobre la almohada, lo mira a los ojos moviendo la cabeza y le cuenta: es un nuevo personaje de la tele. El hombre-puño. Fidjman, no. Fistman.

Fistman.

# HOBBS & HOLMES (DETECTIVES)

## El arte de leer los pensamientos

Nunca fui Sherlock Holmes cuando era chico porque mi hermano despreciaba al doctor Watson. Lucas prefería ser cualquier cosa menos un inglés afectado por un evidente complejo de inferioridad mental. A mí no me importaba; igual lo incluía en mis casos sin que se diera cuenta: lo interrogaba en medio de una conversación o reconstruía el curso de sus pensamientos cuando caminábamos por el pueblo a la hora de la siesta.

—Estás pensando en Inglaterra —le decía con la voz más neutra de mi repertorio.

—¿Qué? ¿Qué dijiste? —la primera reacción siempre era un espasmo, como si yo hablara en otro idioma.

—Que estás pensando en Inglaterra —repetía, sin detenerme y pateando una piedrita casual.

Lucas se frenaba y me agarraba del codo:

—¿Cómo adivinaste? ¿Sos brujo o qué?

La piedrita se deslizaba en línea recta por el pavimento y quedaba a una distancia de cinco pasos. Yo me soltaba y seguía caminando mientras le explicaba:

—Muy simple: hace diez cuadras pasamos frente a un quiosco que tenía un afiche de una revista en la vidriera. ¿Te acordás?

Lucas hacía un gesto negativo con la cabeza.

—No te acordás, pero lo viste, porque te escuché bufar enojado. ¿Por qué estarías enojado? Porque el afiche te hizo acordar de la promoción de figuritas para ganar un viaje a los juegos olímpicos de Moscú y a vos te falta una sola para llenar el álbum, ¿no?

—Sí, me falta una, pero lo mismo no te entiendo.

Yo volvía a patear la piedrita otros cinco pasos hacia adelante y seguía preguntando:

—¿Esa figurita tiene la cara de un atleta, si no estoy mal informado?

Lucas movía de nuevo el mentón, esta vez tan despacio que era imposible distinguir si afirmaba, negaba o sólo se declaraba definitivamente resignado a no abrir nunca el sobre con la figurita ganadora:

—Exacto, Sebastian Coe.

—¿Qué hace Sebastian Coe? Corre los 800 metros llanos, ¿no es cierto?

—Mucho más que eso —se entusiasmaba Lucas—. Compite en los 1500 metros y en la milla y

la posta 4 × 800.

—Bien, ¿y cómo se llama su máximo rival en todas esas competencias?

—Steve Ovet —contestaba mi hermano con una voz que no ocultaba su ansiedad.

Yo dejaba pasar un instante en el que cabían el lejano ladrido de un perro y algún que otro destello fluido entre las ramas de los árboles, pateaba una vez más la piedrita, tomaba aire y lo soltaba en la pregunta final:

—¿Y en qué país nacieron esos dos atletas?

Lucas giraba la cabeza hacia mí, incrédulo, fascinado, maravillado de que una secuencia de datos externos coincidiera con un flujo de divagaciones internas.

—¡Inglaterra!, ¡Inglaterra! —exclamaba como quien acaba de descubrir un continente perdido.

—No adivino, ni soy brujo; observo y razono —le decía yo, pateando por última vez la piedrita, ahora con más fuerza, para que se desviara y se perdiera de vista en la calle que vibraba bajo el sol de la siesta.

## El consultor especial

El detective que yo quería ser no se conformaba con leer la mente de su hermano. Trabajaba de incógnito y resolvía crímenes verdaderos. Colaboraba con la Policía y con las Fuerzas Armadas en carácter de consultor especial. Sabían dónde encontrarme cuando me necesitaban. Me autodefinía con las palabras que Sherlock Holmes se aplica a sí mismo en “Estudio en escarlata”: *Existen muchísimos detectives oficiales y gran número de detectives particulares. Siempre que estos señores no dan en el clavo vienen a mí, y yo me las ingenio para ponerlos en la buena pista.*

## Cartas nunca enviadas

La escasa colaboración de mi hermano no impidió que me volviera un experto en conductas criminales. Sin moverme de mi casa trataba de resolver los casos que las páginas policiales de los diarios calificaban de imposibles. Una de las desventajas de vivir en Los Juncales era que nunca asesinaban a nadie. La gente resultaba aburrida incluso para morir. Las causas que los médicos consignaban en los certificados de defunción se dividían en dos grupos: cáncer o infarto. Había que resignarse a ser carcomido por dentro durante años o a caer fulminado en un instante. La verdadera acción estaba en los diarios. Pero los diarios llegaban desde Buenos Aires y pocas veces se referían a un asesinato ocurrido en un radio superior a los 100 kilómetros de la capital del país. Como no podía inspeccionar personalmente la escena del crimen, debía conformarme con crónicas redactadas a partir de informes policiales que por influencia de Sherlock Holmes yo siempre consideraba incompletos y elaborados por agentes obtusos. En vez de rumiar contra la impericia de la burocracia policial, reemplazaba los datos faltantes con material extraído de un archivo ultrasecreto al que sólo yo podía acceder: mi cerebro. Pensaba que todos los mundos

posibles estaban contenidos en mi cabeza y lo único que debía hacer era seleccionar los detalles imaginarios que mejor encajaran en las coordenadas de los casos reales. Así llegué a la conclusión de que cualquier asesinato, por perfecto que sea, puede ser resuelto fácilmente si se lo estudia en un espejo mental adecuado. Las pruebas borrosas seguían siendo nítidas en el universo paralelo de la imaginación. Nadie, ni siquiera Sherlock Holmes, lo había intuido, y eso me ubicaba en el primer puesto del ranking mundial de detectives. Más de una vez estuve a punto de enviar una carta a un comisario o a un fiscal para indicarles qué pistas debían seguir si querían encontrar al autor de algún asesinato nunca resuelto. Me sentaba frente a la mesa del comedor, a una hora en que nadie me molestaba, con una lapicera fuente y una hoja en blanco, colocaba un papel secante de un lado y un sobre y una estampilla del otro, respiraba profundo y empezaba a desarrollar minuciosamente los argumentos lógicos que conducían de manera directa e inevitable a la resolución del misterio. Nunca pasaba del tercer o cuarto párrafo. Cuando levantaba los ojos para releer lo que había escrito hasta ese punto, veía mi esforzada letra infantil que se tambaleaba en los renglones, las oraciones que se expandían y se comprimían como electrocardiogramas de un enfermo del corazón, y leyéndome a mí mismo comprendía que ningún comisario ni fiscal del país se tomarían en serio las deducciones de un niño que parecía escribir con una mano atrofiada.

## **Informes confidenciales**

El detective que yo quería ser escribía a máquina y redactaba detallados informes sobre las motivaciones de las mentes criminales. Muchos años después, cuando ya estudiaba filosofía en la universidad, descubrí que en la lista de conocimientos de Sherlock Holmes no figura la psicología. Si se tiene en cuenta que el doctor Watson tiró esa lista al fuego antes de completarla, sería incorrecto pensar que es una omisión. Anticipo mi tesis: Holmes no distingue entre actividades mentales y movimientos corporales. La psicología es un capítulo de la mecánica clásica para él. Pero cuando era chico, pese a lo brillante que me consideraba a mí mismo, no podía apreciar esas sutiles diferencias teóricas. Me limitaba a sentirme superior a cualquier detective en materia de psicopatología de los asesinos. Los informes escritos a máquina no debían estar firmados ni contener nada que pudiera revelar mi identidad. Cada página era marcada con un sello rojo que decía “confidencial” en mayúsculas. No se hacían copias y las carpetas sólo estaban disponibles para un círculo muy selecto de la Policía y las Fuerzas Armadas.

## **Letras color sangre**

Leí por primera vez “Estudio en escarlata” a los 8 años. Aún puedo sentir el peso del libro entre las manos. Era una edición popular de tapas duras que tenía el tamaño de una Biblia encuadernada y algo de su voluminosa autoridad. Incluía varios cuentos cortos que me aprendí de memoria y que recitaba en voz baja como si fueran un catecismo personal. A veces me dividía en dos personas diferentes, una visible y otra invisible, que alternadamente eran Holmes o Watson, y me dedicaba

a revivir el diálogo inicial de “Un caso de identidad”, por ejemplo, convencido de que la vida es superior a la ficción, como sostiene el detective, y a la vez persuadido de que la realidad no tiene nada de artístico, como argumenta el doctor. La idea de Holmes de que si salieran volando por el cielo de Londres y levantarán los tejados de las casas verían situaciones increíbles se adecuaba perfectamente a otra de mis fantasías: ser un superniño llegado a la Tierra desde un planeta desconocido. Lo que Sherlock Holmes sólo imaginaba, yo podía realizarlo sin mover un músculo, y de hecho me proyectaba mentalmente hacia el cielo y veía a través de los techos (gracias a mis ojos ultrasensibles, no al procedimiento mecánico de levantar los tejados) todo lo que sucedía en el interior de las casas de Los Juncales. Lo que más me fascinaba del libro eran los títulos de los relatos. Mi preferido: “La liga de los pelirrojos”, que me llevó a confeccionar una lista de todos los hombres y mujeres de pelo rojo (natural o teñido) que vivían en el pueblo, movido por la sospecha de que estaban complotando contra la supremacía histórica de los rubios. También me atraía el término “escarlata”, que para mí evocaba un lento derrame de sangre viscosa. En cambio el nombre de Sir Arthur Conan Doyle no me decía nada, aparecía ante mis ojos, primero en la tapa y después en la quinta página, pero ni el apellido ni el título de nobleza incidían en mi relación con el detective. Sherlock Holmes no era un personaje literario, no era una figura creada por la mente de un novelista, no tenía autor, vivía por sí mismo y seguía viviendo aunque hubiera nacido en el siglo XIX y ahora, a principios de la década de 1980, su vida tuviese la consistencia fantasmal de las palabras.

## Desde el cielo

El detective que yo quería ser recorría los cielos de las grandes ciudades en helicóptero. El Comando de Operaciones Antiterroristas de las Fuerzas Armadas me enviaba una señal a un dispositivo electrónico ubicado dentro de mi oreja, y yo me dirigía a una zona descampada del pueblo donde me esperaba una máquina parecida a una libélula gigante.

—Señor Staub —me decía un hombre de anteojos plateados—, tiene que verlo usted mismo —y con el dedo pulgar le indicaba al piloto que ascendiera.

Las ciudades se ven más ordenadas desde arriba, como si fueran un circuito integrado o un sistema orgánico de complejidad media. Yo observaba las avenidas, las calles, los puentes y las vías férreas, y los proyectaba sobre mis propias coordenadas mentales. No demoraba más de diez minutos en señalar el probable recorrido de los terroristas desde el punto donde habían cometido el atentado hasta el barrio donde era más lógico que estuvieran escondidos.

El helicóptero descendía sobre un edificio en cuya terraza habían pintado un enorme círculo rojo. El hombre de anteojos plateados y yo saltábamos de la cabina y corríamos bajo el violento remolino de las hélices que seguían girando a toda velocidad.

Nos recibía otro hombre con anteojos plateados que nos guiaba por el edificio hasta la sala donde funcionaba la central de inteligencia del Comando. El itinerario de los terroristas ya había sido transmitido a una base militar que planificaba el operativo final.

Días después aparecía en la cuenta bancaria de los Staub una cifra compuesta por un uno a la izquierda y varios ceros a la derecha.

## El pensamiento es veloz

Mi relación con Sherlock Holmes se desactivó en los últimos años del colegio secundario y recién volvió a activarse cuando ya estaba estudiando en Córdoba. Tenía que hacer un trabajo práctico sobre el Leviatán y, contra lo que se recomienda para esta clase de requisitos académicos, en vez de ir directo a las páginas políticas, empecé a leerlo desde el principio, donde Hobbes expone su teoría del conocimiento humano. En el capítulo III, me encontré con este pasaje referido a los “pensamientos sin orientación”: *Aun en esta extraña disposición de la mente un hombre percibe muchas veces el hilo y la dependencia de un pensamiento con respecto a otro. Así en un coloquio acerca de nuestra guerra civil presente, ¿qué cosa sería más desatinada, en apariencia, que preguntar (como alguien lo hizo) cuál era el valor de un dinero romano? Aun así, la coherencia, a juicio mío, era bastante evidente, porque el pensamiento de la guerra traía consigo el de la entrega al rey de sus enemigos; este pensamiento sugería el de la entrega de Cristo; ésta, a su vez, el de los treinta dineros que fue el precio de aquella traición: fácilmente se infiere de aquí aquella maliciosa cuestión; y todo esto en un instante, porque el pensamiento es veloz.* A esa misma velocidad recordé los pasajes donde Sherlock Holmes reconstruye los pensamientos de Watson y, como ya había leído “Los crímenes de la calle Morgue”, fue inevitable que también recordara el procedimiento de Auguste Dupin, el detective creado por Edgar Allan Poe. En ese momento decidí que mi tesis de posgrado iba a tratar sobre la influencia de la teoría del conocimiento de Thomas Hobbes en los métodos deductivos de Sherlock Holmes.

## Permutaciones íntimas

El detective que yo quería ser padeció una momentánea interrupción biográfica durante los primeros años en la universidad. El aparato deductivo que había perfeccionado desde mi infancia fue puesto al servicio de la lógica simbólica. Oh, señores, tenemos un genio, decía la única profesora que podía apreciar mis operaciones de alta precisión racional. Mientras mis compañeros de filosofía perdían masa encefálica frente a las burdas premisas mayores y menores de los silogismos aristotélicos, yo objetaba las tablas de verdad y la convención T con el argumento de que los lenguajes formales tienen la propiedad de multiplicarse al infinito y que una de las condiciones intrínsecas de la infinitud es la coexistencia de mundos absolutamente contradictorios. La misma profesora fue quien me despertó del sueño matemático y no lo hizo prestándome los libros de John Austin o Donald Davidson sino proponiéndome que fuera su alternativa conyugal. La profesora tenía 30 años, era hermosa, y siempre parecía estar entrevistándose para una revista monotemática llamada Claus Rodolfo Staub. Yo vivía con mi hermano en un departamento no diseñado para emergencias íntimas, pero como Lucas tenía el don de desaparecer durante varios días, la profesora y yo podíamos encerrarnos todo un fin de semana y dedicarnos a lo que más nos gustaba: hablar de mí. Ella me preguntaba y yo respondía. Esa era la dinámica. Un día le propuse que inventáramos un arte combinatorio para que sólo nosotros pudiéramos entender esas conversaciones. La profesora se quejó, porque conmigo le gustaba ser espontánea, pero tras varias sesiones de entrenamiento fue capaz de expresar todas sus preguntas en fórmulas integradas por ceros y unos. Nuestra última conversación fue la siguiente:

—¿101010111001?

—1

—¿1101?

—0

La traducción es simple. La profesora me pregunta si me voy a Inglaterra. Mi respuesta es sí. Hay un silencio no expresable en números binarios. Después me pregunta si la amo. Deduzcan ustedes la respuesta.

## **El filósofo invisible**

Ninguna de las universidades inglesas estaba dispuesta a concederme una beca completa para mis estudios de posgrado y tuve que convencer a mis padres de que me pagaran el viaje y la residencia en Londres. Les prometí que iba a buscar trabajo no bien llegara, pero nunca conseguí nada sólido más que reemplazar a las niñeras de los hijos de los profesores y dar clases de español a los estudiantes que se iban de vacaciones a Ibiza. Descubrí la desventaja de ser rubio en Inglaterra: nadie me miraba. Experimenté la humillación de salir con chicas acomplejadas. Yo era para ellas y ellas eran para mí la última oportunidad de contacto físico humano, aunque no tengo pruebas de que mis novias londinenses fueran totalmente humanas. Me transformé en el filósofo invisible. Me movía entre la gente sin que me vieran, vestido con ropas de una generación anterior. Vivía en otro tiempo, siempre anacrónico. Pasaba la mitad del día en la biblioteca, pero cada vez leía menos libros de Hobbes y más novelas policiales. Había una sección de literatura francesa donde vi un título que me llamó la atención: “Arsene Lupin contre Herlock Sholmes”.

## **Hobbes & Holmes, asociados**

El detective que yo quería ser firmó un pacto con el filósofo que yo quería ser y juntos instalaron una oficina de investigaciones racionales en Londres. Como ambos personajes compartían el mismo cuerpo, nunca hubo diferencias entre ellos. Se comunicaban por endopatía (una variante de telepatía para mentes que ocupan un solo cerebro) y sus rutinas se complementaban lo suficiente como para que uno no estuviera dormido cuando el otro estaba despierto. La oficina de investigaciones racionales era móvil: tenía dos brazos, dos piernas y una cabeza, y cada vez que se miraba al espejo veía un joven rubio de ojos claros que era la perfecta encarnación de los más reprimidos sueños arios. Es difícil saber si los profesores detectaron primero mi belleza o mi inteligencia. Bastó que en una clase comentara cuál era mi proyecto de tesis para que mi nombre apareciera en el suplemento dominical de The Guardian en una página sobre Nuevas tendencias en el empirismo inglés. El artículo tuvo un efecto inmediato. Me llamaron de The Independent para acordar una entrevista exclusiva. Un argentino había descubierto que Thomas Hobbes era el padre espiritual de Sherlock Holmes y eso constituía una especie de afrenta moral para el sistema educativo británico. Yo era una imagen punitiva, el reverso de la irreversible decadencia del

Reino Unido. “Mientras los jóvenes de nuestra última generación ocupaban sus cabezas en nuevos peinados punks, lejos, muy lejos, en el hemisferio sur, en una ciudad argentina que ni siquiera tiene nombre propio, un chico conectaba los cables de la literatura y la filosofía inglesa y el resultado no era un cortocircuito sino un resplandor”. Una de las fotos que acompañaban la entrevista fue reproducida por The Sun en una nota titulada “Argentinos Hot”. En la primera frase decía “Perdieron la guerra del frío, pero nos ganan la guerra del calor”. Junto a mi imagen, figuraban dos fotos más: una tenista y un futbolista famosos.

Mi oficina de investigaciones racionales recibió una visita inesperada. Un hombre muy joven vestido como un viejo, con un traje gris, una corbata negra y un sombrero hundido hasta los ojos.

—¿Señor Staub? ¿Staub Claus Rodolfo? —dijo, levantando apenas el ala del sombrero.

Mi segundo nombre es una palabra imposible para los ingleses. El extraño lo intentó de nuevo y le salió peor.

—Puede decirme Claus.

Me agradeció la confianza, pero sus labios seguían rumiando las sílabas rebeldes.

—¿Y usted quién es?

—Mi nombre no importa, importa para quién trabajo.

—¿Y para quién trabaja, entonces?

—Permítame que se lo diga al oído.

## **Circo ambulante**

Una tarde en que salía de la biblioteca rumbo a la casa de mi última novia inglesa me crucé con un espectáculo inusual: un desfile de malabaristas, bailarinas, payasos y músicos de circo, con un elefante incluido. Mientras esperaba que la procesión terminase de pasar por la avenida, sentí que algo me subía desde el estómago a la boca. El gusto del tiempo perdido en Londres. Esa misma noche, llamé a mis padres para contarles que iba a continuar mis estudios en París. Me dijeron que me mandarían un giro con todo el dinero que pudieran juntar.

## **Misterio absoluto**

El detective que yo quería ser se quedó en Inglaterra y fue contratado para resolver un misterio sobre el que se imponía una discreción absoluta. Tuve que jurar que no diría ni una palabra que pudiera revelar la identidad de los personajes implicados y pienso respetar ese juramento hasta el final de mi vida. El hombre joven vestido como un viejo se convirtió en mi asistente. Nos pusimos de acuerdo en que nunca nos llamaríamos por nuestros verdaderos nombres: yo le diría doctor Watson, él me diría señor Holmes, y a nuestro enemigo le diríamos Arsene Lupin. En las horas en que no trabajábamos en la investigación, solíamos pasear por las calles de Londres.

A veces yo interrumpía el silencio de nuestras caminatas con una observación casual:

—Se equivoca, doctor Watson, Inglaterra no recuperará su grandeza perdida.

—¿Qué?, perdón, ¿qué dice, señor Holmes?

No podía acostumbrarse a que me moviera entre sus pensamientos como si fueran mi casa.

—Decía que usted se equivoca si piensa que Inglaterra recuperará su grandeza perdida.

Mi asistente levantó su sombrero con una mano y con la otra se tocó la frente como si estuviera buscando el agujero por donde yo había entrado en su cabeza.

—Tengo la obligación de disentir con usted, mi estimado señor Holmes. No obstante, ha vuelto a despertar mi curiosidad sobre cómo pudo leerme la mente una vez más.

—Si retrocediéramos sobre nuestros pasos, llegaríamos al punto de origen de esa secuencia de razonamientos patriotas.

—¿Y dónde se encuentra ese punto?

—En un puesto de revistas; para ser exactos: en la portada del diario deportivo más popular de las islas.

—No me haga acordar del titular, por favor...

—Una cifra supersticiosa.

—¡Una cifra vergonzosa! La posición de Inglaterra en los juegos olímpicos de Barcelona.

—Naturalmente usted asoció esa cifra a la mala suerte.

—¿Es posible pensar en otra cosa cuando uno ve un 13 impreso en tinta negra?

—El próximo paso fue añorar glorias pasadas y me atrevo a sugerir que los primeros nombres que le vinieron a la memoria fueron los de Sebastian Coe y Steve Ovett.

—Tiene razón Holmes: esos dos grandes atletas hicieron flamear nuestra bandera en lo más alto de los mástiles de todas las pistas del mundo.

—De modo que su optimismo natural lo llevó desde la numérica realidad de la derrota en los juegos olímpicos a la ilusoria posibilidad de que futuros Coe y Ovett le devolvieran a Inglaterra la grandeza perdida...

—Estoy convencido de que en los colegios de los suburbios se están forjando esos atletas, señor Holmes.

El filósofo que yo quería ser hubiera podido decirle que el único criterio de verdad de los enunciados que implican hechos futuros es el tiempo. Pero no le dije nada. Seguimos caminando por la calle vacía. Sin darse cuenta de que estaba pronunciado uno de mis nombres verdaderos, mi asistente murmuraba en voz baja las sílabas imposibles. Ví una piedrita en el piso. El chico que la había pateado en Los Juncas nunca pensó que llegaría tan lejos.

## REGALO DE NAVIDAD

La última Navidad que pasé en París estuve a punto de creer en Dios. Si no terminé de convencerme fue porque los dos mil francos que aparecieron en mi cuenta de crédito no bastaban para hacerme renunciar a la fe en la suerte y convertirme en un devoto de los milagros. Me pregunto qué hubiera sucedido si en vez de dos mil la cifra se hubiera elevado a doscientos mil. ¿Cuántos ceros de distancia hay entre un error administrativo y una intervención divina? Sin embargo ese dinero era excesivo para la clase de vida que yo llevaba en una ciudad que me había señalado con todos sus dedos índices el camino del aeropuerto, y los pocos días que me faltaban para volver a la Argentina (tenía pasaje con fecha 31 de diciembre) me parecían un plazo demasiado breve para gastarlo de la manera adecuada. En esa época anterior a la comunidad económica europea, dos mil francos representaban la tercera parte del sueldo promedio de un empleado francés. Estaba lejos de ser una fortuna. Pero mi cerebro funcionaba con la escala del inmigrante, y había pasado tantos meses contando monedas que no me cabían en la cabeza las múltiples opciones que me ofrecía esa cantidad encantada. Mi primer movimiento fue sacar el dinero de la cuenta de crédito. ¿Cómo iba a confiar en un sistema financiero en el que dos mil francos tenían la propiedad de aparecer o desaparecer como si estuvieran dotados de vida inteligente? Siguiendo ese razonamiento decidí que era preferible guardar los billetes en un bolsillo seguro, junto al pasaporte, en un lugar de mi cuerpo donde los escuchara latir como un órgano adicional. Sabía que mis padres estaban quebrados en Los Juncales y que me habían comprado el pasaje de vuelta con un plan en cuotas que se prolongaba hasta un día antes del Juicio Final. Cualquier hijo piadoso hubiera guardado los dos mil francos para cancelar la deuda con la agencia de viajes, pero yo no era un hijo piadoso. El desprecio que sentía hacia mi familia por estar arruinada desde el primer al último Staub se había elevado a la potencia del rencor durante los dos años de humillaciones vividos en Francia. Ahora era la oportunidad de vengarme y no la dejaría pasar.

Quiero ser claro: yo odiaba París, odiaba su lluvia persistente, sus nubes de pintor aficionado a las puestas de sol, sus avenidas arboladas y sus puentes pretenciosos, sus calles atestadas de autos de marcas nacionales, Monsieur Renault, Monsieur Peugeot y Monsieur Citroen, todos traumatizados por no ser Audi, ni Porsche ni Mercedes Benz. Odiaba sus cacas de perros en los parques, sus cacas de palomas en los techos y sus cacas de gatos en las cajas de arena. Odiaba sus grandes carteles de perfumes en las paredes del subterráneo y odiaba los mismos perfumes que tapaban los olores rancios de cincuenta generaciones de animales domésticos y seres humanos. Odiaba la convivencia promiscua de africanos, árabes, galos y japoneses, siempre listos para disparar sus cámaras frente al Arco del Triunfo o la Torre Eiffel o alguna otra inocurrencia de

valor turístico. Odiaba a todas y a cada una de las personas que la habitaban, fueran nativos o inmigrantes, amigos o enemigos. Odiaba la manera gangosa de hablar de los parisinos que delataba una deformación congénita de sus gargantas y que transformaba el clarísimo francés de Gaboriau, Leroux o Leblanc en una especie de eructo mal disimulado que se les escapaba mitad por la boca y mitad por la nariz. Odiaba el Museo del Louvre con todas sus Giocondas amontonadas y odiaba la catedral de Notre Dame con sus dos campanarios truncos como muñones dirigidos a un cielo siempre encapotado. La misma palabra París me sonaba como el indicativo de parir y el único verbo que yo quería conjugar era partir.

Cuando salí del banco, fui a celebrar mi golpe de suerte en un bar y le ordené al mozo que me trajera una cerveza belga, no francesa, que tenía gusto a lluvia mal llovida. No pasé más de diez minutos en la mesa, pedí la cuenta indignado por la pésima atención, pagué con cien francos, y exigí que me dieran el cambio exacto: un billete de cincuenta, uno de veinte, uno de diez y una moneda plateada de cinco. Lo único que he retenido en la memoria del resto de ese día son las imágenes espectrales de los preparativos de Navidad. Las miles de bombitas de colores que adornaban los árboles de las avenidas principales estaban encendidas desde temprano y generaban una atmósfera de claridad irreal contra la noche que avanzaba desde el horizonte. En la puerta de un supermercado, un hombre disfrazado de Papá Noel cantaba un villancico (Navidad, Navidad...) y agitaba un tarro mudo, pero no logró conmoverme lo suficiente como para que le arrojara mi moneda de cinco francos.

Ya no me quedaba nada por hacer en París, había leído todos los libros posibles en las bibliotecas públicas, y había comprobado la distancia que separaba el lenguaje traslúcido de mis autores preferidos y la lengua brutal que se hablaba todos los días. Ahora iba y venía por el barrio, me perdía y volvía a orientarme, entraba en los centros comerciales y salía sin comprar nada, me sentaba en las hamacas del parque cercano a mi departamento, pero sólo me balanceaba un rato y enseguida regresaba a las calles. El dinero me quemaba en el bolsillo junto a mi pecho, era un corazón en brasas, un órgano incandescente, más que valor de cambio parecía tener valor de ignición, y asociando un fuego con otro deduje que el mejor regalo de Navidad que podía hacerme era incendiar París. No sería fácil lograr algo que no habían conseguido ni los anarquistas de la Comuna ni los oficiales de las SS, pero tenía todos los motivos de mi parte para intentarlo. Mientras esbozaba un plan rudimentario, compré cuatro bidones de nafta y varios metros de mecha que me costaron sólo ciento treinta francos, y me fui a dormir temprano a mi departamento. No me crucé con ningún vecino en el patio del edificio, estaban festejando la Nochebuena junto a sus familias, lo cual me evitó responder los saludos de felices fiestas y las preguntas sobre mis materiales incendiarios. Traduje el villancico de Papá Noel a un idioma personal:

Navidad, Navidad,  
odio la Navidad.  
París chota, París boba  
te voy a cocinar...

El plan consistía en levantarme más temprano que nadie el 25 de diciembre, vaciar los bidones sobre los autos estacionados en las calles y conectar las mechas con los objetos inflamables que encontrara a mi paso: los tachos de basura desbordados y las parvas de residuos

acumuladas en la puerta del supermercado donde me había cruzado con Papá Noel. No dejaría de introducir una mecha en la boca del cajero automático del banco y otra en la cerradura del bar donde había tomado la cerveza. Calculaba que tenía una gran ventaja sobre los bomberos, que estarían preparados para enfrentarse a un accidente provocado por la pirotecnia pero no a un incendio intencional. El viento terminaría el trabajo, propagaría el fuego en diferentes direcciones y, con un poco de suerte, vería un verdadero espectáculo navideño: llamas en los ventanales del Louvre, alimentadas por las telas de todas las Giocondas y Giocondos disponibles en sus salas y sus sótanos, y llamas también sobre Notre Dame, como si la respuesta a la plegaria mutilada de sus campanarios no viniera del cielo sino del infierno. Había un dato estadístico que me encantaba: el mayor porcentaje de personas que mueren en los incendios no son víctimas de las quemaduras sino de la asfixia. ¿Qué final podría ser más justo para una población que había envenenado la atmósfera del planeta con sus emanaciones corporales y su pronunciación gangosa?

Conté el dinero que me quedaba: mil ochocientos cincuenta y cinco francos. No sé a qué hora me dormí, pero antes de la medianoche sonó el teléfono. Era una amiga argentina. No podía creer que yo ya estuviera acostado y me invitaba a una fiesta en la casa de un desconocido. Me dictó la dirección sin escuchar mis argumentos contra la Navidad. Había tanta convicción en su voz que ni siquiera se me ocurrió fallarle. Me vestí con las mismas ropas que había usado durante el día, guardé los billetes en el mismo bolsillo de la camisa y volví a sentir los latidos de ese órgano adicional. Sólo introduje una mínima variación en mis planes. En lugar de levantarme temprano, me quedaría despierto hasta el amanecer. La ventaja era que cuando regresara podría identificar las calles donde hubiera más autos estacionados y basura acumulada. La desventaja era que ya no pasaba ningún taxi y los subterráneos habían dejado de circular hacía dos horas. No tenía más opciones que caminar hasta la dirección que me había indicado mi amiga. Como me olvidé de consultar una guía en mi departamento, tuve que buscar la calle en los planos de París reproducidos parcialmente en las paradas de los colectivos. No quedaba demasiado lejos, sólo media hora a pie, tal vez un poco menos, tal vez un poco más, todo dependía de cómo atravesara la ciudad, si elegía el trayecto iluminado de las avenidas o si me internaba por las diagonales y pasajes que reducían la distancia en un porcentaje considerable. No lo pensé dos veces: opté por la segunda variante. Pasaron más de quince años desde aquella noche y varias veces he tratado de reconstruir ese itinerario fantasmal. Pero por más que despliegue un mapa del tamaño de una mesa de comedor y explore la Guide Bleu desde el índice hasta el pie de imprenta, ni siquiera logro reconocer cuál fue la primera calle de mi recorrido. Hay por los menos tres posibilidades y cada una deriva en intrincadas ramificaciones que me dejan sin aliento mucho antes de llegar al final.

La manera más rápida de decirlo es que me perdí. Me perdí. Fue un proceso gradual, una lenta ecuación de decisiones equivocadas, con paréntesis en el medio y corchetes e incógnitas difíciles de despejar, la izquierda o la derecha, el Este o el Oeste, el callejón o la callejuela, y tres veces la misma plaza con la misma estatua, que primero apareció de frente, después de perfil y por último de espaldas, y ahora cuando trato de ver todo a la distancia de una década y media me doy cuenta de que el resultado no podía ser otro. Pero no sólo me perdí, también tuve miedo. Las calles empezaron a contorsionarse como si fueran cuevas animadas y se volvieron más oscuras y más sinuosas y tanto los autos estacionados como los bultos de basura en las veredas dejaron de ser materiales inflamables para adoptar extrañas formas amenazantes, masas de oscuridad, al principio; vagas siluetas, después y, por último, un aquelarre de fantasmas desfigurados. De pronto estaba dispuesto a creer que los dos mil francos eran producto de un milagro a condición

de que Dios interviniera de nuevo y me sacara de allí. Si era necesario podía jurar que iba a reconciliarme con mis padres en Los Juncales e incluso guardar el dinero para pagar la deuda con la agencia de viajes. ¿O era mejor devolverlo al banco? Sí, sí, por supuesto, también suspendería mi plan de incendiar París y transformaría mi odio hacia las deposiciones de las mascotas, los parisinos, el francés oral, los museos y las catedrales en una piadosa devoción de inmigrante. Creo que fue en ese momento cuando por un pasaje lateral surgió una sombra que agitaba un tarro mudo en su mano y avanzaba hacia mí cantando Navidad, Navidad... Estuve a punto de arrojarle la moneda de cinco francos, pero salí corriendo en la dirección opuesta, a toda velocidad, para no escuchar los ecos del villancico que me perseguían. Aún no había terminado de alejarme de la voz, cuando reconocí en el fondo de la calle a una persona que se dirigía hacia mí con algo semejante a una botella en la mano que no podía ser otra cosa más que cerveza francesa. Tal vez por una asociación involuntaria, recién entonces noté que lloviznaba, giré sobre el eje de mi cuerpo y seguí corriendo hasta que me quedé sin aliento, doblado sobre el banco de una plaza que salvo por las cacas de perro no se parecía a ninguna de las que había atravesado antes. Resultó ser el parque infantil cercano al edificio donde yo vivía. Lo reconocí por las hamacas que se balanceaban solas bajo la lluvia invernal.

El 25 de diciembre me quedé todo el día en la cama. El 26, salí a gastar el dinero en los comercios del barrio. Compré: una postal de Notre Dame (cinco francos), otra postal del Museo del Louvre (cinco francos), una copia en tela de la Gioconda (ciento veintitrés francos), una gramática francesa (cincuenta francos), diez libros de Gaboriau (seiscientos francos) y diez libros de Leroux (quinientos francos) y como no me alcanzaba para diez de Leblanc, opté por llevarme “Arsene Lupin contre Herlock Sholmes” en una edición de lujo (setenta y cinco francos), también entré al supermercado donde ya no vi a Papá Noel con su tarro mudo y busqué una botella de cerveza francesa (siete francos) y una palita de plástico para recoger caca de perros (quince francos). El mapa de París me costó treinta francos. Coloqué todo dentro de un tacho de basura enorme que había en el patio del edificio, vertí la nafta de los bidones, arrojé la mecha, y con muchísimo cuidado encendí un fósforo. No tardó ni un segundo en formarse una fogata vibrante que se mantuvo viva más de media hora. Hacía frío y seguía lloviendo, pero me quedé mirando cómo las llamas se consumían mientras yo cantaba en voz baja: “Navidad, Navidad/ tara-rara-rá...”. Gasté cuatrocientos cuarenta francos más en comidas y taxis, a razón de unos ciento diez francos por día, entre el 27 y el 30 de diciembre. Me sobró la moneda de cinco francos que mi madre todavía conserva en un viejo estuche de cosméticos junto con los recibos del pasaje de avión.

## UN AMOR DE CLAUS

No es un cuento de hadas aunque merece empezar con la conocida fórmula “había una vez”, lo que no deja de ser una promesa fantástica, si acordamos que el principio no nos engañe al final. Había una vez, entonces, un joven que se llamaba Claus Staub. En la época en que arranca esta historia tiene 25 años y acaba de volver de Europa, donde vivió en las previsibles Londres y París y donde aprendió a sentirse cansado de sí mismo de forma prematura. Lo primero que hizo cuando llegó a Córdoba fue buscar una novia. No tenía un peso, no quería trabajar y debía terminar los estudios universitarios antes de que sus padres dejaran de financiarle las dudas existenciales y vocacionales. Pensó que nada lo ayudaría tanto en sus objetivos como salir con una chica que fuera bella y sensible y que viniera con departamento incluido. Puede parecer una quimera pero Claus siempre había salido con chicas bellas y sensibles y el departamento era menos una garantía de intimidad que un desafío personal. Ahora hablaba inglés y francés de corrido y suponía que esa competencia lingüística le daba derecho a elevar sus pretensiones inmobiliarias. Tardó seis meses en encontrar la que más se parecía al prototipo ideal.

El período que va desde que Claus baja del avión en Ezeiza hasta que besa por primera vez a Laura podría ser compendiado por un montajista inocente con imágenes alternas de largas horas de estudio (la pila de libros que decrece de un lado y crece del otro lado de la mesa), excursiones a fiestas donde conoce monstruos vagamente femeninos (una gorda en minifaldas, una tetona en silla de ruedas, una combinación de rubia y morocha que sería más humana si tuviera dos cabezas) y vueltas a casa en pleno amanecer, a esa hora solar en que las ojeras evocan el maquillaje de un zombie y el aliento es tan fuerte que podría envasarse como insecticida. Laura cumple con todos los requisitos. Sólo hay un detalle no incluido en el contrato unilateral redactado, firmado y sellado en la mente de Claus: vive con un hermano. Menor que ella y tan vago que el término “parásito” parece exportado de los manuales de infectología al diccionario de la lengua popular sólo para calificarlo a él. Si figura en estas páginas no es porque sea relevante sino porque los hermanos de las novias de Claus (un hermano en especial) van a tener un rol importante en su vida. Para ser justos hay que decir que Laura es tal vez más sensible que bella, demasiado sensible, incluso, lo que se traduce en reacciones desmedidas cada vez que Claus se equivoca por acción u omisión.

¿Son felices? Claro que sí, aunque de manera intermitente a lo largo de dos años de convivencia. Ejemplos materiales de esa felicidad: una casa en los suburbios, dos perros, un televisor en blanco y negro y una mesa enorme donde podían jugar al ping pong todo un fin de semana. Ejemplos inmateriales: ¿son necesarios? La felicidad terminó en la misma época en que apareció la nueva chica, aunque no sería correcto deducir que ella fue la causa directa de la

separación. Laura ya se acostaba con un compañero de trabajo cuando Claus conoció a Alejandra en un seminario de la universidad. Todo lo que la pareja tenía en común empezó a erosionarse el día en que Laura se vio forzada a abortar ante la negativa de Claus de aceptar cualquier forma de descendencia humana y, lo que es peor, ni siquiera la acompañó a la casa de la enfermera que les recomendó una amiga experimentada. Triste final que es mejor pasar rápido antes de que infecte el resto de la historia. En términos comparativos, Alejandra es más bella que Laura, o posee una belleza inesperada para Claus, una belleza que no se reduce a su cuerpo de nena lasciva sino que se prolonga en sus modales, en sus gestos y en su voz, increíblemente sinceros y afectados a la vez. Es hija de una abogada de doble apellido, pero ese falso abolengo se compensa con un padre tarambana, que a la noche puede ser el rey de la comedia y a la mañana siguiente llorar en el teléfono como un chico que no sabe prepararse el desayuno. Alejandra tiene, también, no uno, sino tres hermanos menores que ella y cuyos nombres Claus siempre confunde, por lo que termina dirigiéndose a todos con un “Che” impersonal. En sus momentos críticos los llama “Che Rugby”, “Che Tennis” y “Che Equitación”.

Como toda relación difícil, la de Claus y Alejandra empieza con un malentendido. Los dos buscan cosas distintas y cada uno encuentra exactamente lo contrario de lo que está buscando. El primer error lo comete Claus. Y no puede ser exculpado porque no es la primera vez que lo comete. Ya antes había falsificado sus principios. Mejor: los había adaptado a las necesidades de las chicas que le gustaban. Ante Alejandra se presenta como un vanguardista moral. Sus agudas observaciones contra la monogamia deberían estar disponibles en algún archivo atemporal, pero este segmento de la historia sucede antes de la popularización de Internet, y hay que conformarse con imaginar que son encantadoras y sublimes y que dicen con mejores palabras (y con citas en inglés y francés) lo que Alejandra pretende escuchar en ese momento. Ella lo adora. El problema es que su adoración se reduce a decirle que lo adora. Claus quiere más, siempre quiere más. No adoración, precisamente, sino fidelidad física y mental: que ella no pueda querer, ni desear, ni pensar en otro hombre. Pese a ser celoso y posesivo, sigue proclamando la diferencia entre el sexo y el amor, consciente de que es una víctima más de la clásica contradicción entre hechos y palabras (su consigna: quédense con los hechos, denme las palabras). Por supuesto, trata de disimularlo con la elegancia de los desesperados. Miente, miente y miente y cada mentira eleva el malentendido a una nueva potencia.

Durante los meses que dura la relación con Alejandra, Claus vive en un estado de sobreactuación permanente. Pretende ser ingenioso hasta para respirar. No abre la boca sino para decir algo brillante y rebuscado y fuera de contexto. Si están con la liga de filósofos (los amigos de él), se pone en frecuencia pop; si están con la secta de modernos (los amigos de ella), se hace el Aristóteles. La mayoría de las veces habla como un personaje de comedia televisiva norteamericana, sólo que a diferencia de esas millonarias producciones, todo el personal de guionistas, directores y actores principales se reduce a él mismo, lo que tiende a bajar la calidad de cada uno de los rubros. Alejandra se ríe. Es tan natural para ella ser como es, linda, inteligente, malcriada y graciosa, es tan fácil, tan simple y tan obvio, que ni siquiera puede imaginar que Claus siempre está a punto de colapsar víctima de un A.C.V. autoinducido. Cuando vuelve a su departamento, él se tira en la cama y siente como si le hubieran extirpado un órgano. Algo le falta entre el pecho y el estómago. No sabe qué, pero duele. La extraña. La extraña todo el tiempo. Incluso cuando está con ella la extraña más que nunca. Para empeorar las cosas, Alejandra demuestra una marcada disposición a entusiasmarse por cualquier actividad que parezca una

aventura. Un día, por ejemplo, decide que quiere ser andinista. Se compra los equipos de montaña, se anota en un grupo de escaladores, y se va los fines de semana a las sierras a ensayar futuras expediciones al Aconcagua. Cuando vuelve, hace lo que Claus más odia: habla de sus nuevos amigos (¡todos de sexo masculino!) designándolos por sus sobrenombres, como si fueran viejos conocidos de la escuela de promiscuidad, y puede pasarse media hora describiendo la forma en que Nano, Neno o Nino se rasca la oreja izquierda con la mano derecha. Claus en esos momentos también quisiera volverse mono.

Las metamorfosis imaginarias son tremendamente eficaces cuando está tirado en la cama y se convierte en un terremoto que borra todas las montañas de la Tierra. Sucede que el órgano extirpado, el hueco que palpita bajo su pecho, es tan sensible que a veces lo comunica con otra dimensión. A través de ese pozo Claus puede salir de sí mismo y ser una fuerza de infinitas formas: otro hombre, otra mujer, una tormenta o un animal dibujado en las estrellas. Hace caer aviones. Bombardea París. Inunda Londres. Tortura adolescentes que lo veneran. Extermina a la humanidad hasta que sólo quedan ella y él. Vive la gloria de que todo empiece otra vez desde el principio en el planeta Staub. Cualquier canción que escucha en la radio tiene la propiedad de volverse la banda sonora de ese paraíso privado. Y en su delirio de poder, combina la flora y la fauna para poblar su nuevo mundo con criaturas dotadas de garras y pétalos o de semillas y alas. La prueba más difícil es transformarse en Alejandra. Cada vez que lo intenta, el pozo lo devuelve a la dimensión de su cuarto, donde las paredes desnudas, la cama deshecha y los libros que no abre desde hace meses son la prueba de algo que no necesita ser probado. Claus se defiende. Como una hiena. Y en este caso no como una emblemática hiena animal sino como una hiena moral: ataca a dos o tres amigas, las invita a salir, besa a una, se acuesta con otra, es rechazado por una tercera. Incluso vuelve a Laura, la seduce, la embruja, la hipnotiza y, cuando está a punto de desnudarla en la misma cama de sus metamorfosis imaginarias, se da cuenta de que no puede seguir o de que su cuerpo no lo sigue. Abraza a Laura, la besa en la frente y se va a dormir en el sofá del comedor.

La ciencia de la contabilidad no fue desarrollada para aplicarse a los intercambios sentimentales. Pero en sus momentos críticos Claus no sólo inventa sobrenombres deportivos para los hermanos de Alejandra, también ensaya un inventario que consiste en calcular cuánto le debe uno al otro en términos estrictamente materiales. La lista de regalos de él incluye: discos, novelas, un pulóver y un poema. La lista de ella: una foto donde aparece borrosa y un paraguas de marca que no aguantó la primera tormenta. Claus tiró el paraguas desfondado a la basura y guardó la foto entre las páginas de uno de los libros que debía leer para el seminario. En una hora de extrema lucidez (y como tenía cada vez menos, había que aprovecharla al máximo), decide no volver a ver a Alejandra, no llamarla, no escribirle cartas, no despedirse, dejar todo en manos de la inercia y encontrar otra chica lo más rápido posible. Necesita curarse. Está dispuesto a renunciar a sus aspiraciones inmobiliarias, estéticas y sensibles. Ya que no hay un mundo sin Alejandra donde exiliarse, quiere alguien que sea lo contrario de Alejandra. Su negativo o su positivo.

Por suerte Julia no se adapta a ninguno de esos moldes mentales prefijados. Es diferente. Tan diferente que en las coordenadas del universo de Claus aparece cifrada con un signo de interrogación. Así: ¿J? No un misterio, no un enigma, una incógnita. Para empezar a despejarla con datos concretos, digamos que Julia no tiene departamento propio, vive con los padres, pero se ha comprado un auto, y maneja como si las calles de la ciudad fueran una pista de turismo carretera. Es rápida para moverse, para pensar y para hablar, y hay días en que Claus preferiría que se calle

diez mil palabras antes de que su cabeza corra el riesgo de explotar. Sabe cómo encenderla, pero no sabe cómo apagarla. Julia carece de piloto automático. Sus velocidades son: remolino, tromba o huracán. Viene con un hermano mayor en el set familiar. Este merece figurar con su verdadero nombre porque va a ser decisivo una década y media después en la historia sentimental de nuestro personaje. Se llama Juan. Sabe tanto de sistemas informáticos como para tener montada una empresa propia a la edad en que Claus aún no ha terminado sus estudios universitarios. Sin embargo, conectan entre sí, como si los cables menos usados de uno y de otro transmitieran el mismo voltaje eléctrico. No se hacen amigos. No tanto por Claus, que ha cambiado el plantel de amistades en cada ciudad donde vivió, sino por Juan, que conserva a todos los compañeros de la escuela primaria en una especie de zoológico de su propia infancia. Dicho así parece divertido, pero cuando están juntos, y siempre están juntos, resultan más intimidantes que una manada de osos. Son una horda. Un clan. Una mafia de futuros millonarios. Sentarse en el sector de la mesa en que se sientan ellos se transforma en un test de masculinidad que Claus debe aprobar en cada fiesta a la que lo invita la familia de Julia. Lo que no sería tan grave si la familia de Julia no fuera adicta a las fiestas. Pero enseguida los hechos confirman el peor de los presentimientos de Claus: no hay un solo cumpleaños de un primo/a, tío/a, abuelo/a que no sea un motivo de movilización total para los parientes de su nueva novia. Cada núcleo familiar lleva la suficiente cantidad de bebidas y comidas como para alimentar y emborrachar a todos los demás núcleos familiares. A veces Claus se pregunta si tanta generosidad no puede resultar tóxica.

Pero antes que la familia de Julia está Julia. ¿J? Esa incógnita. Difícil calcular hasta qué grado es bella. La clase de belleza que posee depende de una ecuación extrañísima que no termina de resolverse en su cuerpo. Incluye dentro del paréntesis signos positivos (la velocidad mental, la gracia torpe y la falta de intuición femenina para vestirse) y signos negativos (la locuacidad excesiva y el temperamento que vira fácilmente del infrarrojo al ultravioleta). ¿Es necesaria una descripción física? Bien. Ahí va: es alta, delgada, morena, usa el pelo corto y tiene la cara de una actriz inglesa de la que nunca nadie se acuerda del nombre en el momento justo. ¿Por qué Claus se queda con ella pese a las obvias contraindicaciones sentimentales y familiares? Hay miles de razones. Sólo que van apareciendo una por una a lo largo de los años de convivencia. Un poema persa (mersa, acotaría el fantasma de Alejandra) dice: hay flores que florecen en un día y en un día se marchitan, hay flores que florecen en mil años y en mil años no se marchitan. En la flora persa, Julia sería esa flor perenne. Pero la botánica no es la especialidad de Claus y nunca se le ocurriría cultivar su propio jardín, ni siquiera uno donde en vez de plantas brotaran mujeres. De nuevo, entonces, ¿por qué Julia? Una respuesta posible es que buscaba a alguien que le transmitiera la energía necesaria para dejar de sentirse cansado de sí mismo. Verdadero o falso el diagnóstico, lo cierto es que harto de la desidia de sus novias anteriores, mantenidas gracias a la beneficencia estatal o parental, Claus se receta una dosis diaria de Julia, la convierte en su complejo multivitamínico conyugal. Los resultados están a la vista: termina la carrera universitaria, consigue un trabajo bien pago y aumenta los kilos suficientes como para que lo traten de señor en la calle.

Atentos, pónganse los cinturones: cuando termine la próxima frase habrán pasado quince años. Claus se casa con Julia, compran un departamento con vista a otro departamento, cambian el auto de dos puertas por uno de cuatro puertas, viajan solos y juntos a distintas ciudades de distintos continentes, asisten a mil fiestas familiares, tienen un hijo varón (que no cumple el sueño íntimo de Claus de la nena propia), ambos ascienden en sus trabajos y son reconocidos como los mejores de

la ciudad en sus respectivos rubros. Esa velocidad, que podría ser considerada, claro, por qué no, una forma de felicidad, individual y mutua, material y espiritual, esa velocidad, entonces, sin embargo, una semana sí, una semana no, es interrumpida, cortada, detenida de pronto, frenada, inesperadamente, por fuerzas que vienen de ninguna parte, si suponemos que el pasado no ocupa lugar en los mapas, fuerzas tan poderosas que golpean a Claus con una violencia muda, aparentemente solo a Claus, sin dejarle moretones ni magullones ni lesiones visibles, al menos en la piel, porque del lado interno de la carne, en ese órgano específico de su anatomía sentimental, algo cede, algo se desgarrar y lo paraliza por dentro, un horror. Un horror de nostalgia. Para conjurarlo, le pone nombre: ráfagas de Alejandra. Son más que ráfagas, son aerolitos que caen desde un mundo imposible, fragmentos de la vida que no vivió con ella, todos los días, los meses, los años que fue privado de su cuerpo y de su mente, ese tiempo desperdiciado e irrecoverable, ese tiempo en que estuvieron muertos el uno para el otro. Si bien se diagnostica a sí mismo que debe seguir curándose y que la cura es Julia, en los momentos en que las ráfagas lo atraviesan, se esconde de todos, se mete en la biblioteca, y abre el libro donde conserva la foto de Alejandra. Es una foto tan borrosa, tan poco adecuada a la avidez de Claus, que refuerza la sensación de injusticia universal que siempre le ha provocado ese amor no correspondido. Por fortuna (buena o mala, pero fortuna al fin), encuentra una foto más reciente de Alejandra en Internet, mejor que la anterior (al menos se le ve la cara), aunque no muy favorable, porque es una imagen de un diario digital, y en ella Alejandra parece demasiado convencida de la importancia de ser una funcionaria pública como para que esa convicción no se exprese en sus rasgos angulosos y en sus ojos enfocados en una idea fija.

Un día vuelve a encontrarse con Alejandra en una ciudad neutral. Está distinta, distinta a las dos fotos y distinta a los recuerdos de Claus. También se ha casado, tiene tres hijos (dos nenas y un nene), sigue siendo hermosa, pero hay algo en ella que espanta. Mientras hablan en un bar, Claus le pega una etiqueta en la frente: idealista maquiavélica. No es un rechazo moral. Es físico: la repulsión que provocan las víboras. En el camino de vuelta al hotel, respira tranquilo por primera vez en años. Se pega su propia etiqueta en la frente: ¡estoy curado! Ya habrán notado que Claus tiene una psicología de bicicleta fija: avanza y retrocede siempre en el mismo lugar. Pero desde ese momento, y durante los dos o tres años posteriores, siente que Alejandra ingresó al museo de los amores pasados en carácter de momia, junto a Laura y junto al resto de las chicas bellas y sensibles de Londres y París. Ahora quiere tanto a Julia que ya no se resiste a sus conversaciones aluvionales ni a sus tóxicos banquetes familiares. Uno de los motivos es que ella ha llegado mucho más lejos de lo que Claus suponía la primera vez que la besó. No se conformó con el hijo, el buen departamento y el buen auto. En vez de asimilarse al mundo hizo que el mundo se asimilara a ella. Por eso todo se mueve más rápido. Por eso todo se acelera y gira como un tornado. No es la velocidad del capitalismo. Es la velocidad de Julia. Como capitalista, en cambio y sin complejos, debe catalogarse al hermano de Julia. La empresa de servicios informáticos resultó ser una madre prolífica y capaz de cruzarse con cualquier especie conocida y desconocida para engendrar compañías consultoras, constructoras y constrictoras, lo que en menos de una década transformó al cuñado de Claus en uno de esos millonarios del nuevo milenio, invisibles y ubicuos a la vez, con un índice de adaptación tan alto que no sería raro que sobrevivieran y se enriquecieran en Saturno o Neptuno. La conexión entre Juan y Claus se reforzó cuando Juan también se casó (con una belleza parecida a una actriz, no inglesa, rusa, de la que todo el mundo recordaba el nombre en el momento justo), tuvo hijos, perros y caballos, y las dos

familias continuaron la tradición de juntarse en todas las fiestas inventadas y por inventar.

Si las fantasías se computaran como verdaderas relaciones, Claus se habría convertido en un Casanova tras la momificación de Alejandra. Lo bien que se siente al lado de Julia no le impide soñar que su cuñada lo besa en la boca o que una compañera de trabajo lo invita a un motel. Esas son las fantasías más inofensivas. Las más ofensivas se asocian a las metamorfosis imaginarias que en otras épocas le permitían arrasar montañas o incendiar ciudades. Sería de mal gusto pasar en limpio esas páginas sucias de la mente de Claus. Confórmense con saber que en ellas no faltaría ninguna sutileza contenida en el código penal. Pero mientras Claus está sentado en calzoncillo frente a un video triple x bajado de la web (tal vez junto a un virus letal, la versión informática de una enfermedad venérea), el hermano de Julia aprovecha mejor la nueva tecnología disponible. Va armando una colección de fotografías de amantes desnudas que tiene la delicadeza de guardar en los archivos de imágenes de su i-phone. En todas las fiestas, especialmente en aquellas donde se concentra el mayor porcentaje de viejos amigos, cuando ya la multitud se ha dividido en un sector femenino y otro masculino, siempre hay un momento en que el teléfono móvil de Juan se convierte en el centro de atención. Lo que Claus alcanza a ver en el minuto que dura el espectáculo es que todas las mujeres que aparecen en la pantalla son hermosas y son reales. No envidia a su cuñado. No lo admira, tampoco. A falta de un paraíso telefónico, se conforma con un limbo que se adapta perfectamente a sus impulsos actuales. Como si fuera una casa de fin de semana en las sierras, con rejas y arco de hierro en el frente, bautiza a ese limbo con un nombre alegórico: felicidad. Una clase distinta de felicidad a la que compartió con Laura, por ejemplo, porque esta depende mucho más de sí mismo que del sexo opuesto u opositor. ¿Felicidad? Otros la llamarían satisfacción. Pero es un nombre espantoso para un limbo.

La próxima vez que se encuentra con Alejandra, ve que se ha despegado la etiqueta de la frente. Está sola en un lugar donde él también está solo. Hay una brevísima conversación en la que Claus no necesita romper su récord de frases ingeniosas por segundo. Y hay un beso. Justo ahí: donde termina la mejilla y empiezan los labios. Al día siguiente, Alejandra lo llama al trabajo y después le escribe un mail. Es deliciosamente ambigua. Pero Claus no responde. Le parece tan extraño no sentir que el esqueleto se le pulveriza dentro del cuerpo que quiere demorarse toda la vida en esa indecisión. ¿Y si un dios hubiera cumplido su promesa de eternidad en él? ¿Y si fuera para siempre así, ya no un hombre, sino un ángel de mediana edad? ¿Y si se hubiera vuelto impasible...? Imposible. Uno de los problemas del mundo es que continúa moviéndose cuando debería detenerse. Suena el teléfono. Alejandra. Esta vez es directa. No hay modo de negarse. Desaparece el “no” en el diccionario de Claus y, desde el instante en que acepta encontrarse con ella en un bar del centro en una fecha y un horario precisos, la realidad parece decidir lo contrario, se cruza de brazos, frunce la nariz, y no deja de ponerle obstáculos: el tablero del auto parpadea, Julia pierde la tarjeta de crédito, su hijo se enferma, se rompe una taza de café, se quema un repasador... Sin embargo, Claus consigue llegar media hora antes a la cita. Lo que sucede en ese encuentro que dura desde la mitad de la tarde hasta el principio de la noche merecería ser contado con un estilo menos pretencioso del que domina en este relato. Todo es perfecto y fluido y vagamente melancólico. Se miran y sonríen y se emborrachan un poco con la cerveza más cara del mercado, brindan una o dos veces, y él le dice que ha aprendido a amar a Julia, y ella le dice que se ha acostumbrado al padre de sus hijos. Al final, hay otro beso. Más lejos de la mejilla y más cerca de los labios.

En cambio, al final del segundo encuentro, una semana más tarde, el beso es decididamente en

la boca. Dos veces seguidas. ¿Qué significa un beso después de otro beso? ¿Cuánto dura su gusto repetido en la lengua? Cualquiera sea la respuesta, la verdad es que la charla que precedió a ese beso fue más tensa y más movida que la anterior. Ya no actuaba la melancolía sino un demonio. Estuvieron en tres bares diferentes y en el auto de ella saturado del olor de sus hijos. Recorrieron la ciudad como si fueran una pareja en un día de compras. El celular de Alejandra sonó con diversos grados de urgencia: su padre, un hermano, su padre, un funcionario, su padre, su padre. Ella atendía con la paciencia de un diplomático que debe resolver un conflicto internacional. Claus la escucha y se irrita y acumula fuerzas que libera en el doble beso de despedida. ¡Ya está! ¡Ya está! se dice una vez que vuelve a su departamento, donde por una beneficiosa coincidencia del azar no se encuentran ni Julia ni su hijo. ¡Ya está! Y ese “¡ya está!” es el complementario irónico del “¡estoy curado!” que pronunció dos o tres años atrás cuando pensaba que Alejandra se había convertido en una momia. Prende el televisor, lo apaga, abre un libro, lo cierra. Da dos o tres vueltas alrededor de sí mismo. Sin estar cansado se tira en la cama matrimonial y con los ojos clavados en la lámpara encendida, vuelve a sentir, ahí abajo, entre el pecho y el estómago, nítidamente palpitante, otra vez, el hueco y, antes del hueco, la lenta extracción de ese órgano imaginario que parece haber renacido en su cuerpo. No aguanta el dolor. Se levanta de un salto y le manda un mensaje al celular. Algo tonto. O peor: algo cursi. A la mañana siguiente, desde el trabajo, escribe un mail ingenioso con una posdata en la que se desliza un error tipográfico. Lo relee diez veces desde la carpeta de enviados y decide que lo mejor es corregirlo con otro mail y otra posdata. Espera la respuesta dos días. La llama por teléfono y en medio de la conversación, cuando todavía Claus no ha dicho ni una mínima porción de lo que realmente quiere decir y tampoco han acordado fecha y horario de la próxima cita, la comunicación se corta. Él intenta de nuevo. Intenta todo el día. El celular de ella siempre da ocupado. Al día siguiente, recibe un mensaje: te llamo mañana. Hay una costumbre de Alejandra que Claus interpreta como una falta de modales electrónicos. No escribe sus mensajes en el campo de texto sino en el asunto. Siempre una línea de tres o cuatro palabras. Nada más. Tal vez la intimida la prosa florida de Claus. Tal vez teme que la vigilen en su oficina de funcionaria pública. Tal vez... Las conjeturas son los monstruos que engendra la ansiedad. Caminan detrás y delante de Claus, trepan por las paredes, saltan de un poste al otro, se deslizan debajo de las puertas.

Alejandra no lo vuelve a llamar durante uno, dos, tres, cuatro días y, al quinto, Claus contraataca. Esas cinco jornadas de silencio son un calvario. Cada minuto, una espina. El contraataque, por supuesto, es escrito y tiene la forma no del todo pasada de moda y sin embargo increíblemente ridícula de una declaración de amor. De hecho, después de varios cálculos retóricos, geométricos y astronómicos, Claus decide que debe usar la palabra “amor” una sola vez. Como quien clava un alfiler de color en un mapa, elige cuidadosamente el lugar donde colocarla: tres palabras después del centro exacto del mensaje que consta de 111 palabras. ¿Demasiado? ¿Demasiado poco? Los comentaristas no se ponen de acuerdo. 111 palabras son dos sonetos de 55 palabras cada uno con un título en común. Un díptico. Poco para Shakespeare, mucho para Mallarmé. Como toda persona enamorada, Claus siente el derecho divino de acosar a la persona que ama. En el mensaje que le envía a Alejandra, no obstante, aclara, solemne, que sabe que el amor no da derechos. Qué bella es la renuncia cuando se tiene la esperanza de no renunciar a nada y cuánto se parece a una apuesta fuerte traducida del argot del juego al idioma de los sentimientos. Alejandra responde con tres palabras: mañana te llamo. No lo llama. No lo llama a la madrugada. Ni a la mañana. Ni al mediodía. Entonces, al mediodía y un minuto, llama

Claus. Ocupado. Al mediodía y quince minutos, llama Claus. Ocupado. Al mediodía y cuarenta y cinco minutos, manda un mensaje: hablame, por favor. La secuencia se repite tres veces en distintos horarios hasta el atardecer. Alejandra no llama ni responde nunca. A la noche, Claus escribe un segundo mensaje, y esta vez no cuenta las palabras, cuenta el tono: indignado. El hueco ya no ocupa el espacio entre su pecho y su estómago, ocupa todo su cuerpo. Él mismo es un hueco ambulante. No le hace falta tirarse en la cama para sentirlo. Se ha transformado en un agujero negro. Puede meterse adentro y salir del otro lado. Mira la foto guardada en el libro: Alejandra a los 18 años. Mira la foto en la carpeta de imágenes de su notebook: Alejandra a los 36 años. ¿Va a estar con él a los 54 años? ¿Va a estar con él a los 72 años? ¿Va a llevarle flores a la tumba? Se despierta tres veces a la madrugada. No es justo. Observa cómo duerme su hijo y cómo duerme Julia y los dos cuerpos parecen tan extraños que la idea de matarlos le resulta tan simple como calcular que uno menos uno es cero. Alejandra lo llama al día siguiente. Es una larga conversación en la que ella consigue que él se sienta patético y estúpido y avergonzado. Era un juego, querido. Era un juego. Y lo arruinaste.

Dos meses después (Claus ha contado los días), cuando todavía se pregunta si puede llamarla y pedirle perdón de manera elegante y volver a verla, hay otra fiesta multitudinaria en la que se reúne toda la familia de Julia, con una invitación extendida a la manada de amigos de Juan, ya casados y aún salvajes. La bebida y la comida son tan buenas que los parientes resultan más interesantes y la música menos estridente. Todos los hombres son padres y todas las mujeres son madres. La humanidad no corre peligro de extinción. Los chicos juegan en el patio. No tienen ni la mitad de lo que quisieran tener pero en ese momento no les falta nada. Mientras finge que los mira interesado, siente que su cuñada le apoya una mano en la espalda. Hola, Claus. Hola, linda. Si hace un esfuerzo hasta puede ver las estrellas en el cielo. Hay olor a pasto recién regado y el agua de la pileta parece sensible cuando la roza un reflejo fugaz. No es su cuñada, es un fantasma. Claus está hablando solo sin mover los labios. El universo lo escucha. ¿Por qué si no la Luna estaría en ese ángulo de la noche y dos ramas de limonero se estirarían desde el otro lado de la pared medianera del vecino? ¿Por qué la antena de la torre satelital de 150 metros emitiría sus señales luminosas con el ritmo de un parpadeo? ¿Por qué esa nube casi transparente y esos cables de TV que cuelgan de un techo al otro y ese perro que ladra sin hacerse entender? Un segundo antes de convertirse definitivamente en San Epifanio de Alfa de Centauro, lo llaman para brindar, dos o tres veces combinadas y conocidas. Nada le da más vergüenza a Claus que ser la reserva sentimental de su familia política, por eso reacciona enseguida como si la sola mención del champagne activara sus jugos gástricos. Mejor la fama de borracho que la fama de poeta. Adentro, en la enorme sala dividida por un largo tablón sostenido por caballetes, ahora hay mucha más gente que cuando salió al patio, se han duplicado o triplicado, y todos hablan al mismo tiempo, con lo que siguen generando personas adicionales, criaturas de la risa y los chistes mal contados y las discusiones simuladas, pero la actividad predominante es brindar, a eso nadie se opone, brindan por la fiesta anterior, brindan por la fiesta posterior, y siguen brindando hasta que en un polo de la sala se juntan todas las mujeres y en el otro todos los hombres. De pronto, como siempre, se forma un círculo alrededor de Juan, y Juan enciende su i-phone. La chica que aparece en el visor no tiene más de 20 años, se abraza las tetas grandotas, y hace una mueca con los labios que pretende ser cómica y obscena a la vez sin conseguir ninguno de los dos efectos, pero es tan hermosa y tan joven, y se muestra tan feliz en su pose impostada que a nadie le preocupa si tiene futuro como actriz porno. Esta vez hay más, anuncia Juan, y aparece una segunda mujer en el visor.

Es Alejandra. Desnuda: pezones, concha, rodillas. Claus no tiene ni idea de cómo la ven las demás bestias, ni se lo pregunta, pero para él Alejandra está desnuda frente a un pelotón de fusilamiento. Cuando su cuñado apaga la pantalla del celular, Claus la sigue viendo en la misma posición de condenada a muerte. Y así también deberían verla ustedes, queridos lectores, si en contra de lo que dice la primera frase de este relato no se cumpliera la promesa fantástica contenida en la fórmula “había una vez”. Pero un acuerdo es un acuerdo y el principio no va a engañarnos al final. Volvamos atrás y miremos mejor. ¿Sí, Claus? No pertenecerá a tu bella cuñada, pero también está tibia la mano que ahora se apoya en tu hombro. Es mi mano, la mano del destino. Vamos, miremos mejor. La mujer desnuda en el visor no es Alejandra. ¿Hubieras querido que fuera Alejandra, tenías miedo de que fuera Alejandra y por eso viste a Alejandra? Como sea, no es Alejandra. No es Alejandra. Por favor.

# DOCTOR MIMÉTICO

## 1. Discurso de cumpleaños

El día en que mi abuelo Rodolfo Staub cumplió 85 años hubo una gran fiesta en su casa de Los Juncales. No faltó nadie de la familia. Éramos más de cincuenta personas distribuidas en varias mesas en la terraza. Se contrató un servicio de mozos y una banda de músicos que tocaba en una glorieta armada para la ocasión. Todo estaba tan bien ordenado que los colores parecían más nítidos: los manteles negros, los platos blancos y las flores rojas. También había globos y cintas que flotaban en el aire y un largo cartel que decía “Feliz Cumpleaños”. Por ser el único nieto me correspondió una silla en la mesa principal, junto a mi abuelo, mi abuela, mi padre, mi madre y mi tío Lucas. Hubiera preferido sentarme con alguna de mis primas lejanas que me miraban desde sus mesas marginales como si yo fuera la parte más sustanciosa del menú, pero tuve que aceptar mi posición en la jerarquía de los Staub y resignarme a ver incluso lo que no quería ver. Enseguida me di cuenta de que mi abuelo bufaba entre dientes. No estaba conmovido. No le importaba que hubiéramos gastado una fortuna en la organización de la fiesta ni que muchas personas hubieran viajado cientos de kilómetros para brindar por él. Su energía emocional se había consumido en el proceso de adaptación al traje que le obligaron a usar mi abuela y mi madre. Trató de resistirse hasta la última hora. Protestó, discutió, propuso cancelar el cumpleaños, pero lo convencieron de que no tenía opciones, así que estuvo recibiendo los besos y los abrazos de todos los parientes con la cara de un ahorcado y recién pudo aflojarse el nudo de la corbata cuando le sirvieron una copa de vino. Por una especie de ley transitiva, mi padre y mi tío también estaban vestidos con trajes y se veían como gemelos, igualados por el efecto de estar cerca y ser conscientes el uno del otro, aunque sólo mi tío se tocaba el nudo de la corbata y cada vez que lo hacía se diferenciaba de mi padre y se parecía más a mi abuelo.

Al principio, yo no le prestaba demasiada atención a nadie, me consideraba un factor de equilibrio genético y trataba de dividirme de forma más o menos proporcional entre las cinco personas que me rodeaban. Escuchaba las conversaciones de mi madre y mi abuela y los silencios de mi padre y mi abuelo. Sin embargo mi tío empezó a imponer su presencia mediante levísimos movimientos que no terminé de captar hasta que fue evidente que algo había cambiado en el ritmo de sus gestos, en el modo en que manejaba el cuchillo y el tenedor o en que masticaba la comida. De pronto su cara ya no coincidía con su cara. Seguía siendo el mismo tipo de ojos celestes que unos minutos antes se había sentado con nosotros a la mesa, pero ahora sus rasgos parecían

modificarse a sí mismos en una especie de cirugía facial constante. Lo curioso de la mutación era que en vez de volverse extraño se volvía conocido y, más curioso aun, no se transformaba en una sola persona sino en dos, dos bien definidas: mi abuelo y mi padre. Yo los veía aparecer y desaparecer del cuerpo de mi tío como si fueran intermitentes, uno se apagaba y el otro se encendía: mi abuelo volvía a aflojarse el nudo de la corbata y soplaba el aire por la nariz; mi padre separaba la comida en varios montoncitos y formaba figuras geométricas sobre el plato. No sé si ellos se daban cuenta de que eran imitados. Creo que no. Tampoco mi abuela y mi madre lo notaban, porque conversaban entre ellas y estaban pendientes de detalles tan significativos como la cantidad de veces que los mozos llenaban las copas de los invitados. Lo que sí vieron todos fue lo que sucedió un rato después: acababan de servir el plato principal y la banda de músicos estaba tocando un vals, cuando mi tío se arregló las solapas del traje y se paró firme al lado de la silla. No fue un movimiento brusco, fue la consecuencia de una serie de acciones que habían permanecido invisibles, en el mundo paralelo de su cabeza, y que ahora continuaban en la tercera dimensión del mundo real.

Lo lógico hubiera sido que levantara una copa para invitarnos a brindar, pero no hizo algo lógico, siguió imitando a mi padre y a mi abuelo, ya no de forma alternada, uno después de otro, sino juntos, los dos al mismo tiempo, fusionados en una única persona, con una economía de gestos absoluta, allí, en medio de la fiesta, parado y en silencio. No dijo nada durante varios segundos. Se quedó con los brazos cruzados sobre la cintura y mirando a la gente que lo rodeaba hasta que sus labios empezaron a moverse muy despacio. No entendí las primeras palabras que salieron de su boca, ni las segundas, ni las terceras, sonaban como suspiros, aunque cortaban el aire, y había en ellas más consonantes que vocales. Desde ese susurro inicial, su voz fue subiendo gradualmente de tono hasta fijarse en una frecuencia apenas inferior al grito y entonces comprendí que estaba hablando en otro idioma. También sus gestos se aceleraron: ahora remarcaba las palabras con los brazos, los levantaba, los bajaba, apuntaba con un dedo o cerraba la mano derecha en un puño. No verifiqué la reacción de las otras mesas. ¿Sonreían? ¿Se miraban extrañados? ¿Se codeaban? No sé. El discurso de mi tío generaba un vacío a mi espalda, eliminaba todo lo que podía haber detrás de mi cabeza, lo anulaba, y retenía mi atención en los movimientos de su figura exaltada en la que se juntaban mi abuelo, mi padre y un desconocido. El personaje incógnito era una x y tenía el poder de una x. Se multiplicaba y se potenciaba. Había tanta fuerza en esa ecuación de tres personas que parecía transmitirse desde el cuerpo de mi tío a los demás cuerpos en sucesivas ondas de creciente intensidad. Gritaba de una manera que los gritos se volvían un canto, un himno, una marcha triunfal, y era como si por dentro todos estuviéramos cantando en silencio y en una lengua que no entendíamos la misma canción. Nada quedaba fuera, ni las flores rojas, ni los platos blancos, ni los manteles negros, ni los globos y las cintas, ni el cartel de feliz cumpleaños, ni los mozos y los músicos, ni mis primas lejanas, ni el resto de los invitados a la fiesta. Nada de nada. En ese punto, mi abuela le tocó un brazo a mi tío y le dijo en voz baja:

—No, Lucas; Hitler, no.

## **2. Entrevista al imitador**

Nadie en la familia sabe por qué mi tío abandonó su carrera de imitador justo cuando estaba a punto de volverse famoso. Se supone que ya había firmado un contrato con una productora de televisión y que un empresario teatral le estaba preparado una gira por la provincia de Córdoba. Todos tienen una teoría diferente. Mi abuelo dice que Lucas podría haber sido cualquier cosa que se propusiera en la vida; el problema es que nunca se propuso nada en serio. Mi abuela cree que su hijo le tenía miedo a la fama y eligió ser un artista anónimo, una persona que prefiere esconderse antes que exhibirse en público. Mi padre, en cambio, inventa una respuesta distinta cada vez que hablamos del tema y lo único que se deduce de esas respuestas es que no entiende a su hermano y que tampoco quiere entenderlo. Por supuesto, yo también tengo mi propia teoría, pero recién voy a exponerla al final de este relato.

Ahora prefiero volver atrás en el tiempo y recorrer en sentido inverso el camino que va desde la última imitación hasta la primera que recuerda mi tío. El método que elegí para viajar al pasado es bastante simple: una entrevista. Lo que no resultó simple fue convencerlo de que me contara su historia. Una de las cosas que odiaba de su lejana experiencia como artista eran los reportajes y no estaba dispuesto a soportarlos ahora que ya tenía 60 años. Toda su vida se había reducido a cuidar a sus padres ancianos y a mantenerse en forma, mucho mejor que cuando se presentaba en los escenarios bajo el fantástico nombre de Doctor Mimético. No necesitaba revivir versiones ya sepultadas de sí mismo. Yo le insistía cada vez que me cruzaba con él, y una de esas veces, en una hora en que no había nadie en la casa, me preguntó:

—¿Qué querés saber?

Como no estaba preparado para ese repentino cambio de posiciones en el juego, le dije lo primero que se me pasó por la cabeza:

—¿Por qué imitaste a Hitler en el cumpleaños del abuelo?

Me miró fijo y vi algo en sus ojos, algo más brillante o más opaco que el celeste original, pero no duró nada; mi tío bajó la mirada y respondió con la voz de mi abuela:

—No, Lucas; Hitler, no.

(Aquí me permito abrir un paréntesis de naturaleza casi publicitaria para anunciar que en la próxima sección, titulada “Experimentos con seres humanos”, figura una breve reseña de las relaciones de mi familia paterna con Hitler y la simbología nazi). Sin embargo, en ese momento, no me permití ningún paréntesis y tampoco dejé que me afectara la evidente parodia de la primera respuesta de mi tío. Seguí preguntando:

—¿A quién imitás aparte de Hitler?

—Ya sabés: a tu viejo, a mi viejo, a algunos que salen por televisión.

—A ver.

—Pim Pam Pum/ Soy Luci Moon.

—¿Quién es esa?

—La chica de la Luna.

Empezó a moverse por el comedor como un astronauta que flotara sobre la superficie lunar. Lo aplaudí y continué con el cuestionario:

—¿No te aburre vivir en Los Juncales?

—No más que en Córdoba o que en la Luna.

No sé en la Luna, pero en Córdoba podía dedicarse a algo menos deprimente que atender un geriátrico exclusivo para dos personas.

- ¿Por qué decidiste volver?  
—Volvía siempre y un día me quedé.  
—¿Y por qué volvías?  
—Venía a visitar a vivos y muertos.

Las conversaciones se tornan más interesantes cuando aparecen los muertos, así que aproveché la ocasión para tratar de cazar un fantasma:

- ¿Algún muerto en especial?  
Volvió a mirarme fijo y volví a ver algo brillante u opaco en sus ojos.  
—Mi único muerto especial no está enterrado en Los Juncales.  
—¿Y dónde está?  
—La pregunta correcta hubiera sido quién es ese muerto especial.  
—Bueno, ¿quién es ese muerto especial?  
—Perdiste el turno; preguntá otra cosa.

Me di cuenta de que no debía insistir en el tema, pero no pude evitarlo:

- ¿Por qué era especial?  
—Porque fue la primera persona que imité en mi vida.  
—¿La seguís imitando después de muerta?  
—A veces: un día, sí; un día, no.  
—¿Cómo la imitás?  
—Canto sus canciones.

Sin querer un nombre salió de mi boca. Mi padre me había contado la historia de una prima que vivió con ellos cuando era chica y que se había muerto a los 20 años. Me dio a entender que los dos estaban enamorados de ella en la adolescencia. No tenía nada especial: era alta y le gustaba cantar sola. No sé por qué motivo su nombre me vino a la memoria en ese instante:

—Luciana.

Mi tío hizo un gesto negativo con la cabeza:

—Veo que hay gente que no sabe callarse la boca.

Sacó una silla de debajo de la mesa del comedor, se sentó y me pidió que le sirviera un café bien cargado. Cuando volví de la cocina con las dos tazas, estaba otra vez parado y dispuesto a seguir con la entrevista. (Segundo paréntesis publicitario: en venganza por el secreto revelado, me contó una historia sobre mi padre que es la base de mi teoría sobre el fin del Doctor Mimético y que reproduzco en la última sección de este relato, titulada “La verdadera voz”).

Al final de la conversación, volví a preguntarle:

—¿Cómo era Luciana?

—Así —dijo y cantó una canción que no sé si sonaba triste por sí misma o porque evocaba a una chica muerta. De todos modos ya no había nada brillante ni opaco en los ojos de mi tío. Incluso en un momento empezó a acompañarse con las palmas y a alterar el ritmo de la canción.  
—Vamos, cantá conmigo —me pidió. —Pim Pam Pum/ Soy Luci Moon. Vamos. Pim Pam Pum/ Soy Luci Moon. Pim Pam Pum/ Soy Luci Moon.

### 3. Experimentos con seres humanos

Me encantaría que esta sección se leyera como el catálogo de un museo. El museo de Lucas Staub o el laboratorio del Doctor Mimético. Para redactarlo me basé no sólo en la entrevista a mi tío sino también en testimonios de varios parientes y en observaciones personales. Sirve, de paso, como una guía abreviada de la historia de los Staub. Contiene recuerdos, anécdotas, leyendas, definiciones, descripciones, conjeturas y algunas cosas más. Lo escribí en un tono impersonal, como si yo no perteneciera a la familia, para forzarme a ser objetivo.

*Cohetes.* Los hermanos Lucas y Claus Staub diseñaron varios modelos de naves espaciales cuando eran niños. No se conserva ninguno de esos prototipos. El más exitoso aterrizó en un patio vecino donde provocó un principio de incendio. Los inspiraba el Apolo 11 que llevó tres astronautas a la Luna, pero también cierta afición por la Ingeniería aeroespacial que heredaron de su abuelo paterno. Entre las hojas de un cuaderno de cálculos, Adolfo Staub (1902-1962) dejó un recorte de un diario, que data de 1941, en el que se explica vagamente el funcionamiento del misil A1. El hecho de que el punto crucial del desarrollo de los cohetes coincidiera con el gobierno de Adolf Hitler (1889-1945) justifica que dos generaciones y media de Staub veneraran al Führer.

*Primeras imitaciones.* Antes de imitar a seres humanos, Lucas Staub imitaba a minerales, vegetales y animales. Se sentaba sobre una piedra y era la piedra. Se subía a un árbol y era el árbol. Acariciaba a un perro y era el perro. El primer ser humano que imitó fue a su prima Luciana Sismondi (1969-1989). Por razones familiares, ella durmió en la pieza de Claus y Lucas desde los 7 a los 11 años. Lucas la observaba de noche, mientras Luciana dormía, y al día siguiente imitaba sus movimientos nocturnos. También imitaba la voz de Luciana, al principio, para burlarse de Claus y, después, para cantar como ella.

*Hitlermania I.* Diana Sismondi de Staub, la madre de Lucas, no guardó muchos objetos que recuerden la infancia de su hijo mayor. Quedan algunas fotos y algunos cuadernos de la época en que estudiaba en el Liceo Militar. Uno de ellos está ocupado, en su primera mitad, por ejercicios de problemas matemáticos y, en la segunda, por dibujos de cruces esvásticas.

*Dibujos satánicos.* Lucas Staub dibujó durante toda su infancia y adolescencia. Resulta difícil establecer si existía una conexión íntima entre sus dibujos y sus imitaciones. Hubo una época en que se encerraba en su pieza a escuchar discos de la banda de rock norteamericana Kiss (1973-2019) y a dibujar las máscaras que se pintaban los músicos cuando actuaban en vivo. Esos dibujos fueron transformándose en calaveras, animales mitológicos y distintas clases de demonios. Un dato adicional relacionado con el satanismo de Lucas Staub: siempre le gustó visitar el cementerio de Los Juncuales; paseaba entre las tumbas, leía los mensajes familiares de las lápidas, observaba las fotos ovaladas de los difuntos y calculaba los años que habían pasado desde que nacieron hasta que murieron.

*Doctor Mimético.* El origen probable de ese nombre de fantasía es el Profesor Moriarty, el enemigo de Sherlock Holmes que supuestamente muere con él en el relato “El problema final”, del

escritor inglés Arthur Conan Doyle (1859-1930). Claus Staub era un fanático de ese detective ficticio y todo indica que fue él quien le sugirió el nombre a su hermano. Lucas Staub siempre se presentó en público como el Doctor Mimético. Aparecía en el escenario vestido con un guardapolvo blanco mal abotonado y unos lentes que le agrandaban los ojos, igual que un científico loco de historieta.

*Imitaciones simultáneas.* No hay registro del momento en que a Lucas Staub se le ocurrió imitar a dos o tres personas al mismo tiempo. Tampoco se sabe cuál fue la primera de esas combinaciones. ¿Su prima y su hermano? ¿Su hermano y su padre? Lo cierto es que la ocurrencia fue el principio del espectáculo que tituló “Experimentos con seres humanos” y que le valió ser calificado como uno de los mejores imitadores del país.

*Hitlermanía 2.* Cuando empezó a imitar la voz y los gestos de Hitler, Lucas Staub ya no era un adolescente, pero, como él mismo dice, eso no implica que no conservara algún gen nazi recesivo. Más allá de lo que Hitler significara para la familia Staub, era un personaje tan fácil de imitar que tenía la función de un catalizador en el espectáculo del Doctor Mimético. Lucas lo utilizaba como la base sobre la que combinaba los otros personajes. Podría decirse que Hitler estaba en el origen de todas las personas que imitaba.

*Tubos de ensayos.* La escenografía de “Experimentos con seres humanos” simulaba un laboratorio: un alambique repleto de tubos de ensayos con líquidos de diferentes colores y probetas que humeaban como si estuvieran a punto de explotar. El Doctor Mimético se movía nervioso en ese mundo inestable y hablaba de una sustancia poderosa cuya fórmula nadie más que él conocía. “Voy a mezclar personas”, anunciaba con una risa escalofriante y se bebía de un trago el líquido de los tubos de ensayo. El efecto era una especie de mutación descontrolada mediante la cual dos o tres personajes famosos se fundían en una sola persona.

*Otras vidas.* Las imitaciones de Lucas Staub nunca se restringieron a los límites de su espectáculo. No le importaba si estaba o no estaba en un escenario: tenía una compulsión mimética que no se agotaba nunca. El que más lo sufrió fue su hermano. En el período en que vivieron juntos en un departamento en la ciudad de Córdoba, Lucas imitaba a los compañeros de Filosofía y a las novias de Claus. Cuando Claus se fue a estudiar a Inglaterra, Lucas se hizo pasar por él varias veces y llegó a sostener una larguísima discusión sobre el principio de identidad con una profesora de Lógica que había estado enamorada de Claus.

Por último, ya fuera de catálogo y en un tono que no puede ser objetivo, tengo que decir que mi padre también se aprovechó del talento de mi tío. Por amor o por desesperación, le exigió el más difícil de los experimentos con seres humanos.

## **4. La verdadera voz**

Un hijo nunca debería escuchar este tipo de historias acerca de su padre. El hecho de que mi tío me la contara revela que se sentía traicionado por su hermano y que quiso vengarse de la forma más cruel posible. No vaciló mientras me la contaba, ni buscó las palabras que atenuaran el impacto de lo que decía. Tampoco creo que haya pensado que yo tenía la edad suficiente para soportar cualquier cosa. Pretendía devolver el golpe y lo devolvió donde dolía. Si los cálculos no me fallan, todo pasó hace unos veinte años, cuando mi tío aún no se había retirado de los escenarios y el Doctor Mimético estaba a punto de convertirse en un fenómeno nacional. Un día mi padre lo llamó por teléfono para decirle que necesitaba encontrarse con él. Lo citó en un bar de Córdoba. El lugar de la cita era extraño, porque siempre se habían encontrado en la casa de Los Juncuales y, si la conversación exigía un grado superior de intimidad, optaban por el cementerio donde nadie podía molestarlos. Un dato importante para entender la situación es que mi padre ya estaba casado y tenía un hijo de 5 años (yo). No recuerdo nada de ese período de mi vida. Supongo que por una especie de economía emocional me convenía mantener la ilusión de que mi padre y mi madre formaban un matrimonio perfecto. Civilizados, inteligentes y exitosos. Quizá mi madre era demasiado emotiva y mi padre demasiado racional, pero rara vez esas corrientes temperamentales chocaban entre sí y producían una explosión de gritos y reproches. Lo que quiero decir es que yo no veía ningún indicio de que mi padre estuviera incubando una tormenta interior, no lo veía a los 5 años, tampoco a los 15, y me cuesta verlo ahora a los 25. Sin embargo, la tormenta ahí está y es muy oscura.

Cuando se encontraron en el bar, lo primero que hizo mi padre fue mostrarle una foto a mi tío. La foto de una mujer. Se la mostró como si fuera una evidencia, un documento, un certificado que validaba lo que estaba a punto de decirle. Mi tío miró un rato la foto, la acercó y la alejó de sus ojos, pero lo que vio durante esa minuciosa inspección óptica fue siempre lo mismo: una mujer de unos 30 años, de ojos marrones, boca grande y pelo castaño, una mujer igual a todas las mujeres que no eran su prima Luciana. Sólo para evitar un incómodo cuestionario estético, dijo: “Es preciosa”. Halagado, mi padre le contó que la mujer se llamaba Alejandra y que había sido su novia alguna vez. No la conocés porque no quise presentártela. En aquella época estaba tan enamorado de ella que ese amor lo hacía sentirse inseguro y estúpido, en un estado de ansiedad permanente. Pero el verdadero motivo de la cita no era cómo se sentía en aquella época sino cómo se sentía en ese momento. Alejandra nunca se había alejado del todo de mi padre; se cruzaban de vez en cuando, o se mantenían en contacto por teléfono o por mail. En términos físicos los encuentros no iban más allá de una larga conversación y un corto beso al principio y al final. Sin dejar de seducirse a la distancia, se comportaban como adultos, conscientes de que estaban casados y de que tenían hijos. Ese régimen sentimental había cambiado abruptamente en el último año. Por alguna razón que mi padre no sabía explicar, empezaron a verse mucho más seguido, dos o tres veces por semana, y el resultado de la aceleración fue fatal para él: perdió el control y se volvió adicto a Alejandra. Quería verla todos los días, le enviaba mensajes, la llamaba a la mañana, a la tarde y a la noche, y no dejaba de pensar en ella ni un instante. Cada vez que se encontraban, le insistía en que se fueran a vivir juntos. Alejandra trató de calmarlo: reestableció la distancia y le respondía una de cada diez llamadas. Mi padre sólo veía señales positivas en esos gestos de rechazo, los interpretaba como las reacciones normales de una mujer que está a punto de cambiar su vida, y seguía acosándola con propuestas conyugales. Se volvió tan pesado que un día Alejandra le dijo basta y dio por terminado el juego.

El vacío que había generado la ausencia de esa mujer en mi padre era como un frío

químicamente puro: lo quemaba por dentro, lo aniquilaba, lo convertía en una cosa inerte y reseca. No conseguía adaptarse a un mundo donde Alejandra era sólo una proyección mental, un fantasma que se le aparecía día y noche pero que permanecía intangible, sin cuerpo y sin palabras. ¿Cómo puedo ayudarte?, le preguntó mi tío que jamás había sido expuesto a semejante descarga sentimental y no tenía la menor idea de cómo actuar en un caso de urgencia. Mi padre le contó su plan. Se dividía en dos partes: primero, debía encontrar a Alejandra, hablar con ella y aprender a imitarle la voz. Nada que una persona con el talento del Doctor Mimético no pudiera hacer con un poco de astucia. ¿Y segundo? Mi padre sacó un papel que llevaba doblado en un bolsillo y un pequeño grabador digital. Una vez que la imites a la perfección, tenés que leer este mensaje como si ella misma lo estuviera diciendo, grabarlo y mandarme el archivo de la grabación. El mensaje era una larga declaración de amor que intentaba reproducir las vacilaciones, las pausas respiratorias y el tono de una mujer que le habla al hombre de su vida. Mi padre estaba convencido de que no había otra forma de compensar la injusticia cósmica que significaba para él no escuchar nunca más la voz de Alejandra. El plan sonaba peor que patético, sonaba desquiciado, y mi tío reconoció que no debería haberlo aceptado, pero lo aceptó sin objeciones, más por curiosidad que por compasión.

No le resultó fácil encontrar a Alejandra, se había mudado a otra provincia, con su marido y sus hijos, y esa distancia implicaba una logística adicional: viajes, hoteles y gastos imprevistos. Pasó varios días siguiéndola y espiándola antes de que pudiese hablar con ella en una situación que no pareciera forzada. Después de ese primer contacto, todo se volvió muy simple. Alejandra era confiada con los hombres y más confiada aún con los hombres extraños. Incluso ocultando su identidad, mi tío podía ser absolutamente encantador si se lo proponía, un tipo fascinante, seguro de sí mismo, carismático, con la convicción de Adolf Hitler y la sensibilidad de Luciana Sismondi. No es raro que consiguiera mucho más que hablar con Alejandra. Tampoco es raro que llegara a un punto no incluido en el plan original. Cuando me contó esa parte de la historia, no me evitó las escenas explícitas ni los detalles anatómicos. Yo había preguntado, yo debía saber. Sin embargo lo importante era que había convencido a la mujer de que leyera en voz alta el mensaje de mi padre (sin decirle, claro, que lo había escrito mi padre). Al principio, ella jugaba con el grabador, se reía a cada párrafo, lo recitaba como una profesora o como una locutora, pero tras varios ensayos, lo aprendió de memoria y lo repitió conmovida, como si fueran sus propias palabras. Creo que en ese momento, y por primera vez en su vida, mi tío se dio cuenta del poder de sus imitaciones. Algo en él se rompió o se contrajo, y empezó a coagular la decisión de abandonar los escenarios. Esa es mi teoría del fin del Doctor Mimético. Ya pasaron veinte años desde entonces. Mi padre todavía se encierra todas las noches en una pieza y permanece varias horas con los auriculares puestos, sin saber que escucha la verdadera voz de Alejandra.



## **ACERCA DEL AUTOR**

Carlos Schilling Nació en 1965 en Sunchales, Santa Fe. Ha publicado cuatro libros de prosa: *Dos variaciones* (1997), *Diana y Nadia* (1999) y *¿Agua?* (2006), *Mujeres que nunca me amaron* (2007) y *El novio secreto de Susanna Hoffs* (2012). También ha publicado los libros de poesía *Mudo* (2001), *Formas de ver el mar* (2006) y *Confesiones Impersonales* (2010). Además, sus poemas, relatos y ensayos han aparecido en diferentes publicaciones como *Poesía y poética*, *Diario de poesía*, *Hablar de poesía*, *El banquete*, *Nombres*, *La pecera*, *Lateral*, entre otros. Es Licenciado en Filosofía, egresado de la Universidad Nacional de Córdoba, y trabaja en *La Voz del Interior*.

# NOTAS

[1] Todos los datos históricos (casi todos) que figuran en este relato fueron modificados, manipulados y tergiversados por razones exclusivamente literarias.

[2] Nombre completo: Wernher Magnus Maximilien Freiherr von Braun.